Intervenciones con hombres

¿Por qué, para qué y cómo?

Análisis crítico

Un compromiso ético con la igualdad desde un enfoque feminista

Primera edición:
diciembre de 2022

Depósito legal:
M-31028-2022

Editado por:
Ayuntamiento de Getafe
- Concejalía de Feminismos y Agenda 2030.

CENTRO MUNICIPAL DE MUJER E IGUALDAD
Calle San Eugenio, 8
Getafe 28902 — Madrid

Correción y edición de estilo:
Gladys Martínez López

Diseño y maquetación:
Freepress Coop

Licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0 /
Algunos derechos reservados

Este libro se puede copiar y redistribuir en cualquier medio o formato y crear a partir de este obras derivadas, pero debe siempre atribuirse la autoría, no hacer uso comercial de la obra y compartir bajo las mismas condiciones de esta licencia.

GETAFE AYUNTAMIENTO | CONCEJALÍA FEMINISMOS Y AGENDA 2030

Getafe ES DE TODOS ES DE TODAS

Intervenciones con hombres

¿Por qué, para qué y cómo?

Análisis crítico

Un compromiso ético con la igualdad desde un enfoque feminista

En Getafe, la lucha por avanzar en igualdad siempre ha sido, es y será uno de nuestros acentos prioritarios como ciudad. Impulsar nuevos programas y proyectos innovadores, desde la re-evolución que supone, es una de las premisas que mantenemos firmes y contundentes como camino para conseguir un municipio con igualdad real y efectiva.

Es por ello que impulsamos trabajos como el que recoge esta publicación, que nos muestra una visión de esa sociedad que está cambiando, que nos reclama que los patrones masculinos tradicionales ya no tienen cabida en una ciudad que apuesta, avanza y está comprometida con la igualdad.

Estamos trabajando para que se otorguen espacios, acciones y el acompañamiento para que se produzcan los cambios necesarios en ese proceso. Y lo hacemos visibilizados de las personas expertas y referentes a nivel nacional e internacional que han contribuido a que este trabajo sea realidad, a promover esas dinámicas que generen una base firme, fuerte y sin fisuras.

Apostamos por seguir fomentando el empoderamiento de mujeres y niñas con acciones positivas y programas específicos, pero también por la necesaria reflexión de los hombres sobre los

comportamientos y privilegios asignados en las relaciones que establecen con las mujeres para, de esta forma, garantizar una igualdad sólida.

Porque el reto de las políticas de igualdad pasa por transformar las resistencias, los obstáculos y las relaciones de poder establecidas por las de igualdad en la totalidad de su palabra.

Porque la igualdad es el corazón de los derechos humanos.

Sara Hernández Barroso,
alcaldesa de Getafe.

Alba Leo Pérez,
concejala de Feminismos.

Índice

9 **Notas preliminares**

11 **Prólogo** Patricia Amigot

17 **Rescatando del olvido a Léo Thiers-Vidal**

23 **¿Qué lugar ocupamos las mujeres en el trabajo que se viene haciendo con los hombres?** Susana Covas

57 **¿Desde qué enfoque abordamos las intervenciones con hombres? A la meta de la igualdad no nos lleva cualquier camino** Luis Bonino

99 **Emociones éticas o cómo favorecer la igualdad desde una perspectiva crítica de la afectividad de los hombres** Luis Botello Lonngi

125 **Nueve claves para una posible, urgente y renovada comprensión de la intervención con hombres** Roberto Garda Salas

163 **Reenfocar la coeducación con alumnos: educar para exigir un pacto entre iguales** Miguel Ángel Arconada Melero

Notas preliminares

Esta publicación, que desearíamos que fuera de interés para un amplio abanico de lectores y lectoras, va especialmente dirigida a quienes, desde las instituciones o la sociedad civil, promueven y habilitan intervenciones con hombres. Pretende ser una herramienta teórico-práctica que responda a los primeros interrogantes que articulan cualquier proyecto: ¿por qué?, ¿para qué? y ¿cómo?

Desde hace más de veinte años existen numerosas estrategias para terminar con la desigualdad, erradicar la violencia contra las mujeres y lograr la corresponsabilidad en los cuidados. No es exagerado decir que en estas cuestiones de injusticia social, aún hoy, los hombres en su mayoría no se sienten individualmente aludidos, o continúan mirando hacia otro lado, o modifican superficialmente sus comportamientos, en una cotidianeidad social que tampoco los interpela seriamente por ello. No hay una demanda amplia y espontánea por su parte para asumir el trabajo ético que supone ahondar en los costes que la masculinidad genera a las mujeres, el reconocimiento del lugar existencial que les corresponde, la pérdida de privilegios que eso supone y la reciprocidad real y cotidiana que se debería ofrecer.

Desde las organizaciones gubernamentales, lograr el compromiso masculino para el cambio no ha sido ni es tarea fácil. Al intentarlo, lo más frecuente es que se vaya desdibujando el protagonismo que los hombres ejercen como agentes activos en la producción y mantenimiento de la desigualdad.

Para los autores varones que participamos en esta publicación, contando cada uno con más de veinticinco años de experiencia concreta en el trabajo con hombres adultos y jóvenes, no es nuestra preocupación fundamental cómo convencer con propuestas creativas y atrayentes a los hombres en general, edulcorando y desvirtuando el compromiso que deben asumir, y mucho menos a los que se manifiestan abiertamente en contra del feminismo y sus propuestas. Tampoco lo es seguir promoviendo programas institucionales por el simple hecho de aumentar la cantidad de usuarios. Somos conscientes de que sería deseable, a estas alturas, que el cambio profundo que aún sigue pendiente se produjera masivamente y con mayor celeridad. Pero la realidad de las resistencias masculinas es muy tozuda y sabemos que negarla o disfrazarla no está siendo la solución.

De ahí que nuestro interés se centre en ofrecer información y herramientas que permitan hacer un análisis crítico de las líneas de intervención en el trabajo con hombres, así como establecer con mayor rigurosidad los objetivos y, consecuentemente, los contenidos, no solo en su aspecto discursivo, sino a lo largo de toda la práctica concreta; y que, siendo realistas y coherentes con el enfoque feminista, se dirijan a combatir el machismo y la desigualdad con las mujeres, poniendo el énfasis en el ejercicio de lo cotidiano.

Todo un desafío que se podrá ir superando si cada hombre comienza a asumir, sin victimismos ni más dilaciones ni dilución en lo social, las propias responsabilidades ante la perpetuación de esta injusta realidad.

Prólogo

Patricia Amigot

Esta publicación representa un esfuerzo colectivo de reflexión crítica en torno a las propuestas teóricas y de intervención dirigidas a hombres. En los últimos años, estos programas han adquirido un gran protagonismo en el trabajo por la igualdad, lo que también ha suscitado valoraciones diversas de sus enfoques, de la manera de entender las relaciones de poder entre hombres y mujeres, y de los efectos que estas líneas de acción tienen en las mujeres.

Desde una perspectiva feminista, es fundamental analizar estos programas desde la comprensión tanto de la dimensión práctica del ejercicio de poder como de los procesos subjetivos y relacionales implicados en la reproducción de la lógica patriarcal. ¿Qué significa y qué caracteriza a la posición masculina en este entramado estructuralmente desigual? ¿Qué hay que modificar para desactivar el ejercicio de poder masculino sobre las mujeres?

Es una obviedad que otros ejes de desigualdad estructuran nuestras sociedades, lo que diversifica colectivamente las experiencias de hombres y de mujeres. No obstante, y en lo que a la reproducción de la subordinación femenina se refiere, esta constatación —hay muchos hombres alejados de los modelos tradicionales— no debería debilitar la atención prestada a las estrategias masculinas de poder, persistentes o novedosas, en el contexto

contemporáneo. La cuestión fundamental es que, tal como algunas investigaciones constatan, y a pesar de avances sociales y cambios en la construcción de la masculinidad, la desigualdad, las violencias y el malestar femenino en las relaciones con hombres persisten.

Es fundamental afinar en la comprensión del poder y de qué significa una posición de dominio en un marco patriarcal, para así promover cambios realmente efectivos. Sabemos hace tiempo que las características estereotipadas y los roles de género a ellas asociados son fundamentales, pero no son el núcleo de la desigualdad en los vínculos: lo fundamental es la construcción de una posición existencial desigual, que orienta y legitima relaciones de dominio sobre las mujeres. La propia percepción de los cambios está condicionada por este lugar. Si quien ejerce poder no se *descentra,* aunque se produzcan algunas transformaciones, es difícil que el núcleo de la jerarquización entre hombres y mujeres se tambalee. Por tanto, es importante pensar la masculinidad como disposición relacional, atender a las estrategias específicas y renovadas de su estatus y hacerlo desde la consideración de los efectos y de las experiencias de las mujeres.

El contexto actual y sus lógicas neoliberales contribuyen a la desatención de lo relacional y de sus características. Los cambios se formulan a menudo en términos exclusivamente de sujetos individuales; en el caso de las masculinidades, se subraya a veces la promoción de un cambio personal para el aumento del bienestar y de la realización, olvidando el aspecto relacional; en el caso de las mujeres, el concepto de *empoderamiento* se resignifica en ocasiones como esfuerzo individual, lo que tiene el efecto perverso de responsabilizar a las mujeres de la consecución de la igualdad.

Un hombre *moderno* puede implicarse en la paternidad, puede expresar emociones y mostrarse sensible, pero eso no garantiza que haya desactivado o *deconstruido* una manera autorreferente de relacionarse, una manera en la que se naturaliza la centralidad de *sus* proyectos, de *sus* criterios, de *sus* valores. Algunos cambios no garantizan una relación igualitaria en términos de reconocimiento y de reciprocidad con las mujeres. Lo más probable, además, y tal como muestra este libro, es que esta desigualdad menos reconocible suponga un plus de extrañeza y de impotencia para quienes puedan ser sus parejas.

Los capítulos de este libro exponen diferentes ejes de análisis para valorar, desde una perspectiva feminista y relacional, los planteamientos en este ámbito de las intervenciones dirigidas a hombres. Funcionan como herramientas para esclarecer las claves de las trasformaciones hacia la igualdad entre hombres y mujeres y, por tanto, para programar prácticas específicas.

En el primer capítulo, a partir de una larguísima experiencia de investigación y de intervención con mujeres, Susana Covas se pregunta qué lugar ocupan las mujeres en el trabajo que se está realizando con los hombres. Esta inquietud se enraíza en la constatación de que, en la realidad cotidiana de muchas mujeres jóvenes y de mediana edad, no se aprecia una verdadera transformación de las relaciones jerárquicas que muchos hombres establecen. Esto sucede también con hombres más sensibles, solidarios, aliados de la causa feminista que, no obstante, mantienen intacto el lugar existencial desde el que siguen ejerciendo el poder que habilita sus privilegios. Situando en el centro de su análisis el impacto en las vidas de las mujeres de lo que se ha dado en llamar

«una nueva masculinidad», la autora subraya la importancia de repensar rigurosamente los objetivos y contenidos de las intervenciones dirigidas a hombres desde estas claves. Su texto contribuye a promover la capacitación necesaria con la que las agentes de igualdad u otras personas técnicas deberían contar a la hora de programar, hacer seguimiento y evaluar las intervenciones que se habiliten.

En el siguiente capítulo, Luis Bonino explora dos modelos que orientan las intervenciones con hombres en la actualidad y discute sus marcos referenciales, discursos y, sobre todo, sus prácticas. El primero, el más difundido y legitimado, lo constituye el «enfoque de la promoción de las nuevas masculinidades», que prioriza el trabajo sobre los «costes» de la masculinidad y de la desigualdad para los hombres. El autor, en tanto no existe evidencia clara al respecto, cuestiona que este planteamiento redunde a favor de la igualdad. El segundo modelo, menos difundido pero de largo recorrido, lo constituiría el «enfoque del poder y los privilegios masculinos». Se dirige a visibilizar y cuestionar los beneficios de la masculinidad y la desigualdad para los hombres, y su coste para las mujeres. Según el autor, es el modelo más adecuado si lo que se busca es un cambio real en el comportamiento desigualitario y abusivo de los hombres en lo cotidiano. Además, se describen algunos ejes de actuación que deberían ser prioritarios.

El artículo de Luis Botello se detiene de manera minuciosa en la consideración de las emociones, dado que una de las ideas centrales del enfoque más extendido en torno a las nuevas masculinidades es que la emocionalidad masculina está reprimida y que requiere ser expresada. El autor cuestiona críticamente esta versión individualista/psicológica, que con-

vierte la expresión en un fin en sí mismo y que presupone erróneamente que ese cambio repercute por extensión a favor de la igualdad. También en este aspecto se considera fundamental el análisis de las emociones en su dimensión relacional, precisamente para visibilizar cómo participan en los mecanismos de poder de género. Es importante resituar la dimensión afectiva masculina e incluir en ella la jerarquización de emociones éticas que desafíen las desigualdades de género y favorezcan la consideración de las mujeres como iguales existenciales.

Roberto Garda, en el cuarto capítulo, presenta y problematiza las propuestas existentes desde una perspectiva feminista que habla del poder. Por un lado, plantea alejarse de aquellos enfoques llamados «masculinistas», dirigidos a mantener la masculinidad en sus formas singular o plural (las «masculinidades»), siendo que ambas reproducen la dominación masculina y no toman en cuenta sus efectos en las mujeres. Por otro lado, ofrece una guía de reflexión y acción para diseñar intervenciones dirigidas a hombres que contribuyan con efectividad a terminar con la desigualdad y construir la equidad con las mujeres. En este sentido, brinda valiosas claves y sugerencias para orientar la implementación de estrategias de intervención con hombres.

Por último, Miguel Ángel Arconada considera que las «nuevas masculinidades» han logrado un prestigio inmerecido desde una perspectiva de género, pues su relación con la igualdad es, en ocasiones, tangencial, y en otras, intencionadamente paralela. El autor distingue conceptualmente y con rigor entre «nuevas masculinidades» y «masculinidades comprometidas con la igualdad», con el fin de potenciar adecuadamente el trabajo coeducador específico con los alumnos varones, aún incipien-

te en los centros educativos. Distintas a las masculinidades egoístas, se propone trabajar las masculinidades feministas de forma planificada y progresiva, para lo que ya existen propuestas metodológicas y materiales didácticos. No hacerlo de esta manera, por un lado, desenfocaría la coeducación con chicos hacia una masculinidad liberada de costes y celosa de sus privilegios, y por otro, hiperresponsabilizaría de nuevo del cambio hacia la igualdad a las alumnas, a las que incluso se asignaría la tutela del proceso de concienciación igualitaria de sus compañeros.

Patricia Amigot

Es profesora del Departamento de Sociología y Trabajo Social de la Universidad Pública de Navarra, doctora en Psicología Social por la Universitat Autònoma de Barcelona, promotora y responsable de calidad del Máster Universitario en Género, Mujeres e Igualdad de la UPNA. Previamente ha sido directora académica del Diploma de Especialización en Género. Desde su tesis en 2005 sobre *Las relaciones de poder, espacio subjetivo y prácticas de la libertad,* ha realizado numerosas investigaciones con enfoque feminista y ha publicado artículos en torno, fundamentalmente, a las relaciones de género y las violencias contra las mujeres. Ha realizado estancias de investigación en el centro Michel Foucault de París y en la Cátedra UNESCO de Tecnología, Mujer y Ciencia de América Latina en Buenos Aires.

Rescatando del olvido a Léo Thiers-Vidal

Léo Thiers-Vidal, doctor en Sociología, nacido en 1970 en Bélgica, desarrolló su carrera profesional en Francia y fue un estudioso de la condición masculina y las relaciones sociales de género, enrolado en el feminismo materialista francés. En su tesis, *De «L'Ennemi Principal» aux principaux ennemis*[1] *[Del «enemigo principal» a los principales enemigos],* aún no traducida al castellano, aborda la posición vivida, la subjetividad y la consciencia masculinas de dominación. Se puede considerar un texto fundamental, por la lucidez de sus conceptualizaciones acerca de las habilidades masculinas para situarse, pensar y actuar en una posición de dominación hacia las mujeres.

Enrolado desde los noventa en lo que en aquellos tiempos se llamaba movimiento de hombres profeministas, escribió en 1998 esta pequeña publicación en el foro electrónico Profem, en el que se discutía sobre el sufrimiento de los hombres y la posibilidad de trabajar sus malestares como recurso para controlar el deseo de oprimir a las mujeres. Escrita con el lenguaje coloquial que supone una reunión de ese tipo, su intervención resume con mucha claridad el pensamiento que luego fue desplegando en su recorrido profesional.

Este texto, a pesar de haberse escrito hace casi veinticinco años, no solo es de asombrosa actualidad, sino que enmarca las líneas en las que se inscribe esta publicación, por lo que nos parece de suma utilidad rescatarlo en su traducción al castellano.

1. La tesis, defendida en 2007, fue publicada en forma de libro tres años después: Thiers-Vidal, Léo, *De «L'Ennemi Principal» aux principaux ennemis: Position vécue, subjectivité et conscience masculine,* París, L'Harmattan, 2010. La obra fue prologada por la reconocida feminista francesa Christine Delphy.

Opresión y profeminismo

Me siento insatisfecho con la discusión sobre el «sufrimiento de los hombres». No hablamos a nivel personal sobre la opresión sexista que perpetuamos en contra de las mujeres, en nuestras propias vidas de hombres, ya sea en el trabajo o la cocina, en la cama o la calle. No hablamos sobre lo que se necesita para cambiar las cosas en nuestras vidas, en nuestras comunidades. No hablamos de lo que ya estamos haciendo: intercambiando formas de lucha contra el sexismo. El evadir sistemáticamente estos temas no está desprovisto de significado. Nos muestra que los hombres raras veces estamos dispuestos a vivir de acuerdo con nuestros discursos profeministas. Preferimos cuestionar algún punto del feminismo que no nos queda claro, o desbarajustar algún análisis feminista, o advertirles a las feministas acerca de tal o cual «práctica peligrosa». El resultado es que, demasiado frecuentemente, nos quedamos seguros en nuestra cómoda posición y hablamos de nuestras necesidades y deseos —de nuestra hija o hijo, de nuestras experiencias laborales, de nuestros intereses (in)directos— en lugar de discutir sobre lo que se necesita para cambiar nuestra dominación y combatir el sexismo. ¿Cómo podemos, como grupo de hombres profeministas, desarrollar prácticas creativas y activas contra el sexismo? ¿No debería ser esa una de las metas de nuestras discusiones?

Profeminismo es colocar mi propio sufrimiento en el contexto del sufrimiento de mi hermana y mi madre. Ver las diferencias, los efectos, los contextos opuestos... El profeminismo empieza cuando pongo mi vida

a un lado y veo lo que ocurre a mi alrededor, lo que les provoco a las mujeres en mi entorno al reproducir lo que he visto en mi familia. Una pregunta más general sería: ¿estoy dispuesto a reconocer que el sexismo existe y que sexismo significa que las mujeres son sistemática, sutil y brutalmente confrontadas con hombres dominantes que se rehúsan a verse como individuos dominantes? Yo soy uno de estos individuos.

Creo que los hombres cambiaremos a través del empoderamiento de las mujeres, a través de una diferente relación de poder entre mujeres y hombres. La situación de las mujeres ha cambiado en el pasado por sus acciones colectivas contra la dominación masculina, y estas acciones han tenido efecto sobre los hombres, cambiándonos. Es probable que algunas cosas puedan cambiar a través de la terapia. Pero cuando se trata de estructuras de poder, creo que solamente los cambios de poder pueden realmente afectar a los hombres. Si las mujeres construyen su poder colectivo e individual para vivir libre e independientemente, los hombres cambiarán mientras deseen vivir con las mujeres.

Para mí, es una cuestión de poder, no de terapia personal. Si las mujeres pueden continuar construyendo su movimiento de liberación y crear espacios libres para ellas y por ellas, esto afectará profundamente las relaciones entre los sexos, y los hombres tendremos que adaptarnos o ser excluidos de estos espacios mixtos más igualitarios. No fue la terapia lo que cambió a los hombres blancos en sus actitudes y prácticas racistas. El cambio lo produjo el movimiento de liberación de la gente negra. No fue la terapia individual o colectiva lo que cambió a los jefes capitalistas y las industrias en su explotación de los y las trabajadoras. El movimiento obrero-laboral provocó esos cambios.

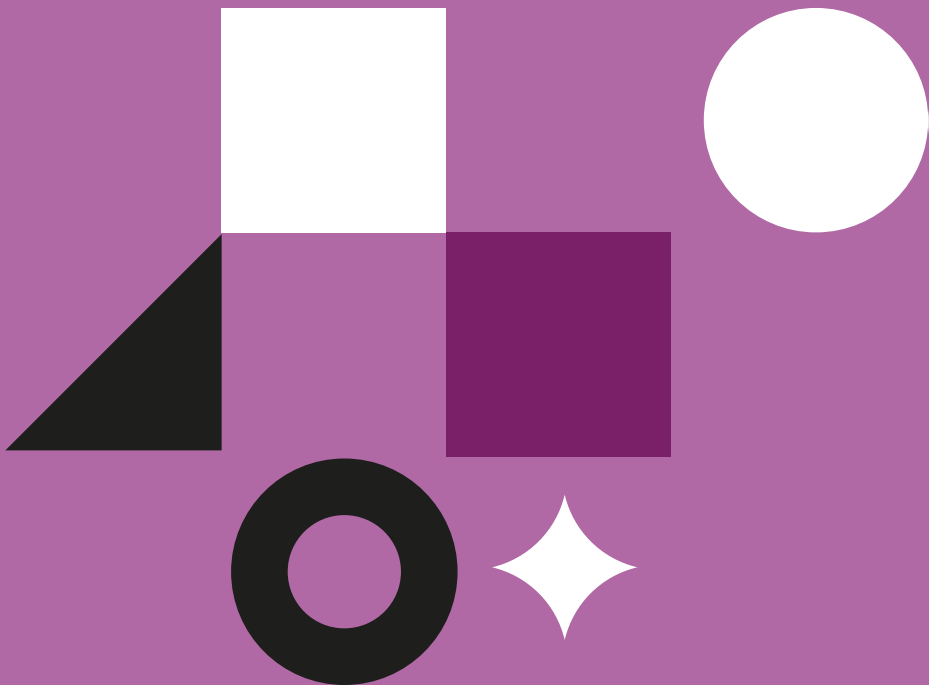
Sería útil si dentro de la terapia se desafiara al poder, se preparara a los hombres a renunciar a su hábito, voluntad y deseo de beneficiarse de su posición de dominación.

Me rehúso a apelar a los hombres con el argumento de la «salud masculina», así como rechazo apelar a los seres humanos con el argumento de la salud cuando se trata de la explotación de seres no humanos. Creo que la apelación a la justicia debería ser suficiente. Y si no lo es, esto simplemente significa que se necesitan mayores esfuerzos para sacar a los hombres de su cómoda posición egocéntrica. ¡Una patada en el trasero! Llevé a cabo los mejores actos de mi vida cuando mujeres feministas me dieron una (suave) patada en el trasero, haciéndome comprender que debía trabajar en mí mismo y que el trabajo no sería poco. No me interesa la culpa. Esta suele servir al propio interés de los hombres de no hacer nada. Una patada en el trasero es a menudo una buena respuesta para la culpa masculina. ¡Lo ha sido para mí!

¿Cuán inocente es un grupo dominante? ¿Qué necesita hacer un hombre para ser responsable y responsabilizado por sus actos? [...] ¿Dónde está el punto en que decimos «basta»? De nuevo, no me interesan mucho los sentimientos, intenciones o pensamientos de los hombres. Me importan los efectos de sus elecciones, día tras día. Y el efecto de su renuencia a hacer ciertas elecciones.

¿Qué lugar ocupamos las mujeres en el trabajo que se viene haciendo con los hombres?

Susana Covas



Susana Covas

Feminista de lo cotidiano. Investigadora y formadora de profesionales. Responsable desde hace más de treinta años de numerosos proyectos organizados por instituciones públicas y asociaciones, dirigidos a mejorar la vida de las mujeres en todos sus ámbitos de desarrollo. Coautora, junto con Clara Coria y Anna Freixas, del libro *Los cambios en la vida de las mujeres* y coordinadora de diversas investigaciones: *El empoderamiento de las mujeres, Aulas de Mujer como alternativa para la salud integral de las mujeres, Experiencias de mujeres en procesos de separación y divorcio* (coautora con Patricia Amigot y Rut Iturbide), *Hombres con valores igualitarios, Los hombres y el cuidado de la salud, Comprometiendo a los hombres con la igualdad de género*, etc.

Otras eran las expectativas

Ya son muchas las mujeres jóvenes y de mediana edad que ven frustradas sus expectativas iniciales al comprobar que los «nuevos hombres buenos», los «hombres igualitarios», los que ostentan las llamadas «nuevas masculinidades» no logran una verdadera transformación en las relaciones jerárquicas que siguen estableciendo con las mujeres. Se trata de hombres más sensibles, «deconstruidos», respetuosos en general con los derechos humanos, con el cuidado del medio ambiente, interesados por diferentes causas sociales, muchos de ellos aliados de la causa y el movimiento feminista.

Lo que transmiten estas mujeres da a entender que, en el proceso de transformación del rudo al sensible, estos hombres, a pesar de cambiar las formas y algunos roles puntuales, de desear diferenciarse de los estereotipos tradicionales masculinos, de rechazar en principio cualquier tipo de violencia, de admirar ciertas capacidades femeninas que intentan incorporar a sus vidas, mantienen intacto el lugar existencial desde donde continúan ejerciendo el poder y los privilegios relacionales con las mujeres.

Hombres que van cambiando

En sociedades como la española, está claro que se han producido cambios en los comportamientos masculinos, e incluso se aprecian a simple vista. Es casi imposible abstraerse de las derivas sociales y de las presiones que viene ejerciendo desde hace años el movimiento feminista. Hasta esos hombres que aún hoy persisten rudos, orgullosamente machistas, a los

que a veces creemos analfabetos emocionales, seguramente van experimentando algún cambio, por más superficial que sea.

Qué duda cabe de que, si hacemos la valoración por comparación entre los mismos hombres, entre los de esta generación y generaciones anteriores, e incluso entre los de una misma generación, o con hombres de culturas que parecieran ser mucho más machistas, comprobamos que cambios sí que los hay. Claro que sí.

Pero, además de estos cambios, que se dan casi por inercia, no pocas mujeres dicen apreciar en determinados hombres otro tipo de cambios en principio muy alentadores. Se comparten ciertas responsabilidades domésticas y de crianza que, también por comparación, ellas no veían en sus padres. Se valora la sensibilidad y la capacidad de expresar emociones, que poco veían en sus padres. Se rechaza en principio la violencia, que se considera intolerable, algo que muchas ya veían en sus padres, aunque el umbral de tolerancia a esta violencia parece haber bajado todavía más. Por último, se comparten reivindicaciones sociales y hasta feministas, algo que la mayoría no veía en sus padres.

Las mujeres hoy ya mayores aprendimos a avanzar y a continuar logrando conquistas que han ido transformando nuestra posición existencial, a contracorriente de lo que la sociedad nos seguía exigiendo. No podíamos esperar cambios estructurales inmediatos en ninguno de los ámbitos en los que nos movíamos, y, por supuesto, tampoco podíamos esperarlos de los hombres de nuestro entorno. Unas, a veces sin saberlo, íbamos abriendo camino a pico y pala, tanto en el ámbito doméstico como en el público, a expensas de

nuestros espacios y tiempos privados. Otras, además, promovíamos activamente esos cambios, tanto en la Administración pública como en el sector privado.

Es cierto que así, progresivamente, logramos desarrollar mucho músculo, pero también pagamos altos costes personales: doble y triple jornada, escisión interna y culpa por asumir responsabilidades que se nos asignaban por todo aquello que no funcionara a la perfección, estrés, cansancio, resignación de intereses propios, etc. ¡En cuántas ocasiones nos creíamos muy libres por tomar decisiones que realmente no eran más que simples preferencias adaptativas! En ese contexto social en el que, por ejemplo, los cuidados seguían asignados casi en exclusividad a las mujeres, solo se podía optar entre dos posibilidades excluyentes: o la maternidad o el desarrollo profesional.

Y aunque, lamentablemente, no podemos decir que esto ya sea historia, porque sigue atravesando la vida de muchas mujeres, actualmente las jóvenes que han incorporado y disfrutan de nuestras conquistas entienden que hoy seguir avanzando significa, además, no tener que pagar esos costes y se resisten a desgastarse nadando a contracorriente. Ya les parece intolerable y lo están reclamando en lo público a todos los niveles, y especialmente a los hombres con los que se relacionan.

Seguramente por ello, muchas se sienten atraídas por ese tipo de hombres a los que perciben más afines, más compañeros, más sensibles, por lo que desean vincularse con ellos en todos los ámbitos: en los espacios compartidos de formación, trabajo, profesión, militancia, ocio, deportes y mucho más si les interesa compartir su vida afectiva.

Son hombres que ostentan otro tipo de masculinidad, que se sienten bien y orgullosos de no responder a los estereotipos y que por diferentes cauces están en un proceso de cambio. Algunos lo transitan en soledad, otros compartiendo vivencias con amigos, y muchos participan en talleres, cursos, grupos, círculos en los que, junto a otros hombres, van revisando y cuestionando su masculinidad y en los que parece que pueden ir diseñando lo que llaman nuevas masculinidades. Y esto, que atrae ya a numerosas mujeres, se encuentra en general entre activistas de defensa de derechos humanos y del medio ambiente, de movimientos alternativos, artistas, sindicalistas, hombres sensibilizados con diferentes causas sociales, muchos de los cuales se sienten aliados del movimiento y la causa feminista. Son hombres que de una u otra manera se manifiestan en contra de la masculinidad tradicional y se enrolan en las filas de esas nuevas masculinidades...

Es decir que, por comparación entre los mismos hombres, hay cambios que se perciben y también algunos se disfrutan.

Qué es lo que no cambia en los hombres que cambian

La aparición de estas nuevas masculinidades generó la expectativa de que por fin se podría lograr una verdadera equivalencia existencial entre mujeres y hombres, lo que permite el mutuo reconocimiento desde un mismo lugar existencial, sin jerarquías como personas. Solo la equivalencia existencial habilita el respeto mutuo de derechos, oportunidades, deseos y necesidades. Constituye la base a partir de la cual se puede esperar y exigir luego una distribución equitativa de roles, tareas y responsabilidades.

Sin embargo, la realidad que transmite hoy un gran número de mujeres lamentablemente no permite ser tan optimistas.

Si en lugar de evaluar los cambios por comparación entre los mismos hombres, ponemos el foco en las relaciones que establecen con las mujeres, lo que se refleja en ese espejo muestra que muchos de esos cambios parecen obrar más que nada en superficie.

Jokin Azpiazu, en su libro *Masculinidades y feminismo,*[1] ofrece algunas claves sobre este tema:

> *Medir la transformación del modelo masculino por comparación con otros hombres los lleva más a condenar y a separarse del modelo por el que no se sienten representados que a un cuestionamiento y cambio del propio, con lo que fácilmente se llega a un alto grado de autocomplacencia y sobrevaloración de logros.*

Lo que perciben y transmiten mujeres jóvenes y de mediana edad es que cambian más los contenidos de lo que los hace sentirse hombres que la posibilidad de relacionarse con ellas desde otro lugar. Poco a poco van observando que, aunque se trate en general de hombres con un discurso políticamente correcto, que se sienten feministas, igualitarios, sensibles y progresistas, los cambios que

1. Azpiazu Carballo, Jokin, *Masculinidades y feminismo,* Barcelona, Virus, 2017.

ofrecen no atraviesan profundamente las relaciones, no transforman el lugar existencial jerárquico desde donde se vinculan con ellas y no producen efectos cualitativamente enriquecedores en su calidad de vida cotidiana.

La centralidad sigue estando en sus propias vidas, sus intereses, sus necesidades y sus deseos, aunque utilicen para preservar todo ello otras maneras mucho más sutiles y, por tanto, más difíciles de detectar. La mecánica del micromachismo persiste, aunque más refinado y con otros contenidos y, como es sabido, el daño que generan no es ni micro ni pequeño.

Lejos de rechazar, reconocen como valiosa la sensibilidad femenina, desean hacerla propia, pero siguen sintiéndose en poder de la verdad, de lo objetivo, de la razón, que parecieran seguir siendo atributos exclusivamente masculinos.

Todo esto ya constaba en las conclusiones del estudio *Hombres con valores igualitarios,*[2] que coordiné en 2008 por encargo del entonces Ministerio de Igualdad. Allí se mencionaba también que, a pesar de algunos avances significativos en su manera de ser hombres, persistía la desigualdad naturalizada, lo que convierte en natural la disponibilidad incondicional de las mujeres, sin obligación de reciprocidad. Persistía el lugar dominante y autorreferente desde donde se ejercen los privilegios relacionales.

2. Covas, Susana, *Hombres con valores igualitarios: historias de vida, logros alcanzados y cambios pendientes,* Madrid, Ministerio de Igualdad, 2008.

Y es precisamente la persistencia de esta resistencia a transformar el lugar existencial desde donde se ejercen esos privilegios lo que nos ha llevado a algunas profesionales que trabajamos exclusivamente con mujeres —y que estamos en contacto directo con sus experiencias cotidianas— a plantearnos estos interrogantes: ¿qué lugar ocupamos las mujeres en el trabajo que se viene haciendo con los hombres? ¿Cuál es el camino que están recorriendo aquellos que pretenden ser «igualitarios»? Si el objetivo realmente es ese y sin dejar de velar, por supuesto, por su propia calidad de vida, ¿no debería ser la ÉTICA el eje central que organice sus procesos?

Precisamente, si tenemos en cuenta que se trata de hombres que han puesto en valor la ética en otros ámbitos de sus vidas, ¿qué está pasando a la hora de enfocar el proceso que los lleve a transformar las relaciones de poder que establecen con las mujeres?

Para Débora Tájer,[3] existe un doble rasero con el que muchos hombres aún hoy aplican sus valores éticos:

> *Los varones contemporáneos procesan su singularización estableciendo un doble estándar ético y no colocan a las mujeres en el campo del semejante, en el cual solo se ubican entre ellos. [...] Así no tienen los mismos recaudos éticos hacia ellas, ni la misma empatía y posibilidad de identificarse con su sufrimiento en tanto otra...*

3. Tájer, Débora, *Psicoanálisis para todxs,* Buenos Aires, Topia, 2022.

Tal vez resulte necesario que en el camino que están recorriendo estos hombres, que ya han logrado dejar de ser esos «espíritus heridos» de los que hablaba bell hooks[4] y que además se muestran ilusionados por haber encontrado el camino hacia la igualdad, se animen a revisar profunda e íntimamente cómo y con quiénes están aplicando sus nuevos valores.

El logro de la equivalencia existencial con las mujeres requiere de la misma posición ética que nos impulsa en general a las personas a cambiar en todo lo que se refiere a los derechos humanos: nos gusten o no, nos convengan o no, nos beneficien o no, hay que respetarlos porque es lo que corresponde.

Se trata de una ética que, en este caso, no admita la etiqueta de «hombres igualitarios» o «nuevos hombres buenos» si no lo son día a día y con todas las mujeres. Una ética que seguramente, además, les permitirá aceptar y sobrellevar mejor lo duro que parece resultar la pérdida de privilegios relacionales y sostener luego el compromiso cotidiano que ello supone.

Cómo impacta en la vida de las mujeres

- «Cuando digo: “No estoy de acuerdo”, él responde: “Es que no me entiendes”. No puede aceptar que sí le entiendo, pero yo quiero otra cosa».

- «Me gustaba más como tío (hombre) que como ha sido conmigo».

4. hooks, bell, *El deseo de cambiar,* Manresa, Bellaterra, 2021.

- «En el espejo en que se mira, yo, de verdad, nunca existí».

- «No me trata mal, es majo, a veces buen compañero, pero de alguna manera siempre queda claro que no jugamos en la misma liga».

Como es de suponer, lo que reflejan estos testimonios de mujeres que han participado en diferentes programas y actividades realizadas con perspectiva feminista es que, así las cosas, son imposibles las negociaciones cotidianas paritarias, de las que hace tantos años hablaba Clara Coria.[5] Lo que sucede en la realidad del día a día muestra que apenas se llegan a lograr simples consensos aparentes y negociaciones engañosas.

Luciano Fabbri,[6] especialista en masculinidad, refiriéndose a la sexualidad dice que si a la vieja masculinidad le erotizaban la dominación, el sometimiento, los hombres igualitarios debían aprender a erotizar el consentimiento. Y es cierto que esto es un paso importante, aunque sabemos que no se trata solo del consentimiento, que alude a la aceptación o rechazo de lo que ofrecen los hombres y sin tener en cuenta ciertos contextos en los que el consentimiento puede no responder a una libre elección. De lo que se trata es de validar los deseos y las iniciativas femeninas.

Pero sí, muchas mujeres confirman que los hombres nuevos ya no buscan la dominación explícita, el sometimiento a secas, y no solo en el área de la sexualidad, sino que lo que de verdad les interesa

5. Coria, Clara, *Las negociaciones nuestras de cada día,* Buenos Aires, Paidós, 1996.

6. Fabbri, Luciano, *La masculinidad incomodada,* Rosario (Argentina), UNR y Homo Sapiens, 2021.

es lograr precisamente el consentimiento y la aprobación..., ¿pero de qué? Tantas veces, de sus propios deseos, necesidades y decisiones.

- «Él quería que funcionáramos en poliamor y me decía que, por supuesto, yo también podía hacerlo. Yo no solo no quería, sino que no estaba de acuerdo..., pero la anticuada y la que no sabía disfrutar de la vida era yo».

- «Sí, sí me daba paz y tranquilidad si se hacían las cosas como él quería, eso estaba claro. Esa es la clave..., pero desde la sutileza, no ha sido para nada un hombre que... Es un hombre con mucha capacidad, es muy envolvente en acabar convenciéndote de que tú haces eso porque tú lo deseas».

Otras mujeres tampoco aprecian grandes cambios en las formas que los hombres tienen de incidir en los espacios públicos mixtos; en la persistente necesidad de protagonismo y visibilización de cada cosa que hacen; en la poca o nula capacidad de estar ausentes, de no optar siempre por los espacios de poder; en el nivel de reciprocidad existencial que ofrecen; en el grado de compromiso real y cotidiano que asumen sobre los cuidados que les corresponden.

- «Son todos muy feministas hasta que les toca bajarse de un acto».

- «Vaya con esa obsesión por el protagonismo público: acaban de leer *Feminismo para principiantes* y ya publican libros».

- «Que no me agradezca tanto la calidad de lo que le doy y me devuelva algo en el mismo sentido: la reciprocidad no es solo ocuparse de las tareas que le corresponden».

- «Nuevas masculinidades… ¿Cuál de ellas propone algo más que lo que debería ser un acuerdo de mínimos entre iguales? Mucho reconocer privilegios a la hora del bla, bla, bla… ¿y luego qué?».

Obviamente, todo esto está generando muchos malestares, en principio por la frustración de expectativas. Se produce en ellas una mezcla de dolor, desencanto, rabia por sentirse engañadas, por acusar el impacto de lo que les resulta inesperado y sorprendente, confusión, mientras intentan encontrar respuestas a lo que tardan en procesar.

- «¿Y cómo puede suceder esto?».

- «¿Cómo un hombre de izquierdas, sensibilizado con las desigualdades, comprometido…, no me trata en igualdad de condiciones…?».

- «¿Cómo lo que parece un mismo marco de valores no supone luego, en la práctica cotidiana, relaciones igualitarias?».

- «¿Cómo es que me admira por feminista, me agradece lo que le exijo y al mismo tiempo disfruta viendo cómo me defiendo como una leona de sus manipulaciones cotidianas?».

- «¿Cómo aceptas que un compañero de militancia te acose en un espacio que entendías seguro? Los malos estaban afuera… Estos debían ser los buenos, ¿no?».

Porque, tras haber bajado la guardia con la confianza de que las condiciones ya lo permitían, luego llegan la decepción, la parálisis, y hasta se ralentizan la toma de conciencia y de decisiones.

Nuevos malestares invisibles

Patricia Amigot,[7] quien ha prologado esta publicación, plantea la existencia de malestares aún no reconocidos socialmente y difíciles de asumir por mujeres jóvenes y de mediana edad, por lo que no encuentran fácilmente espacios de visibilidad y legitimación:

> *Hay que identificar y poner en contexto estos «nuevos» malestares, que se tornan invisibles por la dificultad de ponerles palabras, de identificar sus causas, comprender las lógicas sociales de las que derivan. Experiencias a las que muchos hombres que no se consideran machistas también cierran los oídos y que descubrimos compartidas pero, extrañamente, poco elaboradas en los espacios del activismo. Elaborado significaría aquí politizado, en la tradición feminista, abrir espacios para la puesta en común y la reelaboración de las experiencias relacionales.*

7. Amigot, Patricia, *Nuevos malestares invisibles* [ponencia], Jornadas Intervenir con Hombres, Concejalía de Feminismos, Ayuntamiento de Getafe, 2 de junio de 2022.

Las resistencias a los cambios y a la emancipación femenina se aprecia en discursos sociopolíticos, pero también hay evidencia de que esta se está dando en los vínculos afectivos heterosexuales. Y lo hace a través de un largo proceso, que muchas veces tiene que ver con la confusión que provoca encontrarse parejas que no responden a lo que esperaban (tanto en términos de implicación en el trabajo doméstico y de crianza como en la implicación en la relación y, desde luego, en la no reciprocidad subjetiva).

Las formas de desigualdad ya no son en general, que también, autoritarias y abiertamente coactivas; más bien aparecen enredadas en acuerdos engañosos, lo que es muy difícil de detectar. Cuesta poner palabras, entender qué sucede, demarcar cuál es el problema.

Hay mucho malestar debido a la sorpresa y al desconcierto. Un desconcierto que, si no es reconocido o validado por la pareja, las lleva a problematizarse a sí mismas en muchas ocasiones. Esto es reforzado por estrategias masculinas de manipulación ante las demandas o exigencias de ellas. Hay mucha desautorización: se dice que su demanda es exagerada o que se trata de un cuestionamiento de todo el vínculo, lo que intenta culpabilizarlas, considerando que solo se trata de un problema particular de ellas mismas.

Persiste una resistencia masculina a escuchar, a replantearse o a transformar. En muchos hombres cuyo autoconcepto pasa por ser feministas, la cosa es mucho más dolorosa y difícil.

En estos procesos, también aparece un malestar que se acepta y naturaliza como desgaste: insistir, pelear, explicar es la única manera de hacerse valer, reconocer. Se normaliza el esfuerzo y la demanda de ella para que funcione la relación de pareja. Hay que estar siempre peleando. Y eso tiene un coste.

Normalizar también quiere decir que muchas mujeres consideran normal o incluso muestra de su empoderamiento este esfuerzo que, no obstante, en una relación igualitaria no tendría lugar. Además, esto sucede a mujeres que se consideran a sí mismas empoderadas, que incluso son activistas, son feministas, tienen grupos de amigas con los que reivindican cosas...

Y agrega algunos factores contextuales que pueden dificultar el hacer visibles estos malestares. Entre ellos:

Cuesta pensar el poder como relación: en lo cotidiano, cuesta reaccionar porque no es fácil comprender esta jerarquía de posiciones cuando el imaginario del poder es el

del hombre autoritario y violento, porque algunos hombres cuestionan a mujeres desde el victimismo e incluso con claves del discurso feminista, lo que deja literalmente sin palabras. Así podemos ver a varones que van de feministas hablar de la opresión patriarcal mientras desautorizan a sus compañeras.

Hay cierta tendencia en algunos sectores, incluso profesionales, a pensar de forma dicotómica las situaciones: o existe violencia o se trata de una relación igualitaria: la urgencia y la gravedad de las violencias machistas y los discursos más visibles sobre estas parecen demarcar violencias muy claras..., y luego la normalidad. Desdibujando así los grises de la desigualdad y las formas más sutiles de violencia: si no se detecta violencia, en muchos casos se da por supuesto que se trata de una relación de iguales.

Masculinidades «buenas» frente a la masculinidad hegemónica: cuando se visibiliza la responsabilidad masculina de la violencia y del dominio, hay una tendencia a referirnos a una masculinidad hegemónica, cristalizada en prototipos más tradicionales, groseros y despiadados, prototipos en los que los chicos jóvenes, los adultos alternativos y progresistas, evidentemente, no se reconocen. No es tanto una masculinidad fijada en estos rasgos, tipo John Wayne cabalgando por el Oeste, como una masculinidad que se rearticula y se fortalece,

> *porque sigue perpetuando nuevas/viejas posiciones de subordinación de las mujeres. Esto dificulta pensar que el poder también se ejerce más allá de las formas autoritarias, de construir jerarquías materiales y emocionales muy profundas.*

Finalmente, Amigot apuesta por abrir nuevos espacios que permitan elaborar estas vivencias y malestares específicos, necesarios para compartir experiencias, poner palabras, reconocer las ambivalencias, no encubrirlas, encontrar reconocimiento. Se trata de espacios que no son exactamente los de la movilización y la pancarta, aunque evidentemente estos sigan siendo imprescindibles.

¿Una nueva alerta roja?

Además de estos nuevos malestares invisibles que, como vemos, ya van cobrando entidad suficiente como para abordarlos específicamente, no pocas mujeres transmiten la sensación de estar cayendo, de forma muy sutil y envolvente, en una nueva trampa. Se refieren a los nuevos argumentos que esgrimen hoy algunos hombres, muy diferentes y hasta opuestos a los que justificaban a los más tradicionales, pero que en definitiva logran los mismos objetivos: mantener intactos los lugares de poder y seguir priorizando la centralidad en sus propias vidas.

Se suponía que en épocas anteriores, las mujeres, por su asignada *vulnerabilidad* existencial, necesitaban de la protección masculina.

A cambio, debían ofrecer entrega y disponibilidad plena e incondicional para satisfacer las necesidades y deseos de los hombres y, así, la centralidad giraba alrededor de sus vidas. En la actualidad, en aquellos hombres que están en proceso de cambio, pareciera que persiste el convencimiento de que sus deseos y necesidades deben ser los prioritarios, aunque los argumentos para justificarlo sean paradójicamente opuestos. Se trataría del nivel de *autonomía* que van logrando las mujeres, lo que las convertiría en seres más fuertes y autosuficientes, frente a la mayor vulnerabilidad y sufrimiento de los hombres, que han sido dañados por una masculinidad tóxica.

Y es así como, desde un lugar diferente, estos hombres seguirían sintiéndose con el derecho de continuar priorizando la centralidad en sus propias vidas, eximidos de cualquier tipo de reciprocidad.

Qué duda cabe de que el empoderamiento, la amistad, la solidaridad y sororidad entre mujeres mueven montañas. Pero habrá que estar alerta y comprobar que estas nuevas masculinidades entiendan que los avances y conquistas de las mujeres habilitan en lo relacional una vida equitativamente compartida, que es el desafío que los hombres, por su parte, deberían asumir. No se trata de que ellas cuenten con más margen para seguir ocupándose de ellos, facilitándoles más espacios y tiempos para uso exclusivo de sí mismos.

Como expresó una mujer anónima, integrante de uno de los grupos de reflexión, que hablaba simple y sabiamente desde sus vivencias cotidianas, «no se nos puede pedir, además, que nos convirtamos en centros de rehabilitación para hombres adultos que quieran cambiar».

Reparar los daños que la masculinidad les ha supuesto no los exime de la responsabilidad de reciprocidad que les corresponde con las mujeres, y mucho menos de la obligación de transformar el lugar existencial jerárquico y privilegiado que, en los aspectos más relevantes, siguen ocupando.

En sus procesos de cambio pareciera que se está olvidando que, si en lo individual consideran que su trabajo es desarticular el daño que la masculinidad les infligió a ellos mismos, en lo relacional deberían desarticular el daño que su masculinidad genera a las mujeres.

Es justo mencionar que hay hombres y especialistas en masculinidad que no están de acuerdo con ese paraguas sobreprotector que otros sienten que desde algunas líneas teóricas se les está ofreciendo. Un reportero gráfico argentino dijo: «Nos escondemos detrás de los titulares de Rita Segato o nos ponemos a trabajar en serio en lo que nos corresponde». Se refería a esos titulares que, más allá de lo que realmente ella quiera decir, tantas veces ofrece Segato[8] acerca de que los hombres son las primeras víctimas del patriarcado.

Si lo que interesa a los hombres es lograr una transformación profunda, de poco puede servir partir de una posición victimista y aniñada, que en lo relacional no se corresponde con la realidad. Y,

8. Segato, Rita, *«La primera víctima del mandato de masculinidad es el varón» - Terapia de noticias* [vídeo], La Nación, s. f. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=cHyMZSDJJX8>.

además, tal vez les resulte conveniente conocer y aceptar desde el inicio del camino que el recorrido seguramente será más complejo de lo que supone aliviar sus propias mochilas.

Voces que ya se escuchan, realidades que se dejan ver

Muchos de los testimonios de mujeres que ya expresan su descontento y frustración se recogen exclusivamente en grupos donde se trabaja este tema, en entrevistas para estudios específicos en los que interesa investigar qué está pasando, entre amigas, en las consultas de psicólogas…, es decir, en lugares que consideran seguros. Y siempre y cuando ya hayan tomado conciencia, hayan podido procesar la frustración de expectativas iniciales y, por supuesto, no se encuentren aún en el encandilamiento de la primera etapa.

En general, creen que se trata de una mala experiencia personal, que son las únicas que han tenido mala suerte con ese «tío» en particular. Compañero sentimental o de militancia o de trabajo, en ámbitos donde las cosas «habían cambiado, eran diferentes». Algunas todavía piensan que se trata solo de una parte «oscura» de ellos, que, por otro lado, son tan inteligentes, cuidadosos, tranquilos… Otras expresan claramente sus temores de quedar expuestas: ¿terminar siendo ellas las criticadas, cuando ellos son tan admirados socialmente? Este miedo se recrudece, además, ante el persistente corporativismo entre aquellos hombres que, conocedores de lo que sucede, se mantienen en silencio ante ciertos comportamientos cuando ocurren en propias filas.

Pocas aún van lentamente animándose a hacerlo público, también dependiendo de los recursos con los que cuenten, como lo pudo hacer June Fernández en su artículo «El maltratador políticamente correcto».[9] Allí dejó constancia de la existencia de hombres que socialmente pueden ser reconocidos como referentes de los «nuevos hombres buenos» y de paternidades comprometidas y a los que, en cambio, sus excompañeras sentimentales pueden señalar como maltratadores políticamente correctos.

Otros testimonios que ofrecen Villanueva y Poch,[10] que dirigen una escuela de *coaching* feminista, también representan las voces de numerosas mujeres jóvenes y de mediana edad. Mujeres de la vida real, la mayoría anónimas:

- «¿Cómo no abrirse en canal ante ese chico encantador, licenciado en Historia, comprometido hasta el tuétano con los feminismos y el antirracismo?».

- «Y qué tranquilidad no tener que lidiar con fanfarronadas, chistes facilones... Qué alivio ver que parece que puedes ser tú, ser escuchada, hablar más en profundidad, compartir valores, transgresiones, emociones. Vas sintiendo confianza: él es distinto, es igualitario, hay cosas que ni le he de explicar. Él es consciente, abierto de mente. De él me puedo fiar».

9. Fernández, June, «El maltratador políticamente correcto», Pikara [blog], *eldiario.es,* 30 de julio de 2020.

10. Villanueva Martín, Beatriz, y Poch Riquer, Laura, «La consciencia perversa: violencia luz de gas en entornos "de izquierdas"», *Pikara*, 5 de mayo de 2021.

- «¿Quién iba a pensar que un fotógrafo que ha viajado tanto, con la mente tan abierta, iba a ser un controlador nato?».

- «¿Quién iba a imaginarse que un profesor de yoga, formado en eneagrama y en terapia Gestalt, que acude religiosamente a un grupo de hombres para deconstruir su masculinidad, iba a ejercer una violencia psicológica de libro?».

Como expresan estas profesionales, el impacto genera inicialmente mucha confusión. Por eso el hecho de compartir ideales muchas veces les hace pensar que ellos no se dan cuenta de la dinámica de manipulación y del abuso de poder porque, «si se dieran cuenta, no lo harían».

Agregan que son mujeres que confiaban en ellos, como punto diferencial, por el hecho de ser de izquierdas, artistas, de «mente abierta» o estar supuestamente sensibilizados con las desigualdades. Por ofrecer deliberadamente una imagen de igualdad real, de libertad, de modernidad, de amplitud de miras... que no parecía casar con un nivel de manipulación propio de los más retrógrados.

Y claro está, remarcan lo peligrosa que resulta la creencia mágica de que tener un marco mental común supone un punto de partida igualitario en la relación, lo que dificulta enormemente la detección de violencias.

Y si precisamente ponemos el foco en los casos en los que ya se detecta violencia machista explícita, aunque convengamos que todo esto puede llegar a serlo, si bien sabemos que no hay un perfil específico de maltratador, a nadie se le escapa que encontrarlos enrolados en

estas filas, incluidos referentes de los nuevos hombres buenos y de paternidades igualitarias y comprometidas, está generando un gran impacto.

Según el caso, el impacto se produce en la sociedad toda, pero fundamentalmente en aquellas mujeres a las que, habiendo bajado la guardia, habiendo confiado en estos nuevos vínculos que suponían seguros y recíprocos, les cuesta aceptar una realidad dañina que no imaginaban.

Estos otros testimonios pertenecen a mujeres activistas del País Vasco, que aportaron sus experiencias personales a una investigación que realizó la politóloga Tania Martínez:[11]

- «Lo que más me descolocaba de todo aquello era el hecho de que una persona tan reconocida como él, con un discurso tan diferente..., se pudiera comportar de aquella manera».

- «Lo veía, lo identificaba, pero estaba paralizada... Creo que me parecía tan absurdo lo que me estaba pasando..., que una persona que es un referente de militancia, de sabiduría, me tratara así es lo que me dejó sin capacidad para reaccionar».

Se sabe que nada de esto es nuevo en la historia de los grandes hombres, defensores de diferentes causas nobles, pero es cierto que ya hoy no se esperaba que sucediera con estos nuevos hombres.

11. Martínez Portugal, Tania, *Transformando imaginarios sobre violencia sexista en el País Vasco: narrativas de mujeres activistas,* Vitoria-Gasteiz, Emakunde, 2017.

Azpiazu, en su libro *Masculinidades y feminismo,*[12] ya hace años que alertó del llamativo silencio que se produce en los movimientos mixtos sociales, de izquierdas, progresistas, feministas, de gente joven... a la hora de denunciar a agresores sexuales cuando se encuentran en propias filas y a articular procesos colectivos, en lugar de repetir una vez más el corporativismo entre hombres. Cómo también en esos entornos se duda de la palabra de ella y para él se defiende la presunción de inocencia. Lo que no sucede, como él mismo dice, cuando un compañero llega denunciando una agresión policial después de una manifestación.

Trabajando entre mujeres

Está claro que es importante, a la hora de abordar el trabajo feminista dirigido a mujeres, revisar la incidencia que pueda tener el deseo genuino de relacionarse con los hombres ya por fin de otra manera, en lo público, en lo privado y en lo doméstico. Ese deseo de no tener que estar permanentemente en guardia para defender el lugar existencial que les corresponde, sin tener que explicar o defender como leonas cada día que sus intereses, necesidades, deseos o derechos a ser dueñas de sus propias vidas son tan válidos como los de ellos. ¿Se puede estar corriendo el riesgo de que el derecho genuino de desear todo esto esté creando espejismos? ¿Que se esté perdiendo la objetividad de lo que realmente están ofreciendo hoy los hombres, solo porque en algunos casos y en ciertas áreas sea mejor que lo conocido?

12. Azpiazu, Jokin, *op. cit.*

En este sentido, puede resultar sugerente el comentario de Víctor Parkas,[13] un joven escritor:

> *Dividirse tareas, cuidados y crianza, tener únicamente relaciones consensuadas, dejar de invisibilizar el talento femenino y acabar con la brecha salarial creada para asfixiarlo... Todo esto debería ser un simple preacuerdo. Matilda encontró en mí al único agente masculino que le ofreció algo distinto al resto: y en realidad es un montón de nada. El mal menor reina, lo hace por imperativo legal: yo soy el mal menor de Matilda...*

No cabe duda, entonces, de que cobra especial interés revisar con mayor detenimiento desde qué imaginario de hombre las mujeres nos estamos relacionando con ellos. ¿Qué modelo de hombre puede seguir instalado en la propia subjetividad, que pueda estar generando cierto encandilamiento con aquellos cambios que poco o nada promueven la equidad existencial con nosotras?

Lola López Mondéjar[14] nos recuerda algo que, si bien es obvio en el ámbito de la psicología, no siempre se tiene en cuenta en otros ámbitos:

13. Parkas, Víctor, *Game Boy,* Barcelona, Caballo de Troya, 2019.

14. López Mondéjar, Lola, «El inconsciente es patriarcal: cuidado con él», *La Opinión de Murcia,* 7 de marzo de 2017. Recuperado de <https://www.laopiniondemurcia.es/opinion/2017/03/07/inconsciente-patriarcal-cuidado-31926154.html>.

> *El inconsciente es profundamente patriarcal. No se trata solo de cambiar nuestra conducta racional aplicando voluntad y cognición, sino de vigilar una disposición inconsciente automática, irracional y a menudo sutil que persiste en actitudes en las que quizás no nos reconozcamos, tan contrarias pueden llegar a ser respecto a nuestra representación consciente. Es por eso que la autovigilancia tiene que ser estricta, porque la identificación de las inercias no es fácil y porque el patriarcado cuenta con un temible cómplice interior, [...] con quien en algunas cuestiones es difícil negociar, que nos llena siempre de contradicciones.*

El alto nivel de empoderamiento que ya van logrando numerosas mujeres en los diversos ámbitos en los que se desarrollan puede llevarnos al convencimiento de que automáticamente se corresponde con el mismo nivel de empoderamiento en el área de lo relacional y, especialmente, en los vínculos con los hombres. Pero esto no es lo que está mostrando la realidad cotidiana de muchas de ellas.

En este sentido, nuevamente, Patricia Amigot nos ofrece estas reflexiones:[15]

> *Las expectativas de estándares de igualdad educativa, o de incorporación laboral, parecían prometer asimismo igualdad en otras dimensiones de la vida y de la organización social. Y*

15. Amigot, Patricia, *op. cit.*

> *no ha sido exactamente así. [...] Es importante constatar los cambios, pero también salir de cierto imaginario de progresión lineal en la adquisición de derechos, y atender con una mirada compleja a nuevos ropajes de las relaciones de poder entre hombres y mujeres.*

A algunas mujeres jóvenes y de mediana edad, que han avanzado ya en muchos aspectos de sus vidas, que se sienten seguras de sí mismas y disfrutan de los logros alcanzados, les está costando tomar conciencia de lo que sucede. Tardan en procesar el impacto que supone sentirse víctimas de situaciones de las que se creían exentas y sienten ciertos reparos a la hora de compartirlo: «¿Cómo me está sucediendo esto a mí?».

Dice Amigot:

> *Participamos de un discurso individualizador que nos hace responsables de lo que nos pasa en general, por ejemplo, desplazando la noción de empoderamiento a un asunto exclusivamente individual (responsabilizando a las mujeres de la consecución de la igualdad). Esto tiene sus límites, porque no manejamos parte de nuestras circunstancias, ni la conducta de otras personas; leerlo en clave individual lleva a la fantasía de control, pero luego a la confusión, o al automachaque o a la vergüenza. [...] Rosalind Gill ha analizado esta complejidad que implica la desigualdad, cuando se borran los condicionantes estructurales y relacionales y se interpreta el empo-*

deramiento de manera individual, desresponsabilizando a los hombres. Mandatos de autosuficiencia y seguridad que son socavados por experiencias cotidianas de subordinación.[16] *A lo que agrego que llevan también a expresiones somatizadas y muchas veces medicalizadas.*

Qué duda cabe de que las psicólogas feministas, que en su práctica clínica trabajan cotidianamente desde sus consultas, atienden a todas estas cuestiones. Pero será necesario, además, incorporar este enfoque en las programaciones de cualquier intervención feminista dirigida a mujeres, con el abordaje y metodología que corresponda en cada caso.

El trabajo específico entre agentes de igualdad

En el trabajo dirigido a las profesionales y responsables de habilitar programas e intervenciones con hombres, además de revisar como mujeres todo lo que se viene exponiendo, resulta imprescindible analizar otras cuestiones específicas:

- ¿Con cuánta información y formación contamos para valorar correctamente los proyectos y propuestas dirigidos a hombres que nos llegan a las mesas de trabajo?

16. Gill, Rosalind, «The affective, cultural and psychic life of postfeminism: A postfeminist sensibility 10 years on», *European Journal of Cultural Studies,* 20(6), 2017, págs. 606-626.

- ¿Tenemos previstas las herramientas y el tiempo que requiere luego un seguimiento programado que garantice que en la práctica concreta no se desvíen los objetivos iniciales?

- ¿Con qué variables evaluamos finalmente la tarea realizada? ¿Son suficientes y representativas las evaluaciones cuantitativas que indican exclusivamente la cantidad de usuarios que hayan participado?

Entendiendo que en los procesos que promueven cambios profundos no operan ni la magia ni los atajos, será importante controlar que los objetivos que se plantean en cada intervención se corresponden con los contenidos y los tiempos previstos para lograrlo.

Deberemos conocer, además, desde qué línea de trabajo abordan los coordinadores y facilitadores su tarea y, obviamente, si cuentan con la formación y experiencia necesarias para hacerlo eficientemente. En ese sentido, Roberto Garda, uno de los autores de esta publicación, en una conversación informal, comentaba algo que se debería tener muy en cuenta: «La deconstrucción (masculina), aunque se usa mucho, se comprende poco a nivel teórico y es todo un arte aterrizarla en programas de intervención».

¿Es posible ir diseñando algún modelo de evaluación cualitativa que vaya ofreciendo pautas de la incidencia que el trabajo que se está realizando con los hombres está generando en la vida cotidiana de las mujeres?

Desde una perspectiva feminista resulta imprescindible que las profesionales que habiliten estas acciones, con independencia de que

luego sean hombres especialistas los que estén a cargo de la tarea específica, tengan la seguridad de que desde el marco referencial en adelante la propuesta seleccionada se dirija a combatir la desigualdad, entendiendo que para ello es necesaria una profunda transformación en lo relacional. Por lo tanto, habrá que ir comprobando qué lugar ocupan las mujeres en el trabajo que se esté realizando y cómo se abordan los daños que la masculinidad les genera a ellas.

Las experiencias concretas que ya poco a poco van transmitiendo las mujeres nos indican que no se puede dar por sentado que mejorar la calidad de vida de los hombres, aliviar los costes de la masculinidad para sí mismos, implique automáticamente cambiar las relaciones de poder que establecen con ellas.

Precisamente son las y los responsables de las instituciones que financian proyectos quienes deberían procurar contar con toda la información y formación necesarias, como en cualquier otra área de competencia, a la hora de decidir qué tipo de intervenciones dirigidas a hombres se habilitan y se promueven. Hay preguntas clave que son muy orientativas para hacer una primera evaluación: ¿por qué, para qué y cómo?

¡Ojalá la cantidad de usuarios participantes fuera la medida de los avances que necesitamos! Una convocatoria atractiva y una valoración cuantitativa pueden ser lo más sencillo y estimulante de elaborar, pero también pueden distorsionar la realidad de los resultados. Qué duda cabe del peligro que supone sobrevalorar los logros, que atenta contra el buen desarrollo de cualquier proceso.

Frente a una realidad tozuda que cuesta tanto erradicar, es peligroso caer en la tentación del simple «hay que hacer algo con los hombres, es mejor hacer algo que no hacer nada», «aliviemos sus mochilas y lograremos la igualdad», etc. Se puede así estar promoviendo, con muy buenas intenciones, políticas poco transformadoras y muy costosas, aunque seguramente muy complacientes para muchos hombres. Y lo más grave es que se puede estar apuntalando la brecha y el daño que en términos de equidad existencial se continúa infligiendo a las mujeres.

Por último, y aunque parezca obvio, nunca estará de más recalcar la necesidad de continuar apostando y reforzando el trabajo dirigido a las mujeres, con independencia del tiempo que lleve a los hombres emprender el cambio profundo que aún sigue pendiente. Cometen un grave error quienes creen que con las mujeres ya está todo hecho y que lo que falta solo lo resuelve el trabajo que hoy se está realizando con los hombres. No es lo que la realidad cotidiana de muchas mujeres jóvenes y de mediana edad nos está mostrando.

La metáfora del balón

A modo de cierre y resumen gráfico de lo expuesto en este texto, tal vez sirva de aporte para una mejor comprensión la utilización de un mero recurso didáctico que yo misma elaboré hace muchos años a partir de las voces de tantas y tantas mujeres que, de una u otra manera, expresaban lo que intenta mostrar esta metáfora del balón.

Imaginemos que el patriarcado ha diseñado nuestra sociedad a la manera de un deporte en el que los jugadores son exclusivamente los hombres. Solo ellos tienen la posibilidad de decidir las jugadas: podrán ganar, a veces perder, pero siempre serán ellos los verdaderos y únicos protagonistas. Si bien correrán algunos riesgos —lesiones más o menos graves, obsesión por la competición y el éxito, dificultad para emocionarse o sentir placer por lo que no sea su propio juego—, lo que se espera de ellos es, en definitiva, que jueguen y le den sentido a este deporte. A las mujeres se les asignará otra función que se considerará muy valiosa también: ¡ellas tendrán que habilitar el juego! Ocuparán el lugar del balón, estarán en todas las jugadas, serán imprescindibles, sin ellas no se podrá jugar. Pero no están ahí para tener jugadas propias ni ser protagonistas: se las valorará en función de su capacidad para habilitar el juego al que deben jugar los jugadores.

Ahora bien, ¿qué es lo que fundamentalmente vino a denunciar y a transformar el feminismo? Obviamente, que lo único que cabe hacer con este invento patriarcal es patear el tablero y cambiar de juego. El feminismo se encargó de mostrar que todas y todos somos jugadoras y jugadores, que deseamos, necesitamos y nos corresponde tener jugadas propias y que la función imprescindible que cumple el balón en este diseño deberá ser asumida conjuntamente por toda la sociedad.

Lo que intenta mostrar esta metáfora es que lo que debemos equiparar para lograr lo que yo llamo una verdadera equivalencia existencial va mucho más allá de roles, actitudes y mandatos. Se trata de una transformación profunda de estatus existencial por la que se reconozca también a las mujeres como «jugadoras», incluso con la capacidad de diseñar y decidir a qué juego se quiere jugar.

En el caso de las mujeres, el paso de ser consideradas balones a jugadoras, con todo lo que ello implica, es lo que hace años desde el feminismo se viene trabajando, en lo que se dio en llamar «proceso de empoderamiento». Un empoderamiento no solo en lo social, sino también en lo subjetivo: no era fácil desprenderse de unos ropajes que se confeccionaron y adjudicaron por generaciones a la medida de las necesidades ajenas, que dieron identidad y que constituyeron la moneda de cambio para ser reconocidas, aceptadas y queridas.

En el caso de los hombres, de lo que se trataba fundamentalmente era de aceptar y aprender a compartir con las mujeres una misma jerarquía existencial con todo lo que ello implica, aunque resultara muy duro y costoso perder privilegios.

Pero, hasta aquí, según las experiencias de muchas mujeres, ¿cuál parece ser el camino que recorren aquellos que están interesados en cambiar? La mayoría pareciera haber dado por hecho que solo se trataba de aliviar los costes que la masculinidad les supone, entendiendo que de esa manera transformarían las relaciones de poder que establecen con las mujeres. Y ojalá esto fuera posible, porque se trataría así de un peaje ni tan duro ni tan costoso de pagar. Pero, lamentablemente para ellas, esta no parece ser la dirección correcta.

Pocos son los especialistas que hoy señalan lo que podría considerarse un desvío de objetivos y proponen una revisión del camino a seguir. Algunos de ellos, como Bonino, Botello, Garda y Arconada, nos ofrecen importantes aportes en esta publicación.

¿Desde qué enfoque abordamos las intervenciones con hombres? A la meta de la igualdad no nos lleva cualquier camino

Luis Bonino

Luis Bonino

Psiquiatra y psicoterapeuta. Desde hace cuarenta años se interesa por las problemáticas de la subjetividad y la vida cotidiana de los hombres, con una mirada feminista atenta al malestar femenino producido por los comportamientos masculinos. Tiene numerosas publicaciones sobre identidad masculina, violencia contra las mujeres, salud masculina e intervenciones destinadas al cambio hacia la igualdad. Entre ellas, quizá la más difundida es *Micromachismos*. Ha participado en numerosos congresos, seminarios, asesoramientos, formaciones e investigaciones en diversos países de habla hispana, y desde hace doce años es miembro del Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer.

Existe internacionalmente un creciente interés por el desarrollo de intervenciones con hombres para involucrarlos en el logro de la igualdad de género. Desde hace al menos veinte años, dos modelos de actuación se han ido desplegando para promover esta tarea. En este artículo los examinaré explorando sus marcos referenciales, sus propuestas y, sobre todo, sus herramientas de abordaje y sus prácticas.

En primer lugar, realizaré un análisis crítico del actualmente más conocido y divulgado *enfoque de la promoción de las nuevas masculinidades,* que prioriza el trabajo sobre los «costes» de la masculinidad y la desigualdad para los hombres, suponiendo que desde ahí el camino hacia la igualdad con las mujeres queda despejado.

En segundo lugar, me referiré a la otra propuesta, poco difundida, pero con años de recorrido: el *enfoque del poder y los privilegios masculinos.* Desde una óptica feminista, se centra en visibilizar y cuestionar los «beneficios» de la masculinidad para los hombres y sus costes para las mujeres, así como en señalar la responsabilidad masculina en la producción y mantenimiento de la desigualdad. Por sus explícitos objetivos parece la más adecuada y coherente para toda actividad que se dirija a un cambio real en el comportamiento desigualitario y abusivo de los hombres en lo cotidiano.

La preocupación por el cambio de los hombres y el diseño de actuaciones para favorecerlo no son recientes. Hacia fines de los setenta del siglo pasado ya comenzaban a aparecer en el discurso social y en las consultas psicológicas —especialmente en América y en la Europa anglosajona— hombres que hablaban de sus malestares y desconciertos relacionados con lo que se daba en llamar la «crisis de la masculinidad», crisis derivada de los efectos

del cuestionamiento de esos años a los valores y funciones tradicionales que marcaban la vida masculina. En poco tiempo surgieron iniciativas para ayudarlos, sobre todo desde las psicoterapias emocionalistas y los grupos de crecimiento personal, frecuentemente de corte espiritualista. Casi todas se centraban en trabajar el impacto de dicha crisis en la identidad masculina, se encaminaban a lograr la «liberación» de los aspectos «negativos» de la masculinidad y la potenciación de sus aspectos positivos. Desde aquella época empezaron a difundirse y circulan hasta hoy en variados lugares del mundo occidental.

Unos diez años más tarde surge ya como preocupación social otro aspecto problemático del comportamiento masculino: la violencia contra las mujeres, especialmente la física en el ámbito doméstico. Como una de las respuestas a esa cuestión, comienzan a desarrollarse, también en América y la Europa anglosajona, diseños de intervención con los hombres que la ejercen, desde la óptica de que es un aprendizaje producto de la socialización masculina que puede desaprenderse.

En los noventa empiezan a ponerse de relieve desde diversos ámbitos e instituciones el problema de la desigualdad de género y el rol de los hombres en su perpetuación o transformación. Existían algunos pocos, sobre todo de sectores urbanos y de clase media, que ya estaban preocupados por esas cuestiones y eran críticos con el modelo machista en el que habían sido criados. Sin embargo, la realidad mostraba que lo habitual era el poco apego del colectivo masculino a involucrarse en esas problemáticas.

El interés de diversas organizaciones gubernamentales y de la sociedad civil por esta situación fue alentando el surgimiento de una novedosa

propuesta de intervención con los hombres que a nivel internacional dio en llamarse «promoción de las nuevas masculinidades». Con un discurso «proigualitario», apuntaba a impulsarlos a comprometerse con el logro de la igualdad con las mujeres y a combatir el machismo y la violencia de género.

Este enfoque comienza a circular rápidamente, difundiéndose por los ámbitos de las ciencias sociales, la salud, la educación y los medios de comunicación. Actualmente, se ha convertido, a ambos lados del Atlántico, en el dominante a la hora de pensar el cambio de los hombres. Impregna casi totalmente el discurso social, mediático, institucional y académico. Tanto que para muchísima gente (incluyendo hombres y mujeres que trabajan por la igualdad) ese es el único camino que conduce al «cambio masculino» para lograr ser un hombre «nuevo», «bueno» o «igualitario». No abordaré en este artículo los factores que han generado su dominancia, aunque cabe señalar que están en íntima conexión con el creciente poderío, desde fines del pasado siglo, de los valores del individualismo neoliberal.

En España es la propuesta que en este momento centraliza las iniciativas y ofertas de instituciones de todo tipo para la intervención con hombres. En ellas se los invita a aceptar, animarse, involucrarse, comprometerse, incorporarse o tener un papel activo en la construcción de la igualdad. Además, se está introduciendo rápidamente como enfoque de masculinidades en las universidades, impulsando las publicaciones, los eventos y la formación de voces expertas en el tema. Circula también insistentemente en los medios de comunicación, las campañas publicitarias y las redes sociales, actualmente muy significativas formadoras de opinión y constructoras de realidad.

El enfoque de la promoción de las nuevas masculinidades[1]

Actualmente hay un consenso amplio entre quienes se dedican a estudiar la desigualdad y la violencia de género sobre que es necesaria una intervención con los hombres. Ellos son el problema, dada su responsabilidad de primer nivel tanto en la producción como en la perpetuación de esas problemáticas. También hay un extenso acuerdo en que la dirección de esa tarea debe apuntar a visibilizar, interpelar y combatir los comportamientos machistas y desigualitarios masculinos, que son los que atentan contra la calidad de vida y los derechos de las mujeres.

¿Se orienta en esta dirección el enfoque de la promoción de las nuevas masculinidades? Una reflexión crítica sobre sus postulados quizá puede permitir responder con cierta consistencia a esta pregunta. En principio no parece fácil hacerlo, ya que, al ser definida como una estrategia de intervención, aparenta carecer de un marco referencial conceptual organizado y claramente explicitado para examinar. Sin embargo, los ejes teórico-prácticos alrededor de los

1. Utilizaré en este artículo el término *masculinidades,* puesto que es el que da nombre al enfoque que analizaremos. Habitualmente, evito emplearlo porque creo que opera invisibilizando a los hombres concretos: ya no se habla de hombres o varones, sino de masculinidades. De manera similar a cuando se habla de abuso sexual y de mujeres abusadas, pero no de abusadores; de violencia de género o machista, pero no de violencia masculina contra las mujeres; de carga mental y brecha de género en lo doméstico, pero no de hombres que eluden su responsabilidad en ese ámbito. Este proceso lingüístico que opaca al sujeto de la acción genera una especie de borrado de los hombres que los beneficia. El ocultarlos detrás de conceptos o de poner el énfasis en las víctimas les permite no ser señalados ni percibidos en falta, ayudando a enmascarar y hacernos olvidar socialmente que el machismo tiene rostro masculino.

que giran sus discursos muestran que existe un marco implícito bastante coherente que es posible analizar: creencias e ideas en las que se apoya, modelo de masculinidad que interpela y pretende transformar, modelo alternativo que propugna, cambios que prioriza, y abordajes y prácticas para conseguirlos. Y también es posible explorar el grado de correspondencia entre los objetivos que define, los modos de alcanzarlos y sus resultados.

Antes de todo, quiero recordar que cualquier abordaje para intentar resolver un problema se basa siempre en un determinado marco referencial que previamente lo define y explica, sin excluir la consideración del lugar desde el que se lo percibe, el contexto y su relación con problemáticas afines. Como resultado, se produce una narrativa, un relato que encuadra el problema y su solución.

Decíamos previamente que en asuntos de desigualdad de género hay consenso en que los hombres somos el problema. Pero con más precisión deberíamos decir que el problema son los comportamientos machistas que se ejercen en lo cotidiano.

Hoy día, el relato socialmente predominante sobre cómo resolverlo es el que despliega el enfoque de las nuevas masculinidades. Para él, el núcleo original determinante de dichos comportamientos es la masculinidad hegemónica, y por ello su propuesta es animar e impulsar a los hombres a transitar un camino de transformación desde ese «viejo» modelo hacia uno nuevo que se define en plural (las masculinidades), con valores «positivos» en relación con la igualdad. *Nuevas, positivas, respetuosas, igualitarias, saludables, alternativas*

o *diversas* son algunos de los atractivos adjetivos con los que se las nombra. Se da por sentado que quienes recorren esa senda pueden lograr desprenderse poco a poco del machismo y que transitándola se estará más cerca de conseguir relaciones igualitarias con las mujeres. Esto está tan instaurado en el discurso social que parece ya de «sentido común» y, por tanto, difícil de someter a reflexión crítica.

Ahora bien, si la masculinidad debe ser transformada, tenemos que agudizar la mirada: en qué consiste realmente, cuáles son sus componentes, qué es necesario cambiar, cómo y hacia dónde. Para ello, en primer lugar debemos preguntarnos ¿a qué se hace referencia exactamente cuando se habla de «masculinidad hegemónica»?

Dos marcos referenciales han surgido para definir con precisión su núcleo constituyente y sus funciones. Para ambos, se trata de una construcción patriarcal que se incorpora en la subjetividad orientando el quehacer masculino; la señalan como elemento clave que es necesario interpelar y transformar, y presentan las intervenciones específicas con hombres como uno de los caminos pertinentes para lograrlo. Más allá de esto, ambas difieren en la definición de los elementos que componen la masculinidad hegemónica y sobre en cuáles de ellos hay que incidir para lograr el cambio. Para el enfoque que aquí analizamos se trata de un guion existencial repleto de obligaciones para los hombres. Existe otra definición, menos popularizada y que analizaremos en la segunda parte del artículo, que la considera como una posición jerárquica, conformada por un conjunto de derechos exclusivos (privilegios) para ellos.

La masculinidad hegemónica, un problema para los hombres

Para el enfoque de las nuevas masculinidades, la masculinidad hegemónica es una normativa socialmente construida, rígida y monolítica, aunque matizada en cada hombre por las identificaciones con las figuras masculinas de referencia y el modo particular de procesar las experiencias vitales. Está constituida por una serie de mandatos imperativos que nos impulsan durante toda la vida a ir construyendo y defendiendo una identidad «masculina», que nos permite ser reconocidos socialmente como tales. Así suelen definirla también el discurso popular y la mayoría de quienes profesionalmente se ocupan de las temáticas de género.

No se trata de un rol asignado, un estereotipo ni una *performance,* sino de una «carta de obligaciones» sobre lo que se debe y no se debe ser y hacer para llegar a ser alguien y, sobre todo, un «hombre de verdad». «Dar la talla» o «estar a la altura» se convierte en una exigente aspiración, y no lograrlo supone ser señalado como *blandengue, perdedor, débil, maricón, cobarde,* en síntesis, «poco hombre». La necesidad de exhibir los logros ante otros hombres tiene un papel fundamental en este proceso, ya que son ellos quienes validan el grado de cumplimiento de los mandatos, muchas veces a través de los ritos de iniciación. La lucha por el prestigio y la necesidad de reconocimiento se juegan en ese campo, lo que dificulta la rebeldía, la disidencia o el rechazo a la normativa masculina.

En 1976, Deborah David y Robert Brannon, provenientes de la psicología social norteamericana, definieron los cuatro mandatos imperativos que podrían considerarse el núcleo duro de la normativa de la masculinidad y que son los que se nombran en casi toda la bibliografía sobre el tema: ser

poderoso y exitoso, ser duro y resistente, ser valiente y aguerrido, y no tener nada de mujer (en realidad, con este último se referían a no ser afeminado).[2] «Bastarse a uno mismo», «adelante, hasta que el cuerpo —y la mente— aguante», «los hombres no lloran», «hacerse respetar» son algunas conocidas frases que los representan.

Dichos mandatos se van incorporando en la subjetividad a través de una socialización específica dirigida a promover la virilidad. El resultado: la adherencia a valores y comportamientos que jerarquizan el norte vital de la «lucha por la vida», la demostración de potencia y poder, y la diferenciación de todo lo que se considere «femenino». Y en estos tiempos de neoliberalismo, ser empresario exitoso de sí mismo, «rindiendo al máximo».

El antropólogo David Gilmore detalló otros mandatos que igualmente podrían considerarse básicos. Los definió como «las tres P de la masculinidad» y apuntan a obligaciones hacia las mujeres: ser proveedor, protector y procreador.[3] También la filósofa Elisabeth Badinter señaló lo que consideraba el principal mandato de la masculinidad: ser hombre es no ser mujer, ni niño, ni homosexual.[4] A su vez, en los últimos años, la reconocida antropóloga feminista Rita Segato se refiere en varias de sus publicaciones y entrevistas a lo que denomina «el» mandato de masculinidad: un imperativo primordial que obliga a in-

2. David, Deborah, y Brannon, Robert (eds.), *The Forty-Nine Percent Majority: The Male Sex Role,* Reading, Addison-Wesley, 1976.

3. Gilmore, David, *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad,* Barcelona, Paidós, 1994.

4. Badinter, Elisabeth, *XY: la identidad masculina,* Madrid, Alianza, 1993.

tentar obtener la titulación de «hombre» mostrando poder y potencia (bélica, política, sexual, intelectual, económica o moral).

Esta masculinidad normativa resulta muy problemática y limitante. Provoca malestar y sufrimiento, porque sus imperativos exigentes son casi imposibles de cumplir, pero también de rechazar, más aún en estos tiempos de precariedad, donde «dar la talla» se hace más dificultoso. Es de ella de la que el enfoque de las nuevas masculinidades propone distanciarse. Las preguntas en las intervenciones con hombres dirigidas a reflexionar sobre qué significa ser un hombre, cómo nos afecta la masculinidad y cómo nos hemos construido como tales apuntan a interpelarla.

Los «costes» de la masculinidad

¿Qué propone el enfoque de las nuevas masculinidades para distanciarse de la masculinidad hegemónica? En primer lugar, tomar conciencia de cómo nos perjudica a nosotros como hombres. Y para ello acude al tradicional y difundido discurso de sus costes y sufrimientos: somos víctimas de la masculinidad y de lo que la sociedad espera de nosotros. Estar «atrapados» en sus exigencias provoca desconexión, endurecimiento emocional y relacional, negación y ocultamiento de las fragilidades, impedimentos para percibir el dolor propio y ajeno, limitaciones en el cuidado de sí y de otras personas, fomenta la asunción de riesgos, alimenta la ausencia en lo doméstico. Puede generar vergüenza y humillación cuando se fracasa en el ejercicio de los roles asignados, como puede sucederles a quienes no pueden ejercer el de proveedor. Incluso podría generar violencia en la pareja como efecto de las frustraciones

emocionales ante la incapacidad de cumplir con los mandatos (esta última creencia está muy asentada en el discurso popular y de muchas voces expertas). El resultado: malestar, frustración y desmoralización, con un deterioro destructivo y deshumanizante de la calidad de vida y la salud masculinas. «Un mal negocio para los hombres, que produce infelicidad», según señala Rita Segato en numerosas entrevistas en medios de comunicación.

Este discurso de los costes ha quedado cristalizado en un relato que utiliza las metáforas de la masculinidad como *carga, corset, losa, fardo, peso, prisión, cárcel, coraza, máscara, jaula de oro, caja* o *lastre,* aludiendo a lo limitante de los mandatos. Su enorme difusión social ha logrado que en el lenguaje popular y profesional cotidianos, *masculinidad* se asocie casi automáticamente a las palabras *mandatos* y sus *costes,* lo que imposibilita otras maneras de pensarla. Esta ligazón ha ido provocando en los últimos años un giro hacia lo sanitario, por el cual se ha transformado la masculinidad en un problema de salud —la «masculinidad tóxica»— que daña, hiere, fragiliza y hace sufrir a los hombres. E incluso ha favorecido la difusión de la creencia de que los hombres somos tan víctimas del patriarcado como las mujeres.

El camino del cambio

Desde los comienzos de nuestra cultura grecolatina, siempre hubo variadas y cambiantes versiones de la masculinidad. Viejas o nuevas, prestigiadas o desprestigiadas, estables o en crisis, conviviendo armónicamente o no, y dependiendo de los diferentes tiempos y lugares.

Actualmente es indudable que las formas de ser y actuar de muchos hombres han ido cambiando con relación a generaciones anteriores, sin necesidad de implementar estrategias específicas. Y lo han hecho impulsados por los cambios culturales y sociales, la influencia de los medios audiovisuales, los referentes de la moda y el deporte. En poca medida por iniciativa propia, y sobre todo empujados, ya desde hace muchos años, por la presión de las mujeres y del movimiento feminista.

Ya muchos nos permitimos alejarnos y no obedecer algunos de los imperativos de la masculinidad, sin pérdida de reconocimiento social y sin censura. Al menos en determinados sectores, su legitimidad está en entredicho y sus exigencias se han flexibilizado. Hoy ya no da prestigio ser un hombre «como los de antes» y se tolera no ser muy «hombre de verdad». Con avances y retrocesos, se van produciendo cambios, aunque mucho más en la apariencia, en el bienestar personal y en algunos comportamientos cotidianos que los que vamos incorporando en la subjetividad o los que se reflejan en la relación con las mujeres.

El enfoque de las nuevas masculinidades sí es una estrategia específica para el cambio masculino. Si su punto de vista es que los hombres sufrimos por el peso de la «vieja masculinidad», la tarea consistiría en aliviar dicha carga, rebelándonos contra sus rígidos y limitantes mandatos.

«Ganar libertad» se convierte en la meta preferente y el cambio deseable, lograr que cada hombre tenga la «libertad de decidir la clase de masculinidad con la que se siente más cómodo», como reza la frase que consta en alguna reciente agenda política sobre masculinidades igualitarias.

Numerosas expresiones se están utilizando para nombrar el trabajo necesario para cumplir con ese objetivo: *transformar, desmontar, desarmar, desmantelar, desactivar, resignificar, reformar, reconfigurar o deconstruir* la masculinidad y los roles de género. Y si lo vamos logrando, se supone que llegaremos a visibilizar e inventar otros modelos alternativos (las masculinidades), más diversos, saludables, igualitarios e incluso más fuertes. «Otras formas de ser hombre son posibles» se convierte así en la consigna relevante.

Será un trabajo arduo, sintetizado en el difundido lema «todo hombre es una revolución interior pendiente». El camino consiste en ir tomando conciencia del coste y el sufrimiento producidos por obedecer los mandatos de la masculinidad, ir rompiendo con ellos combatiendo los miedos al cambio, e ir logrando una apertura emocional, recuperando humanidad. Los espacios grupales entre hombres surgen como un lugar preferente para desarrollar este propósito.

Se trata de todo un proyecto «en positivo», sintetizado en la conocida frase «los hombres ganamos con el cambio». En España, esta invitación se difunde actualmente a muchos niveles del ámbito público, incluso se propone desde algún organismo de referencia como una buena «estrategia seductora» para convocar hombres e involucrarlos en el logro de la igualdad.

Es indudable que sumarse a esta propuesta reporta ganancias y beneficios, sobre todo personales: una ampliación del mundo emocional y mayor conexión con las personas, una mejor salud y cuidados, una sexualidad menos dominante, un mejor trato, mayor flexibilidad, capacidad para

aceptar la fragilidad y la dependencia, posibilidad de implicarse y disfrutar algunos aspectos de la crianza y la incorporación de todo lo positivo de lo que llamamos «femenino».

Si lo observamos detenidamente, el camino de cambio que propone este enfoque no deja de ser una versión moderna del individualista viaje iniciático, relatado por la literatura de todos los tiempos ya desde la *Odisea* de Ulises. Se trata de la travesía de un hombre en búsqueda de «su verdadero yo» y de su lugar en el mundo. Para encontrarlos debe alejarse de lo conocido, superar obstáculos y pruebas, aliarse con algunos hombres y batallar contra otros enfrentándose a sus miedos y oscuridades.

Mientras que en su imaginario las mujeres solo aparecerán como réplicas infinitas de Penélope: siempre estarán esperando y nos recibirán confiadas y admiradas cuando volvamos airosos. A ello alude la vieja frase «la mujer es el reposo del guerrero». Esta fantasía, que parece no ser solo masculina, está alimentada también por algunas autoras, como la reconocida feminista recientemente fallecida bell hooks, que, en la última frase de su libro *El deseo de cambiar,* dice:[5]

> *Tenemos que apoyar a los hombres. Necesitamos estar listas para abrazarlos, ofreciéndoles un amor que pueda proteger sus espíritus heridos, mientras buscan encontrar el camino a casa, poniendo en práctica el deseo de cambiar.*

5. bell hooks, *El deseo de cambiar: hombres masculinidad y amor,* Barcelona, Bellaterra, 2021.

En realidad, la experiencia cotidiana muestra que el deseo de cambiar es escaso entre los hombres y, cuando pocas veces se pone en marcha, suele dirigirse casi exclusivamente a liberarse de los mandatos de la masculinidad.

También Rita Segato, en esta línea de la «mujer sostenedora», señala que la tarea de las mujeres y del feminismo es ayudar a los hombres a liberarse de la «obligación» de mostrarse como «machos» cumpliendo con el mandato de masculinidad.

Para este enfoque, los protagonistas son los hombres. En la relación entre ellos es donde la masculinidad se construye y se deconstruye moldeando masculinidades. Es en ese espacio —entre hombres— donde en realidad se origina y se dirime la cuestión de sus imperativos, su obligatoriedad, el control sobre sus cumplimientos y la valía masculina. Es ahí donde circulan afectos y odios, reputaciones, alianzas, respetos, cuestiones de poder, jerarquías, subordinaciones, homofobias, camaraderías y corporativismos. En este sentido, la propuesta de la deconstrucción de la masculinidad hegemónica sí puede ser una valiosa herramienta para trabajar la temática de la desigualdad y la violencia, pero solo la que se produce entre hombres.

En cambio, no hay mucho lugar para las mujeres como sujetas. Para la masculinidad hegemónica, ellas son inexistentes, ajenas, periféricas o rechazadas, acorde con ese «no tener nada de mujer» de uno de sus imperativos. Para las nuevas masculinidades, por el contrario, pueden ser alabadas, idealizadas, portadoras de lo que se valora como femenino (incluida su disponibilidad), pero continúan ausentes como sujetas con entidad y necesidades propias, y mucho más como afectadas por el comportamiento desigualitario masculino. Con sus palabras y sin saberlo, así ponía en

evidencia esta ausencia un participante de un grupo de varones en crisis al comentar para qué le había servido la experiencia:

> *Estoy mejor. Antes no le contaba a mi pareja mis malestares. Estaba inmerso en mí mismo. Ella se daba cuenta de lo que me pasaba. Ahora me suelto, hablo más y me desahogo.*

Cambiar, ¿qué y cómo?

El objetivo de cambio que el enfoque de las nuevas masculinidades plantea no parece fácil de cumplir, ya que se trata del alejamiento y ruptura con una estructura que está fuertemente inscrita en la subjetividad masculina. Por eso llama la atención el tono optimista, buenista y voluntarista que lo impregna. Dicho tono, al menos en España, bebe en gran parte de la psicología positiva y de las terapias centradas en las emociones, provenientes especialmente de Estados Unidos, que parecen desconocer la dificultad de la tarea, así como que no se trata solo de cambiar roles o estereotipos ni de apelar solo a la voluntad y la conciencia.

Puede demostrar cierta ingenuidad pensar que, para cambiar, basta con proponérselo o mudar de ropaje o apariencia. Parece desconocerse que hacerlo es un proceso largo y complejo, con resistencias y contradicciones conscientes e inconscientes, ya que supone romper con comportamientos muy arraigados, muy «hechos carne».

De ahí también resulta no valorar adecuadamente la poca eficiencia de muchas de las intervenciones cortoplacistas que frecuentemente ofertan quienes siguen este enfoque: confunden la sensibilización o, en el mejor de los casos, la toma de conciencia con el trabajo verdaderamente transformador que requiere de procesos prolongados para una modificación subjetiva. No señalar estas diferencias favorece en algunos hombres la creencia muy masculina de que, a poco de andar, ya hemos cambiado. Y en algunos otros la de que, con algo de trabajo sobre sí, ya se encuentran en condiciones de coordinar talleres, dar formación, consejos en las redes o hacer publicaciones sobre el tema.

Cabe destacar también la poca profundidad con la que trata lo emocional, esa cuestión que está en el centro de esta estrategia. Por un lado, se ocupa casi exclusivamente de las llamadas emociones básicas, como el miedo, la tristeza o el enojo, dejando casi totalmente de lado lo intersubjetivo y las emociones éticas, elementos fundamentales que tener en cuenta cuando está en juego lo relacional.[6] Y si se ocupa de alguna de ellas, como la empatía, lo hace ignorando su complejidad y la dificultad de hacerla propia por los hombres, dado que es la antítesis del egocentrismo, componente central de su subjetividad.

Tampoco tiene en cuenta que todo enfoque que tenga como norte trabajar a favor de la igualdad de cualquier tipo debe poner el foco del cambio en mejorar la condición de quienes resultan perjudicadas por su falta, cuestionando y responsabilizando a quienes impiden que se logre o a quienes se beneficien de esa falta. Dando esto por descontado,

6. En esta publicación, el artículo de Luis Botello abordará con amplitud esta temática.

¿puede deducirse que desde una propuesta que apunta a ganar libertad «masculina» puede caminarse hacia la igualdad con las mujeres? ¿Tiene en ella cabida jerarquizar la pregunta sobre qué significa ser hombre en relación con las mujeres, que introduciría en las intervenciones la posibilidad de interpelar realmente al machismo? ¿Repercute positivamente en la vida de las mujeres lo que nosotros ganamos con el cambio? Estas no son cuestiones que parezcan prioritarias a la hora de centrarnos en eso que ganamos. Siendo sinceros, con este enfoque ¿no estamos logrando simplemente sumar salud y bienestar individual, pero casi sin modificar nuestra posición ante las mujeres, ni los privilegios y beneficios relacionales que seguimos teniendo como hombres en esta cultura patriarcal?

Hace treinta años, Andrea Dworkin, reconocida feminista norteamericana, parece que ya tenía en mente estas preguntas cuando pronunció una de sus más reconocidas frases:[7]

> *Los hombres que quieren apoyar a las mujeres en nuestra lucha por la libertad y la justicia deben entender que no nos es terriblemente importante que aprendan a llorar, lo importante es que detengan la violencia contra nosotras.*

7. Dworkin, Andrea, *Our blood: prophecies and discourses on sexual politics,* Nueva York, Perigree Books, 1981.

Privilegios masculinos: el discurso del «sí, pero...»

Actualmente, algunas propuestas de intervención enroladas en el enfoque de las nuevas masculinidades comienzan a incluir desde su discurso una perspectiva ética y de justicia desde la que nombran claramente la misoginia, el machismo, el dominio y los privilegios masculinos y sus efectos perjudiciales en la vida de las mujeres. Una de las difundidas frases que resumen esta posición es «los hombres son los grandes beneficiarios del patriarcado». La cuestión es que este enunciado muy frecuentemente suele completarse con «y a su vez deben pagar un peaje por ello», siendo esta segunda parte la que cobra jerarquía cuando se desciende de la palabra a la práctica concreta en el trabajo con los hombres. Se produce entonces lo que defino como el *discurso del «sí, pero...»:* los hombres *sí* gozamos de beneficios, privilegios, ventajas y comodidades debidos al lugar social que la sociedad patriarcal nos adjudica. Incluso podemos reconocer algunos. *Pero...* centrémonos en lo más urgente, en lo que nos hace sufrir personalmente, los perjuicios que nos produce ocupar ese lugar, y descubramos los beneficios y satisfacciones que nos pueden aportar las nuevas masculinidades. *Luego...* ya tendremos tiempo para centrarnos en lo que hacemos con las mujeres.

En paralelo a este discurso, también es habitual que cuando aparece la problemática de los privilegios, se trabaje como un asunto más con la misma importancia que tantos otros relacionados con las problemáticas masculinas. Últimamente ha surgido también otro modo particular de tenerlos en cuenta: en algunos contextos feministas no se los ignora, pero se propone no ocuparse demasiado de ellos o hacerlo con un estilo «comprensivo», para no incomodar a algunos «aliados», que podrían distanciarse si se

sintieran muy cuestionados o presionados, o para acallar a sectores de la reacción antifeminista que pudieran sentirse muy atacados.

Incluso en estos diseños de intervención que abordan, aunque sea acotadamente, la temática de los privilegios, las mujeres no suelen ser una prioridad. Habitualmente no se ocupan de los efectos dañinos que esos privilegios producen en sus vidas, ni de la cuestión de que los hombres los disfrutamos a costa de ellas. Tampoco suele tenerse en cuenta que mientras nos decidimos a cuestionarlos y vamos viendo qué hacer con ellos, seguimos disfrutándolos a costa de su calidad de vida. Pareciera que ellas siempre «pueden esperar» y, por tanto, no aparece una urgencia ética de cambio asociada a disminuir los malestares que les generamos por el uso de nuestros privilegios.

Algunas conclusiones

Nos preguntábamos al inicio de esta primera parte si el enfoque que examinamos se orienta realmente, más allá de lo discursivo, a visibilizar y combatir los comportamientos machistas y desigualitarios masculinos. El análisis crítico que hemos realizado de los ejes alrededor de los que gira conduce a no poder dar una respuesta afirmativa a esa pregunta, especialmente en cuanto a su despliegue en la práctica concreta.

Es innegable que estamos ante una propuesta autorreferente, fundamentalmente centrada en los hombres mismos, en las cuestiones de su identidad y de su estar en el mundo. Una apuesta por la pluralidad identitaria y la diversidad en la que, aunque aparezcan, no parecen tener un rol significativo

ni las mujeres ni los temas que les afectan: las desigualdades y asimetrías de género, el machismo, las violencias y toda la responsabilidad masculina en su producción y reproducción.

La experiencia y resultados de su puesta en práctica en el trabajo concreto con hombres muestra que sus estrategias y diseños de actuación se juegan prioritariamente en el terreno del logro del bienestar y salud personales. Por eso es lógico y contrastable que ellos se sientan atraídos por esta propuesta, que les ofrece, a cambio de la trabajosa «deconstrucción» de su masculinidad, una mejor calidad de vida y salud, como hemos comentado antes. Con esa promesa a futuro, está claro que convocar y promover la participación de los hombres en cursos y talleres sobre masculinidades resulta muy atractivo y rentable a todos los niveles: personales, institucionales y sociales.

Si esto es lo realmente existente, ¿de dónde emerge la creencia de que por la senda que propone este enfoque también se emprende el cambio hacia una equivalencia existencial con las mujeres? Pareciera que transitarla diluyera mágicamente y sin cuestionarlos nuestros privilegios y comportamientos machistas y desigualitarios.

Hace ya quince años, Peter Szil, uno de los históricos del trabajo con hombres en España, lanzó esta pregunta: «¿Cómo se llega desde A a B?».[8] Con A se refería a las propuestas de cambio centradas en el bienestar masculi-

8. Szil, Peter, *Las P's de los programas de igualdad para hombres: paradojas, peligros, preguntas y propuestas* [ponencia], Jornada de Política de Igualdad de Género para Hombres, Universidad de Sevilla, 20 de octubre de 2006.

no y las masculinidades, y con B, a los resultados en términos de combatir la desigualdad y mejorar la vida de las mujeres.

Como comentábamos al principio, el enfoque que hoy revisamos da por sentado que trabajando A se consigue casi automáticamente llegar a B, aunque recientes investigaciones que plantean que esto podría ser una posibilidad dejan claro, por otro lado, que nada lo garantiza.[9] ¿Se puede estar cayendo en la confusión entre el deseo legítimo de que así sea y lo que la realidad cotidiana tozudamente nos está demostrando? Combatir las relaciones desiguales requiere desmontar la posición jerárquica que las sustenta y perpetúa, más allá de ocuparse de los malestares y costes de quienes se beneficien.

Lo cierto es que, desde hace más de dos décadas, a partir del crecimiento de la preocupación por implicar a los hombres en la igualdad, comienza a producirse una colisión de marcos referenciales con relación a la cuestión de los hombres y el cambio hacia la igualdad. Se produjo un choque entre el antiguo enfoque de cambio masculino de los setenta, que siempre apuntó a los costes y crisis de la masculinidad, y uno nuevo, proigualitario, que tiene en mira a las mujeres como afectadas por la desigualdad de género.

Este choque parece haberse resuelto por medio de la construcción de un producto híbrido, justamente el enfoque de las nuevas masculinidades. En él, la fuerza nuclear del antiguo marco se conserva, tal vez intacta, en las actividades específicas desarrolladas en las intervenciones. En cambio, el

9. Fundación Cepaim, *Comparativa internacional en políticas de masculinidades*, Madrid, Ministerio de Igualdad, 2022.

nuevo queda casi totalmente encasillado en los discursos, las propuestas institucionales y las voces que con entusiasmo propician y difunden este enfoque. ¿El resultado? El viejo marco, que apunta al bienestar personal, es el que termina imponiendo el camino real y las herramientas concretas para el cambio.

De esta forma podemos ver cómo muchas veces, en los discursos públicos o proyectos de intervención destinados a los hombres, ya casi parece obligado mencionar en los objetivos y conclusiones el tema de los privilegios y sus efectos negativos sobre las mujeres, la necesidad de renunciar a ellos, y los elogios al feminismo y las feministas. Sin embargo, a medida que el discurso comienza a plasmarse en una actuación específica, esta referencia se va diluyendo. Cuando las intervenciones se realizan ya con hombres concretos, se observa habitualmente que el viejo marco recupera su fuerza y logra que la tarea siga siendo intentar liberar a los hombres del «peso» de la masculinidad. La consecuencia es que en esas prácticas concretas desaparece o se empequeñece el trabajo de interpelación del comportamiento desigualitario masculino.

Un reciente cartel promoviendo una formación dirigida a hombres de una cátedra de Género de una reconocida universidad madrileña puede ser un buen ejemplo de la potencia de este proceso. El curso, de treinta horas, se titula «Hombres por la igualdad», pero el subtítulo que marca el contenido de esa formación es «La salud mental de los varones».

En fin, si pretendemos coherencia y rigurosidad, ocuparse de promover la calidad de vida y bienestar de los hombres no debería ser el objetivo prioritario de ninguna propuesta que pretenda comprometerlos con la

igualdad y contra el machismo. Como hemos visto, no hay evidencia fiable de que una cosa necesariamente lleve a la otra; incluso advertimos con frecuencia que el aumento del bienestar masculino no se traduce en más igualdad o puede jugar en su contra. Por ello, los programas de intervención destinados a involucrarlos en esa tarea solo deberían apuntar a la difícil trasformación de los comportamientos machistas y desigualitarios que repercuten negativamente en las mujeres y no promueven la equivalencia existencial. Trabajar por mejorar las condiciones de salud de los hombres es una tarea imprescindible, pero para ello el ámbito sanitario debería tomar el timón.

Los beneficios ocultos de las nuevas masculinidades

Antes de concluir esta primera parte del artículo, haré referencia a un plus de beneficios personales que comienzan a obtener quienes van saliendo de la «prisión» de la masculinidad, y que se suman a los que consiguen en ese recorrido. Un plus que podemos denominar «los beneficios ocultos de las nuevas masculinidades». Invisibilizados, derivan del nuevo lugar social y relacional que van adquiriendo aquellos que se trabajan su «nueva masculinidad» y desarrollan nuevas cotidianeidades con las mujeres. Tal vez algo de sus efectos es lo que puede estar contribuyendo a la confusión y falsas expectativas de no pocas mujeres que, confiando en el cambio, bajan la guardia ante los «nuevos» hombres. Aquí van algunos ejemplos:

- Se consigue rápidamente certificado de hombre bueno, justo o en deconstrucción, por lo que se logra ser muy valorado y hasta admirado por muchas mujeres.

- Se incorporan los valores entendidos como «femeninos»: sensibilidad, empatía, delicadeza, no violencia, y, aun así, no siempre se utilizan en los vínculos con las mujeres. A cambio, no se promueve ni favorece en igual grado que ellas incorporen los llamados valores «masculinos»: autonomía, autoridad, ambición, éxito.

- Se ganan espacios, sin comprometerse a retirarse de ninguno.

- Se adquiere posición de buena persona que valora y aplaude a las mujeres por lo que nos ofrecen y brindan, pero al seguir considerándolos comportamientos «naturales», esa valoración no compromete a la reciprocidad.

- Se obtiene la etiqueta de víctima de la masculinidad o de inocente («Yo ya no soy machista»), lo que permite resguardarse ante cualquier interpelación sobre las ventajas aún mantenidas y la exculpación de las responsabilidades como victimarios.

- Se adquiere fácilmente la etiqueta de «corresponsable» y «padre cuidador», aunque solo se compartan algunas tareas, pero no su gestión, eludiendo lo que suponga mayor carga cognitiva y mental y sin apreciar lo que las mujeres siguen asumiendo, tanto en lo que hace al rol maternal como al doméstico.

- Se sobrevaloran los logros, lo que permite la autoindulgencia y la autocomplacencia frente a lo que de verdad no está cambiando.

- Se logra la liberación de las responsabilidades que suponen las 3P: ya no es necesario ser proveedor, ni procreador ni protector, y no hay obligación de asumir otras en la línea de la corresponsabilidad entre iguales.

Estos beneficios, como los de la liberación del «peso» de los mandatos, se disfrutan sumándolos a los que ya generaban las prerrogativas masculinas que desde las intervenciones con el enfoque analizado no han sido prioritariamente cuestionadas.

El enfoque del poder y los privilegios masculinos[10]

> *Analizar la socialización masculina a través de sus efectos negativos sobre los hombres impide, de hecho, darse cuenta de que su meta y resultado es enseñar a generaciones de niños cómo convertirse en sujetos que consideran a las mujeres como subordinadas y disponibles.*[11]
>
> Léo Thiers-Vidal

10. El punto de vista que sustenta estas ideas deriva de las herramientas conceptuales y algunas de sus derivaciones prácticas, brindadas por la teoría feminista, los estudios psicosociales sobre las relaciones asimétricas de género, el psicoanálisis de género y la sociología crítica francesa, que ha teorizado sobre la masculinidad y el poder.

11. Thiers-Vidal, Léo, «De la masculinité à l'anti-masculinisme: Penser les rapports sociaux de sexe à partir d'une position sociale oppressive», *Nouvelles Questions Féministes,* 21(3), diciembre de 2002, págs. 71-83.

Las problemáticas de la desigualdad y la violencia de género tienen una matriz patriarcal que es la que impone un modo de relación de dominación/subordinación entre hombres y mujeres. Comprometerse por el cambio de esa estructura apuntando hacia la igualdad y la no violencia supone trabajar por el cambio sociocultural, pero también para que se modifiquen las actitudes y mentalidades de las personas que sostienen dicha estructura. Es aquí donde cobra especial importancia interesarse prioritariamente por el cambio del comportamiento machista y desigualitario de los hombres, y un eje central de esa tarea es interpelar la masculinidad, núcleo central de dichas actitudes.

Definir esa masculinidad —como propone el enfoque de las nuevas masculinidades— como una normativa repleta de mandatos de los que los hombres deben alejarse, hemos visto que solo lleva a un abordaje que disminuye su malestar, pero no garantiza cambios significativos en las relaciones de desigualdad con las mujeres. Este resultado no llama la atención, dado que ese marco referencial autocentrado en los hombres y sus prácticas derivadas excluyen la centralidad de las relaciones de poder y asimetrías de género, así como sus efectos en las mujeres. Esa exclusión sería impensable en ningún enfoque que se ocupara de otras desigualdades, en que trabajar sobre los privilegios de los favorecidos y costes de los desfavorecidos estaría en primer lugar y no sería de recibo centrarse en aligerar los malestares de quienes generan esa desigualdad.

El enfoque del poder y los privilegios masculinos es una perspectiva alternativa que sí contempla estas cuestiones. Desde una mirada feminista, vira desde el discurso de las masculinidades al de las posiciones jerárquicas masculinas (o, dicho de otra manera, desde las identidades autorreferentes

a las relaciones de poder) y, por ello, los ejes teóricos y prácticos sobre los que gira apuntan a un objetivo claro: visibilizar las cuestiones de la persistente desigualdad y la dominación masculina, la construcción y perpetuación interpersonal del comportamiento machista y desigualitario, y los costes de todo ello para las mujeres.

Este enfoque surge alrededor de los años noventa y es heredero de las luchas por los derechos civiles y de las mujeres en Estados Unidos, Europa y Latinoamérica, así como de las propuestas del feminismo y la sociología crítica francesas. Si bien poco difundido y reconocido, está vigente en variados ámbitos sociales, sobre todo no institucionales, en los que se cuestiona de diversos modos el patriarcado.

Intenta interpelar y deconstruir la masculinidad, pero ya no definida como hegemónica o plural, sino claramente como una matriz machista y sexista que moldea la posición privilegiada masculina otorgando a los hombres derechos sobre las mujeres y legitimando la desigualdad que los favorece en la cotidianeidad. Aquí tenemos algunas de las maneras en que se la ha descrito. Para la feminista chilena Margarita Pisano, se trata de un código que otorga a los hombres el derecho a forjarse sus espacios propios y delimitar sus mundos.[12] El sociólogo francés Daniel Welzer-Lang y yo mismo la consideramos una posición social que otorga un estatus de superioridad legitimado por el patriarcado para los hombres.[13] Y el politólogo argentino Luciano Fabbri la define como un modo de socialización de los varones

12. Pisano, Margarita, *El triunfo de la masculinidad,* Santiago de Chile, Surada, 2001.

13. Congreso Internacional Los Hombres ante el Nuevo Orden Social, Vitoria-Gasteiz, Emakunde, 2002.

«bajo la idea, la creencia o la convicción de que los tiempos, cuerpos, sexualidades, energías y capacidades de las mujeres y feminidades deberían estar a su (nuestra) disposición».[14]

Esta masculinidad, que constituye una verdadera «carta de derechos» para los hombres, presenta hasta hoy un alto grado de inmovilidad, y permanece casi igual más allá de contextos, tiempos, generaciones y otros ejes de interseccionalidad.

Según este enfoque, ser hombre es estar instalado en un estatus, una posición jerárquica dominante que el patriarcado adjudica ya desde el inicio de la vida a quienes nacemos con cuerpo masculino. No es algo de la categoría del «deber ser» como la masculinidad hegemónica, sino del «ser»: tú podrás ser o no un hombre de verdad, pero siempre un hombre con estatus patriarcal. Esta posición otorga fundamentalmente dos derechos que nos coloca a cada uno y todos nosotros del lado de los dominantes y jerarquizados en las relaciones de género. Aquí el lema de *«not all men»* no tiene cabida.

El primer derecho consiste en la *admisión y pertenencia al «club masculino»,* un prestigiado lugar simbólico que alberga a todos los hombres, tanto a los «ganadores» como a los «perdedores» en el mundo actual. A los buenos y a los malos, a los dominantes y a los subordinados, en diferentes ejes de desigualdad. Esta pertenencia les permite, en cada uno de esos ejes, una ventaja existencial sobre las mujeres en iguales condiciones de vida.

14. Fabbri, Luciano, «La masculinidad como proyecto político extractivista», en Luciano Fabbri (ed.), *La masculinidad incomodada,* Rosario, UNR Editora y Homo Sapiens, 2021.

Definido también como «la casa de los hombres», es ese lugar de sujetos que se reconocen con la misma categoría existencial, aunque tengan diferentes jerarquías y desigualdades de poder y privilegios entre ellos: hegemónicos, subordinados, marginalizados, resistentes o disidentes. Tiene sus reglas y ritos de pertenencia, sus pactos de convivencia, sus modalidades de reconocimiento y repudio, sus prestigios y competencias. Pertenecer a él supone disfrutar de específicos derechos, prerrogativas, ventajas y beneficios sociales, simbólicos, materiales y subjetivos. Está vedado para las mujeres, que así se ven privadas de todas esas ventajas existenciales que la pertenencia a él otorga. Funciona de modo corporativo y sostiene tanto las alianzas como la violencia entre hombres, y está en la base de la violencia sexual en manada a las mujeres, en la que la exhibición de potencia ante sus pares tiene un papel primordial.

El segundo derecho, derivado del anterior, es la *prerrogativa existencial sobre las mujeres,* con privilegios consuetudinarios que por ello se perciben como naturales y no se cuestionan. Legitima relacionarse con ellas desde la jerarquía y, específicamente, la violencia de género, ya que, aunque los mandatos de la masculinidad pueden facilitarla, es este derecho el que la valida como ejercicio de poder y autoridad.

La metáfora de la tarjeta VIP y los beneficios de la desigualdad para los hombres

La tarjeta VIP *(very important person)* es un tipo de credencial, un signo de distinción que se concede a quienes, por alguna cualidad o mérito particular, se considera dignos de pertenecer a un lugar privilegiado. Dada esta

particularidad, me pareció útil utilizarla, desde hace ya más de una década, como metáfora para explicar de manera sencilla lo que el estatus de la masculinidad nos otorga a los hombres. Pronto se convirtió para algunos en una práctica herramienta en las intervenciones, para visibilizar e interpelar con facilidad la matriz de su comportamiento desigualitario.

La tarjeta VIP simboliza la acreditación vitalicia conferida a los hombres por la cultura patriarcal por el solo mérito de nacer, que permite acceder y permanecer en el selecto club masculino y gozar de sus exclusivos beneficios. Denegada a las mujeres cuando nacen, autoriza a establecer relaciones asimétricas con ellas y abre puertas a una privilegiada posición en materia de opciones y trayectorias vitales posibles, así como asegura la continuidad y consolidación de la inserción del recién nacido en una estructura social patriarcal que juega a su favor.

Poseer la tarjeta otorga, autoriza y legitima socialmente desde el inicio de la vida el derecho a ser sujeto autónomo y soberano: dueño de sí, digno de reconocimiento y respeto, autorizado al protagonismo y al que se le reconoce su potencialidad existencial (poder hacer, pensar, imaginar, desear). Un sujeto con permiso para definir, inventar o diseñar las realidades desde el propio punto de vista, para orientar su quehacer en función de los propios deseos, para crear proyectos y construir sus mundos, explorarlos y transformarlos.

Ser definidos como sujetos, ya desde nuestra entrada al mundo, dirige el modo en que los hombres vamos construyendo la relación con las mujeres y con la realidad existente. Este proceso se va estableciendo a través de la experiencia vivida desde este lugar y se va consolidando a través de la

llamada «socialización para el privilegio»: un entrenamiento específico que impulsa a ser el propio referente, a desarrollar maneras de relacionarse con las mujeres desde el dominio, a sentir como derechos los privilegios otorgados al nacer y a desarrollar habilidades para ejercerlos y preservarlos. A través de esta socialización se va forjando una subjetividad que, por sus características, puede definirse como dominante y autocentrada, así como se va afianzando una identidad relacional jerárquica y dominante. Simultáneamente se va construyendo una percepción de uno mismo como punto de referencia ético y existencial que legitima el egocentrismo y el establecimiento de una ética del yo («Ser para sí mismo, y la otra para mí»).

Estar instalado vitalmente en la posición que la tarjeta VIP otorga nos permite a los hombres tener un mayor margen de maniobra en la vida que las mujeres, un plus de ventajas adquirido al quedar legitimados social y subjetivamente para ejercer la libertad de poder ser y hacer. Libertad para ser dueño de uno mismo sin tener que dar cuenta a nadie, permitiéndose priorizar el proyecto y los espacios personales. Libertad para disponer de más tiempo libre, confort, espacios y derechos. Para sentirse con derecho a ser el centro de referencia, dar por sentado el tener razón, imponerse, interrumpir y decir que no, participar según deseos y no necesidades. Para ejercer la impunidad en sus diversas formas: inocentizarse, no informar y no rendir cuentas, hacer o no hacer sin consecuencias, creerse con derecho a las múltiples oportunidades. Estas libertades podrán desplegarse con mayor o menor intensidad, pero están siempre disponibles y legitimadas para su ejercicio y son parte de lo que suele llamarse los «dividendos patriarcales».

A las mujeres no se les asigna desde el inicio esas libertades, y así muchos hombres se creen con el derecho a disfrutarlas a costa de ellas. Así lo

muestran, por ejemplo, muchas investigaciones sobre el ámbito conyugal que indican que los hombres mejoran su salud cuando están en pareja y las mujeres la empeoran: ellos gozan del «derecho a no hacer» en lo doméstico, mientras ellas sufren el peso de su «obligación de hacer», que ellos y la cultura machista les delegan.

La cuestión de los límites tiene en todo esto un lugar especial. En cuanto que legitimado por el estatus para actuar según los propios deseos, son solo esos deseos la referencia para ponerse límites a uno mismo. Sumemos a esto que lo social, justamente por el lugar que nos adjudica, nos pone menos límites específicos y es más tolerante a la infracción masculina de las reglas y los «excesos». De aquí deriva la dificultad o rechazo masculino a aceptar que el propio hacer se detenga en algún lugar, que hay límites que no se pueden trasgredir nunca y que hay intereses y deseos independientes, incluso opuestos a los propios, y que deben reconocerse como legítimos.

Experticia masculina

Retomando la cuestión de la socialización para el privilegio, uno de sus principales cometidos es propiciar la adquisición de una experticia[15] específicamente masculina. Consiste en un repertorio de habilidades destinadas a sacar partido con eficacia de la posición privilegiada, poner en

15. Término utilizado por el sociólogo belga Léo Thiers-Vidal en sus publicaciones. De uso frecuente en francés e inglés, alude a las competencias, saberes, prácticas y destrezas forjadas en un aprendizaje específico. Se sedimenta en conocimiento, experiencia y sabiduría práctica, que es lo que caracteriza a un experto.

práctica los privilegios, defender los intereses sociales, subjetivos y materiales en juego, y desarrollar estrategias para no perderlos y conservar sus ventajas. Está forjada en el aprendizaje de priorizar el ocuparse de sí, de dominar y de colocarse por encima de las mujeres. Capacita para manejarse en relaciones de fuerza y monopolizar recursos, obtener logros, jugar con el poder y la violencia, generar jerarquía.

Específicamente con las mujeres se pone en juego por medio de diferentes estrategias: dilución de la responsabilidad, escaqueo, culpabilización echando balones fuera, o diversas formas de oportunismo: cambiar de opinión según la ocasión, mentir y engañar, pedir confianza aunque no haya base para ello, generar miedo para apropiarse de la razón, imponer protagonismo, ingeniarse para utilizar para sí el tiempo, energía y cuerpo femeninos. Los micromachismos representan muchas de las rutinas resultado de esa experticia.

El lugar de las mujeres

Aunque parezca obvio, tal vez no esté de más aclarar que el feminismo, desde hace muchos años, viene habilitando y posibilitando a las mujeres el lugar existencial que les corresponde, con independencia de lo que hagamos los hombres. Está claro que no nos están esperando como Penélope, ni van a avanzar al ritmo que los hombres impongamos. De lo que se trata es de asumir la responsabilidad que nos cabe de dejar de ser uno de los mayores obstáculos que encuentran en su camino porque, aunque está claro que sea como sea siguen adelante, como viene señalando Susana Covas

desde hace más de diez años,[16] necesitan destinar energías y esfuerzos que los hombres tenemos liberados y usamos para otros fines, lo que aporta mayor sustento a muchas desigualdades cotidianas.

Todo aquello que el patriarcado legitima e incentiva para los hombres, y que gira alrededor de ser dueños de sí, continúa escatimándolo para las mujeres desde su nacimiento. Privadas de la tarjeta VIP y sin los derechos que otorga, si no fuera por sus propias conquistas quedarían invisibilizadas como sujetas o percibidas como menos importantes, subordinadas, periféricas, no disponibles para sí, donadoras de tiempo, espacio, ideas y energía. Esta situación de asimetría relacional fue conceptualizada ya hace más de diez años por Susana Covas como «desigualdad existencial».[17]

Desde la posición privilegiada, los hombres, de una u otra manera, seguimos avalando esta situación desigual. Se legitiman maneras de relacionarse desde el dominio, lo que lleva a percibirse con una superioridad, especialmente moral, sobre las mujeres. Ello habilita y autoriza el derecho a su tutelaje y al control, a la apropiación de sus recursos, capacidades y saberes, al aprovechamiento de sus capacidades reproductivas, y al ejercicio de la violencia «adecuada» contra ellas como afirmación o defensa de su posición. Pueden ser amadas, odiadas, temidas, pero siempre imaginadas como disponibles en cuerpo y mente para organizar y satisfacer los deseos e intereses mascu-

16. Covas, Susana, *El empoderamiento de las mujeres: su relación con la salud y la calidad de vida,* Madrid, Ministerio de Sanidad, 2010.

17. Covas, Susana, *Hombres con valores igualitarios: historias de vida, logros alcanzados y cambios pendientes,* Madrid, Ministerio de Igualdad, 2008.

linos y, por ello, siempre aptas para ser explotadas, apropiables, objetualizadas, violentadas, descartables o no creíbles.

Esta asimetría relacional estructura desde el inicio un modo de relación instrumental en la que en el imaginario ellas quedan ubicadas como subordinadas y pintan poco. Se espera que sean «complementarias»: admiradoras, curadoras de heridas, reposo del guerrero, apoyo incondicional o, como lo define Susana Covas, «nutridoras» o «mayordomas existenciales». Por ello, los hombres nos sentimos con derecho a ser apuntalados en el estatus, admirados, y «aguantados o soportados», atendidos, servidos y cuidados sin reciprocidad, y hasta «enriquecidos»,[18] como dicen hoy los «nuevos masculinos». A pesar de los siglos, parece seguir instalada en nuestra subjetividad la fantasía de un tipo de vínculo sin demasiadas diferencias cualitativas con la relación descrita en la *Odisea* entre Ulises y Penélope.

Como señala Ana de Miguel en su *Ética para Celia,* «la vida de hombres y mujeres se asienta sobre una doble verdad con normas éticas y fines vitales diferentes. Ellos socializados para ser para sí y ellas para ser para los otros».[19] Entre otras cosas, esta doble verdad permite que los hombres podamos circular más fácilmente por el espacio público, acceder sin restricciones al conocimiento y a la construcción de la realidad material y simbólica, forzar límites según nos apetezca, tener menos disposición para satisfacer necesidades ajenas que las propias y para asumir la carga mental del cuidado.

18. *Ibidem.*

19. Miguel, Ana de, *Ética para Celia,* Barcelona, Ediciones B, 2021.

Y también permite beneficiarse de una ventaja sustancial: estar liberados de las cargas a las que las mujeres están expuestas socialmente, tales como las coacciones destinadas a transformarlas en objeto, infantilizarlas o someterlas, así como de las reacciones propias de quien está expuesto a la dominación (sufrimiento, carga mental, gestión de coacciones simbólicas y psicológicas, estar alerta y a la defensiva). Todo esto en un contexto que impone a los hombres menos prohibiciones y coacciones específicas y que los sanciona menos ante el incumplimiento de reglas.

En otros ámbitos de desigualdad, en que la temática del afecto y el amor no oscurecen la definición de la situación —como sucede cuando se habla de las relaciones de género—, este tipo de relación sería probablemente descrito con otras palabras, tales como *explotación, esclavitud, servidumbre, subordinación, colonización, opresión* o *extractivismo*.

El cambio «incómodo»

> *En el trabajo con hombres, ellos no cambian a menos que se despojen de su «sentirse con derecho» sobre la mujer.*[20]
>
> Lundy Bancroft

20. Bancroft, Lundy, *Why does he do that?: Inside the minds of angry and controlling men*, Nueva York, Berkeley Books, 2002.

Si el problema es la posición jerárquica masculina y los privilegios que se ejercen al estar instalados en ese lugar, el objetivo que propone este enfoque consiste en abdicar, renunciar a este lugar. Supone no solo desempoderarse, cediendo o renunciando a privilegios en tiempos, espacios, energías —que siempre pueden recuperarse—, sino, ante todo, renunciar al «derecho a» tener privilegios y ejercerlos. El cambio debería dirigirse a promover la igualdad de género combatiendo la desigualdad, y no apuntar al beneficio personal, sino al de aquellas —las mujeres— afectadas negativamente por esa situación. Quizá el único provecho para sí mismo sea uno de orden ético: el de sentirse una persona justa que hace «lo que debe» para disminuir la injusta desigualdad de género.

Los hombres que se identifican con estos objetivos y se ocupan de diseñar intervenciones para el cambio no suelen hablar de nuevas masculinidades, sino de disidencias, desobediencias, deserciones, traiciones o subversiones al patriarcado. Y también se preguntan, sin respuesta todavía, cuál es la mejor manera de motivar a los hombres para emprender el rumbo,[21] más aún en estos tiempos de una contrarreacción masculina misógina que tiene a las redes sociales como uno de sus potentes altavoces actuales, tal como es el caso de la *manosfera.*

21. Es necesario tener en cuenta que, como en todo proceso de transformación, hay que crear o potenciar la motivación para el cambio, pero también contar con que, en el caso de las posiciones privilegiadas, existe también la motivación para el no cambio, producida por la resistencia a perder ventajas adquiridas. No comprender esta última cuestión quizá pudiera ser uno de los factores que están en la base de los pocos éxitos de las campañas que desde hace muchos años intentan promover la corresponsabilización masculina.

Renunciar a la posición privilegiada no es tarea fácil porque supone no solamente un cambio de roles o estereotipos o una liberación de los mandatos de la masculinidad. Demanda un trabajo profundo de reconfiguración ética de la subjetividad, el comportamiento y el ejercicio del poder que permita aceptar a la mujer como una igual en un vínculo de equivalencia y reciprocidad existencial.[22]

Como en todo cambio, debería ser indispensable ir más allá de las palabras, el deseo, la intención o la modificación en el sentir y el pensar, para ponerlos en juego en el hacer concreto y cotidiano. Parece necesario hacerlo también incorporando una apelación a la urgencia del cambio. Éticamente no parece posible pensarlo solo desde la noción de que los hombres necesitamos tiempo, ya que lo que tardemos repercutirá inevitablemente en el mantenimiento del malestar de las mujeres derivado del ejercicio de nuestra posición privilegiada a costa de ellas.

Desde este punto de vista, las estrategias de intervención deberían apuntar a girar la reflexión desde el «qué me pasa como hombre» del enfoque anterior al «qué me pasa en la relación con las mujeres en términos de posición existencial». Para ello, algunas tareas se tornan imprescindibles, pero la primera es estar dispuestos a descentrarse, a romper con la ética del yo. Dejar de mirarse el ombligo, como se dice coloquialmente, es la matriz que sostendrá todas las demás tareas y es el paso imprescindible para poder pensar a las mujeres como equivalentes existenciales. Desde ahí, habría que procurar:

22. Covas, Susana, *Hombres con valores igualitarios..., op. cit.*

- Interpelar el quehacer masculino en lo cotidiano visualizando y desactivando los múltiples engranajes de la experticia masculina y una de sus rutinas más utilizadas, los micromachismos.

- Romper con el corporativismo masculino que apela a los pactos de silencio y lealtad entre iguales, denunciando las injusticias que encubre, así como soportar los costes de ser un «traidor».

- Desnaturalizar los privilegios masculinos, los ejercicios de poder y la violencia simbólica que los sostiene.

- Renunciar a los beneficios simbólicos, pero sobre todo a los beneficios materiales cotidianos que supone tener a disposición la mente, el cuerpo y el hacer de las mujeres.

- Aprender a poner límites al propio deseo de poder, a aceptar el límite externo cuando aparezca y a ceder la razón y el protagonismo.

- Sumergirse en la propia subjetividad para desvelar y desmontar las huellas que la historia de socialización para la dominación ha dejado en la subjetividad.

Estas tareas deberían permitir:

- Deslegitimar e inmoralizar, en cuanto que injustos, los comportamientos (propios y ajenos) de control e inferiorización de las mujeres y sus aportes, y desarrollar formas concretas de poner en práctica este objetivo masculino.

- Visibilizar el efecto dañino que el ejercicio del poder tiene sobre las mujeres y proponerse estrategias de cambio que vayan más allá del «lo siento, me he equivocado, no lo volveré a hacer», típica frase de disculpa masculina que habitualmente solo es una apelación al borrón y cuenta nueva.

- Mantener una crítica perpetua de la autocomplacencia y la sobrevaloración, así como cuestionar la cómoda etiqueta de víctimas del patriarcado que desde muchos ámbitos se nos asigna.

Para todo este proceso es necesario, además, estar dispuesto a superar las resistencias, afrontar los costes del cambio y transitar el duelo subjetivo, material y simbólico por la posición jerárquica perdida.

Por supuesto, sabemos que esta posición masculina y los privilegios que conlleva son producto de nuestra cultura patriarcal, por lo que todo el camino de transformación no puede pasar solo por cambios en el terreno individual, sino que debe estar incorporado en un proceso que también apunte a la transformación política de las estructuras sociales e institucionales que la hacen posible.

Emociones éticas o cómo favorecer la igualdad desde una perspectiva crítica de la afectividad de los hombres

Luis Botello Lonngi

Luis Botello Lonngi

Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) de México y doctor en Psicología Social por la Universidad Complutense de Madrid. Es Premio Nacional de Investigación por el Primer Lugar de Tesis de Doctorado, en el que abordó el tema de la violencia contra las mujeres desde el análisis de la masculinidad. Es integrante del *staff* ejecutivo que llevó a la organización MEXFAM a obtener el Premio de Población de Naciones Unidas 2000 por estrategias efectivas para solucionar las problemáticas de salud. Fue subdirector de sensibilización del Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva. Y colaborador científico del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, donde enfocó su trabajo hacia la población joven.

Punto de partida

El tema de las emociones es parte indiscutible de las agendas actuales que tienen como objetivo el análisis de la masculinidad o masculinidades. En la década de los noventa surge un llamado formal internacional desde la Plataforma de Acción de Beijing (1995)[1] acerca de la necesidad de comprometer a los hombres en cambios para la igualdad. A partir de entonces se fue haciendo evidente que la dimensión afectiva de los hombres tomaba cierto protagonismo. Autores de referencia internacional en esta temática, como Kaufman, Kimmel, Connell o Seidler, no dudan en mencionar las emociones como componente importante que tener en cuenta para este reto en Beijing. De hecho, una razón de nuestro interés por esta dimensión humana se debe a que suele ser central en las metodologías de una buena parte de los profesionales que trabajan directamente con hombres en lugares como España, México y otros países de América Latina. No obstante, desde nuestro punto de vista, la manera más frecuente de abordar y conceptualizar el mundo afectivo de los hombres presenta varios cuestionamientos cuando se trata de aclarar cómo estas aproximaciones estarían vinculadas a una perspectiva igualitaria. La relación de afectividad masculina e igualdad es compleja porque la corriente predominante cuando se aborda la dimensión emocional en los estudios e intervenciones con hombres tiene la influencia del paradigma de la *represión/expresión,* que ha delimitado lo afectivo a su necesidad de ser

1. *La Declaración y Plataforma de Acción de Beijing,* de ONU Mujeres, 1995, es el documento más progresista y ambicioso acerca de los derechos de las mujeres.

explorado, conocido y expresado desde el ámbito individual.[2] Todo ello ha colocado al mundo de las emociones como un asunto de competencia personal, de autoconocimiento, de algo que pertenece al ámbito interno para ser llevado al mundo de las relaciones, algo escondido que requiere ser expresado; de esta manera se privilegia el análisis partiendo «desde dentro hacia afuera» de los sujetos. Sin negar, por supuesto, un componente singular individual para el conocimiento de las emociones, consideramos que esta perspectiva de la represión/expresión aleja lo emocional de su carácter interactivo, *relacional,* que lo coloque como un asunto social que proporciona información y que permite evidenciar mecanismos de poder cuando se analizan en las interacciones mismas: qué sucede con tus emociones cuando están en juego con las de otra persona. Con este movimiento, nuestro interés se aleja de lo que sucede *dentro* de un sujeto para deslizarse y situarse en lo que ocurre *entre* los sujetos.

En el análisis de la masculinidad y en el trabajo directo con hombres, cuando no se aborda lo afectivo desde su carácter relacional es frecuente que el tema de las emociones tome varios caminos, por ejemplo, considerar que la finalidad es que los hombres «lloren» o que sean capaces de expresar sus emociones como reto individual, un logro de autoconocimiento, que descubran lo que verdaderamente siente su «niño interno» o que reconozcan y nombren su dolor profundo, o que se habiliten personal y discursivamente

2. En 2020, el investigador Ramírez R. y colaboradores llevaron a cabo una amplia recopilación y análisis de publicaciones e investigaciones que se han realizado internacionalmente acerca de la masculinidad y su relación con las emociones. En ella podemos identificar que el paradigma de la represión/expresión está ampliamente presente en los estudios e intervenciones. Ramírez Rodríguez, Juan Carlos (coord.), *Hombres, masculinidades, emociones,* México, Universidad de Guadalajara, Editorial Página Seis, 2020.

para hacer frente a su malestar emocional. Sin negar, por supuesto, que estos son objetivos válidos y respetables (de hecho, la psicología ha abordado y ha proporcionado caminos para afrontarlos desde hace más de noventa años), queda claro que en las intervenciones dirigidas a los hombres predomina la orientación psicológica centrada en la individualidad.

Además, este tipo de enfoques no explican claramente cómo este beneficio que se busca para el hombre estaría vinculado con la igualdad; no muestran cómo se daría un salto o puente metodológico por el que el trabajo individual que hace el hombre de su afectividad repercutiría en algún sentido a favor de las mujeres desde una perspectiva de género. Dicho de otra manera, de qué forma un hombre que analiza sus emociones podría participar en hacer frente a desequilibrios de poder en las relaciones que establece con las mujeres. Aunque no hay duda de que una cantidad importante de hombres que escriben, investigan y hacen trabajo directo con hombres aseguran que realizan sus actividades desde la igualdad, incluso afirman contar con una visión «integral» porque no consideran solo el beneficio para el hombre —ya que parten del supuesto de que lo que el hombre trabaje sobre sí mismo repercutirá en las relaciones y en las mujeres en particular—, lo cierto es que en el camino para lograrlo parece diluirse ese objetivo, por lo que en ocasiones queda solo en un plano discursivo.

El presente escrito está organizado de tal forma que inicio aclarando que hoy en día nadie cuestiona la importancia del mundo afectivo, se considera como algo que ya es tomado muy en cuenta en diferentes ámbitos. Por otra parte, iré comentando cómo otorgar relevancia a lo emocional ha impregnado tanto los estudios sobre masculinidad como las intervenciones directas con hombres, y se ha hecho desde una visión individualista.

Finalmente, termino poniendo a consideración una perspectiva sobre la ética en las emociones como una forma de centrar el análisis en aspectos de la vida afectiva de los hombres que podrían favorecer compromisos y acciones para la igualdad.

El contexto actual

Tradicionalmente se ha considerado la afectividad como algo secundario, etiquetada como una característica preponderante de la feminidad. En contraposición, sobre todo en Occidente, se ha valorado la racionalidad como elemento central en aspectos como la toma de decisiones, el autoconocimiento o el logro de objetivos en la vida.

Si bien esta postura ha influido en varias dimensiones de vida, en las últimas décadas se ha revalorizado el componente afectivo, y se considera como una dimensión útil en múltiples aspectos. Por ejemplo, en la política para definir estrategias propagandistas o en la elaboración de discursos políticos. En otros escenarios, como el empresarial, para mejorar la productividad de las empresas, o en los medios de comunicación para tener un mayor impacto u obtener una alta audiencia, por no hablar de la potente utilización de las emociones en conflictos locales e internacionales, y en la preparación y desarrollo de las guerras. Ya nadie puede restarles importancia.

Lo afectivo interesó desde muy temprano a los estudios sobre masculinidad, sobre todo porque para muchos de esos estudios lo racional y emocional eran parte de los parámetros para analizar la identidad de los hombres,

que se señalaba que se constituía básicamente por lo racional, y que dejaba de lado componentes importantes como la dimensión afectiva.

Ya en la década de los setenta en Estados Unidos, los *Men's studies,* o en América Latina libros como *En la sexualidad masculina el afecto es primero,*[3] o en Europa *La derrota del varón,*[4] anunciaban que había que integrar de manera clara la dimensión afectiva. Es decir, desde sus comienzos estos estudios plantean la relevancia de la afectividad, pero lo hacen desde los parámetros y perspectivas que estaban a su alcance, a decir, desde los parámetros de la modernidad,[5] que en un primer momento, en su intento por conocerlas, calcularlas, predecirlas, medirlas, controlarlas, clasificó las emociones en *primarias* y *secundarias,* para luego designarles calificativos como «emociones positivas», «emociones negativas». Por supuesto, todo ello significó y significa una aproximación importante para tratar de entender un componente complejo de la humanidad. Sin embargo, considero que esta primera forma de definir y clasificar favoreció significativamente la conformación del paradigma moderno vigente hasta nuestros días respecto a las emociones: el de la *represión/expresión*. Para el tema que nos ocupa, este paradigma fue retomado sin reflexionar críticamente sobre si era pertinente, o hasta dónde podría serlo, para el análisis de la masculinidad.

3. González Núñez, José de Jesús, *En la sexualidad masculina el afecto es primero,* México, Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, 1989.

4. Bednarik, Karl, *La derrota del varón,* Esplugues de Llobregat, Plaza & Janés, 1970.

5. La modernidad ha ofrecido un marco para prácticamente todo campo de conocimiento, sobre todo en Occidente, incluyendo el entendimiento de la dimensión afectiva. Para un recorrido interesante y puntual acerca de la modernidad y sus efectos en la humanidad, revisar a José Luis Pinillos *(El corazón del laberinto,* Madrid, Espasa Calpe, 1997).

Esta visión contribuyó para que se definiera, desde una perspectiva aparentemente crítica, la racionalidad como un componente que retiene y frena las emociones en la construcción de la identidad de los hombres, lo que situaban lo racional como un propiciador de la *represión* emocional con consecuentes limitaciones para el desarrollo vital. Surgió entonces un reto claro para trabajar con los hombres: la *expresión;* destrabar lo emocional, supuestamente retenido, se convertía entonces en un camino necesario.

El paradigma de la represión/expresión coincide con otras visiones que actualmente están muy en boga, que son especialistas en ofrecer horizontes accesibles acerca de prácticas, actitudes y comportamientos para cambiar tu vida. Me referiré a dos, la psicología positiva, fundada en Estados Unidos en 1998 por Seligman,[6] y la amplia literatura de superación personal. Ambas proponen qué hacer con la dimensión afectiva para lograr cambios y transformaciones en las personas. Estas corrientes cuentan con múltiples estrategias, objetivos y métodos para lograrlo. Por ejemplo, la literatura de superación personal coincide en la necesidad de *expresar* una supuesta esencia que está ahí dentro, contenida en las personas y que se mantiene desconocida. Esta visión, aplicada en el tema que nos ocupa, partiría de una idea central: existe un hombre limitado por desconocimiento de sí mismo, que requiere de técnicas comunicativas individuales para lograr su crecimiento y liberarse de ataduras psicológicas. Desde esta óptica individualista, es necesario que los hombres se den cuenta de esa riqueza personal que han desaprovechado al

6. El psicólogo Martin Seligman era presidente en 1998 de la American Psychological Asociation (APA) y es considerado el fundador de la psicología positiva.

no poder expresar objetivamente el mundo emocional reprimido, ya que el «yugo» de la sociedad los ha enseñado de esta manera a ser hombres.

Por su parte, la psicología positiva, acorde y reforzando la perspectiva anterior, plantea centrarse en el trabajo personal, en lo que sí tienes de bueno y estás haciendo bien, en tus fortalezas, cambiando las emociones «negativas» por unas «positivas», expresándolas y aumentando las positivas. Este tipo de psicología se fundamenta, como afirman Fernández-Ríos y Vilariño,[7] en la ideología liberal de la felicidad, que para el tema de nuestro interés es acrítica sobre las circunstancias que rodean a un sujeto, sobre los contextos sociales con múltiples desigualdades y desequilibrios que colocan a las personas en lugares desiguales, y que son determinantes para definir su bienestar y calidad de vida. En cambio, la psicología positiva plantea que la fuerza de tu pensamiento (individual) es lo central y más relevante para lograr el bienestar personal y el de los tuyos.

Pero, volviendo a nuestro sujeto con emociones «reprimidas», aquí el sistema neoliberal actual ofrece soluciones. El mercado casualmente ayuda a cubrir esa necesidad: talleres para conocer y expresar la vida emocional, cursos acerca de cómo controlar tu mundo afectivo o talleres que ayuden a abrir paso a ese hombre sensible. También encuentros, manuales de autoayuda, sesiones de *coaching* del mundo afectivo, o múltiples ofertas de terapia psicológica sin perspectiva de género centradas en ayudar a liberar a ese hombre reprimido. Las dinámicas de consumo y el sistema patriarcal se articulan para proporcionar la enfermedad con su remedio. Por ello no

7. Fernández-Ríos, Luis y Vilariño Vázquez, Manuel, «Historia, investigación y discurso de la psicología positiva: un abordaje crítico», *Terapia Psicológica,* 36(2), 2018, págs. 123-133.

hay que dudar de que el sistema actual no desampara a los hombres que buscan un cambio en sus vidas y en sus relaciones, pero que comúnmente van a acceder a lo que tienen a su alcance: las ofertas desde esta perspectiva emocional/individualista predominante, que no reta a las normativas masculinas hegemónicas ni cuestiona las múltiples dinámicas de poder que conllevan. Por este motivo es frecuente que, cuando encontramos hombres que «están cambiando», por alguna razón extraña no suelen estar (suficientemente) descolocados, confrontados, ni cuestionan sus espacios de poder con sus respectivas maniobras naturalizadas, pero en cambio sí se habilitan discursivamente sobre lo importante de expresar sus emociones o sobre que están sensibilizados acerca de la igualdad como un tema relevante y actual, aunque no lleguen a fracturar o desestabilizar de manera importante sus privilegios, que comúnmente suelen quedar intactos.

Emociones activas, no reprimidas: algunos de sus mecanismos vinculados al género

Mi posición se desmarca de esta visión de represión/expresión de los hombres, no solo porque considero que impide conocer y entender de manera más amplia la experiencia afectiva, sino porque parte de la idea de que eres tú la única referencia válida para entender tu vida emocional. Esta visión refuerza la idea de que el principio y el fin de tu afectividad se comprende desde ti mismo/a. Nosotros, en cambio, sugerimos que, para tener un conocimiento más amplio de las emociones de los hombres, sobre todo de aquellas que estén vinculadas a la construcción de género, requerimos cambiar el lugar desde donde las vemos. Las emociones son componentes activos que participan en juicios, valoraciones e intercambios en las rela-

ciones cotidianas, y favorecen desde ya que se tomen ciertas decisiones. Al analizar algunas emociones en las interacciones de los hombres, se muestra que no están «reprimidas», sino orientadas, delimitadas y direccionadas por normas y mandatos dominantes de género, que ahora explicaré.

Aquí no me voy a referir, desde luego, a todo lo que compone la dimensión afectiva —es una tarea compleja que rebasa por mucho este escrito—, sino en dar cuenta de algunos aspectos de la afectividad que muestran vínculos con la construcción de la masculinidad.

Partimos entonces de que las emociones no están «reprimidas». En cambio, lo que sucede es que a través de por lo menos tres mecanismos las emociones se direccionan y orientan a partir de mandatos de género. La masculinidad conforma la afectividad de tal manera que el mayor despliegue afectivo de los hombres se *desplaza* al ámbito público, es decir, al reconocimiento social, metas y logros socialmente valorados.

En otro nivel, en los espacios íntimos, la afectividad organiza a los sujetos maniobrando de otra forma, pero acorde a la lógica anterior. En estos espacios, los hombres suelen *delegar* en las mujeres para que ellas sean las responsables de los escenarios afectivos íntimos (por ejemplo, la atención a la afectividad en la vida en pareja, mantener redes emocionales en los espacios privados, con amistades o con la familia extensa). En este escenario, la mujer se suele convertir en «traductora emocional» de las propias emociones del hombre.

En el caso de un hombre frente a otro hombre, se produce una variante del mecanismo: las emociones se *subyugan* a los imperativos racionales

masculinos. Un hombre se presenta frente a otro mediado por una racionalidad articulada con el género que otorga el margen de maniobra para ambos. Aquí emerge el componente heterosexual, que otorga ordenación simbólica y lógica del mundo. Es por ello que entre los hombres las emociones se amoldan, se contornean, se acomodan, subordinadas a los límites normativos heterosexuales, que marcan delimitaciones al cuerpo y al contacto físico. La homofobia, por ejemplo, vista desde esta dinámica afectiva, es uno de los efectos de la estrechez y no permisividad orientada por una raíz heterosexual estricta. Otra manifestación del mecanismo de subyugación se genera cuando las emociones se *amoldan* y *acomodan* para obtener validación y reconocimiento social entre iguales, donde la afectividad se pone al servicio de grupos y colectivos para alentar, entusiasmarse, retar y celebrar complicidades y acuerdos patriarcales. Por ejemplo, confirmar y ratificarse al insultar, agredir y abusar de mujeres por sentirse con derecho a hacerlo, agredir a hombres que no cumplen con la idea predominante de hombre heterosexual, o a los considerados diferentes por razones de origen étnico, económico o social.

Estas maniobras emocionales (desplazar, delegar, subyugar) actúan sobre la experiencia emocional *fragmentándola.* Esta es quizá la imagen más cercana a la vivencia afectiva por parte de los hombres, en que las emociones tienen direccionalidad diferenciada que posibilita modalidades de vínculos: fuertes, débiles o nulos según las delimitaciones dominantes de género. Cabe decir, sin embargo, que en este proceso la normativa masculina es altamente funcional generando una ficción en el hombre: la normativa masculina, al fragmentar la experiencia emocional, produce un beneficio para él porque facilita, por una parte, que se deshaga de lo supuestamente «innecesario» e «inútil», dejando a un hombre libre y cercano a alcanzar lo

deseado (cumplir mandatos masculinos dominantes y ser reconocido por ello). Y, por otra parte, mantiene la ficción de estabilidad, de una idea de sí mismo sin interferencias.

En este recorrido, los hombres niegan para sí mismos rutas y experiencias fuera de la órbita masculina dominante. Esta condición influye para que a un hombre se le dificulte reconocer de qué manera otras personas viven sus experiencias, con qué nivel de intensidad o cómo elaboran, por ejemplo, sus temores, dolores, alegrías, sufrimientos de manera diferente a la propia; experiencias emocionales que con frecuencia son irreconocibles para él.

Sin embargo, los hombres no cuestionan estos mecanismos no porque sean «víctimas» del poder de la normativa masculina, sino porque obtienen beneficios tácitos cotidianos que les permiten mantener privilegios al implicarse personal y socialmente solo en lo que consideran que tiene valor social; condición que sitúa a la otra en la posición de atender lo faltante, lo no valorado. Aquí es importante aclarar que tenemos en cuenta que el sistema de género afecta tanto a mujeres como a hombres, pero hay que hacer precisiones para aclarar que los efectos de la dominación no son equiparables en unas y en otros. El hombre participa en un sistema de género donde las reglas del juego le son favorables para seguir manteniendo ventajas y privilegios, a pesar de que conlleve costos para él. En algunos casos los hombres son conscientes de estos costos, pero no suele ser suficiente para emprender una transformación real (siguen siendo atractivas las ventajas), y en otros casos lo que ocasiona es que al evidenciar los costos que tiene para ellos (familiares, afectivos, en salud, laborales, personales, legales, etc.), se autocolocan en una suerte de posición de «víctimas» del poder de estas normativas dominantes. Aquí

también suelen «equipararse» con las mujeres en el sentido de «a todo el mundo nos afecta el sistema patriarcal por igual».

Ahora bien, ya instalada en el hombre esta ficción de la que hemos hablado, derivada de la fragmentación emocional que posibilita estabilidad y control desde los mandatos normativos masculinos, ¿qué sucede?, ¿por qué no se mantiene esta ficción fija y estable en el hombre? Pues resulta que cuando todo podría encajar y acomodarse bien, llegan algunas interferencias: la interacción del hombre con una mujer que da cuenta de sí misma al verbalizar, exponer y ligar su vida emocional desde un marco afectivo de género diferente al propio le devuelve a él la imagen de su propia condición afectiva fraccionada; con ello «emerge» su falta. Y la manera de interpretar la vida emocional de ella también está orientada por la propia normativa masculina que devalúa formas distintas de organización afectiva.

El enfado y el silencio: una aproximación reveladora de la afectividad de los hombres

Ahora bien, quisiera compartir que el enfado es una emoción que ha resultado muy reveladora para entender dinámicas que establece el hombre con las personas con quien convive.[8]

8. Para una aproximación a esta emoción se recomienda revisar las siguientes publicaciones: Álvarez, C. D.; Torralba, A. I.; Torres, L. M., *et al.,* «Patrones de masculinidad y feminidad asociados al ciclo de la violencia de género», *Revista de Investigación Educativa,* 25(1), 2007, págs. 187-217. García, C. G.; Arnal, R. B.; Llario, M. D. G., et al., «Roles de género y agresividad en la adolescencia», *International Journal of Developmental and Educational Psychology,* 2(1), 2014, págs. 373-382. Zubieta, E., Fernández, I., Vergara, A., et al., «Cultura y emoción en América», *Boletín de Psicología,* 61, 1998, págs. 65-89.

Partimos de la premisa de que el enfado es un mediador entre algo que afecta al hombre y la posibilidad de repararlo. Me explico. Recordemos, como señalamos en el apartado anterior, que la interacción con una mujer es un escenario donde se suele evidenciar y desvelar al hombre su fragmentación emocional, una imagen de sí mismo fraccionada. Con el enfado, sobre todo en relaciones de género, intenta subsanar esa imagen de sí mismo. Y aquí se produce un abanico de opciones que van desde molestia moderada, o una incomodidad más marcada, hasta llegar a una agresión física o verbal dirigida a quien le devuelva esa imagen. Todo ello con la finalidad de retomar la sensación de reintegración, control de sí mismo no fragmentado y una estabilidad dominante.

Además, habría que agregar una característica del enfado: en los hombres suele ser un condensador emocional, que concentra y canaliza otros estados emocionales, se convierte en vehículo de otras emociones. Por ejemplo, tienes miedo..., te enfadas; tienes ansiedad..., te enfadas; tienes depresión..., te enfadas; te sientes agobiado..., te enfadas; tienes envidia..., te enfadas. Con ello se amplifican los escenarios en los que el hombre se puede enfadar.

Recapitulando un poco, sugerimos que las emociones se localicen y se analicen en las interacciones. Es ahí donde se puede identificar una singularidad acerca de cómo se genera una disposición moral para «situar» al otro, a la otra, qué lugar le otorgamos para que se despliegue un determinado abanico de acciones. Lo emocional participa en cómo se evalúa, orienta, calcula y decide, conscientemente o de forma no reflexiva, una acción hacia una persona en específico.

Por otra parte, quisiera compartir un componente que es poco analizado tanto en el trabajo directo con hombres como en los estudios sobre masculinidad, y nos permite identificar un mecanismo de dominación que en nuestra opinión frena significativamente la conformación de emociones éticas, de las que hablaremos más adelante.

Existe una constante en el discurso de algunos hombres que afirman que las inseguridades y dudas del hombre en la vida privada se deben manejar de manera individual y en silencio.[9] Aunque, de acuerdo con Seidler,[10] lo que queda sin decir de los hombres es igualmente importante para entender cómo se relacionan, y las consecuencias de ello. Esta característica nos remite a un espacio donde se evidencia una maniobra de poder desde un ángulo poco explorado en el análisis de la masculinidad: el silencio, que es un mecanismo que en realidad sí tiene mucho que decir. El silencio es el resultado de que la normativa masculina ya haya actuado, es un indicador «exitoso» de que la dominación ha funcionado en ese individuo.

9. Ver Kimmel, Michael, «Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina», en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis,* Isis-Flacso, Ediciones de las Mujeres n.º 24, 1997, págs. 49-63; Vique Martínez, J., *Mantos de silencio en la comunidad de varones* [tesis doctoral], Montevideo, Universidad de la República, 2005; Bonino, Luis, «Varones, género y salud mental. Deconstruyendo la "normalidad" masculina», en Marta Segarra y Ángeles Carabí (eds.), *Nuevas masculinidades*, Barcelona, Icaria, 2000; Méndez-Tapia, Manuel, «El VIH y la proximidad corporal. Sexo, amor y silencio entre varones», *Sexualidad, Salud y Sociedad (Río de Janeiro),* 28, 2018, págs. 159-177; Porzecanski, Teresa, «El silencio, la palabra y la construcción de lo femenino», en *Salto de Minerva: intelectuales, género y Estado en América Latina,* Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2005, págs. 47-57; Botello, Luis, *Identidad, masculinidad y violencia de género,* México D. F. y Madrid, Instituto Mexicano de la Juventud y Universidad Complutense de Madrid, 2008.

10. Seidler, Víctor, *La sinrazón masculina: masculinidad y teoría social,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

El silencio muestra aquí la utilidad que tiene, es condición necesaria para que el hombre evalúe individualmente y sin alteraciones una situación interactiva. En este sentido, el silencio es un componente idóneo para mantener y reeditar relaciones desiguales. De hecho, varios organismos de la sociedad civil que trabajan sobre dominación y violencia, y también en diferentes estudios que no tienen relación directa con temas de género, se han encontrado con que el silencio entre los sujetos tiene la función de reforzar la opresión.[11]

Emociones éticas frente a emociones autorreferenciales

Todo lo expresado anteriormente nos lleva a una perspectiva que queremos compartir. Acorde a Bauman,[12] que afirma que los fenómenos morales y éticos no pueden representarse como una guía de reglas, aquí, más que hablar de un listado de emociones éticas que seguir, me parece que hay que hablar sobre condiciones que permitan identificarlas o favorecer su surgimiento.

Las *emociones éticas* son habilidades afectivas para identificar, descifrar y entender señales de comportamiento, deseos, afirmaciones, intenciones y sentimientos del otro/a... y el reconocimiento de estas señales en uno/a mismo/a. Son fundamentalmente un ejercicio de interpretación emocional situado, que genera una respuesta favorable hacia otra persona, y por

11. Ver Schreiter, R., *Violencia y reconciliación,* Santander, Sal Terrae, 1998.

12. Bauman, Zygmunt, *Ética posmoderna,* México, Siglo XXI, 2016.

lo tanto con efectos en la relación. En las relaciones de género permiten desarrollar elementos para desafiar a la normativa masculina dominante y al silencio masculino. Su escenario principal son las relaciones cotidianas porque la proximidad con otra persona es un lugar donde un hombre evalúa, orienta y decide una acción hacia esa persona en concreto. Una emoción toma su carácter ético cuando se tiene presente a la otra persona, cuando la dinámica afectiva que se genera afectaría a ambos, quizá no de forma sincronizada o simultánea, pero sí favorable.

Somos conscientes de que las interacciones sociales son bastante más complejas de lo que en nuestros siguientes ejemplos pretendemos exponer, pero lo que intentamos poner a consideración es que existen estados emocionales vinculados al género que pueden ser observados y analizados desde una perspectiva ética que marcaría un posible destino transformador para los sujetos en una interacción cotidiana. Por ejemplo, en un contexto de pareja, una mujer le transmite al hombre la indignación que a ella le provoca una injusticia laboral contra él en el trabajo; y él, que ha compartido con ella esta situación, no la consideraba claramente como una injusticia, pero logra reconocer que su enfado en realidad se debe a que está indignado por esa injusticia. Él en otro momento le devuelve a ella la idea de que es una mujer comprensiva y crítica; esta acción conllevaría un efecto favorable en algún nivel en la concepción que ella tiene de sí misma.

La *retribución* sería entonces una característica central de la emoción ética, que no necesariamente ocurre en sincronía ni en tiempo, forma, ni contenido; *no es una transacción* desde parámetros calculados ni lógicos, sino que se produce, en este caso, dentro de una dinámica de interdependencia emocional, en la que se genera un beneficio afectivo en ambos. La cualidad

de reciprocidad desde la perspectiva de género evidencia su signo ético debido a que presta atención a los efectos emocionales que habría de recibir la otra persona con quien se interactúa. Pero no imaginemos que el escenario donde opera lo ético en una emoción tiene una sola vía para identificarlo, o que surge a partir de alguna presuposición reconocible socialmente, por ejemplo, que se daría revestida de complacencia, condescendencia o acompañada de alguna postura o gesto físico de «comprensión».

La complejidad de la interacción humana conlleva múltiples niveles de comunicación, intercambios verbales y no verbales, formas no predecibles de devolución. El escenario puede ser en ocasiones francamente incómodo para una o para las personas involucradas. Por ejemplo, la culpa, y la vergüenza que a veces la acompaña, tendría un componente ético cuando la incomodidad que se hace presente en esa emoción te permite ser consciente del daño que has provocado y respondes a ello, pero de manera favorable para la otra persona. En este caso, la culpa sería primeramente una señal que hay que identificar, pero podría quedarse solo en ese nivel, y lo ético permitiría precisamente que no se quede allí, sino que marcaría y direccionaría esa emoción para beneficiar a quien recibió el daño. Este posible rumbo se contrapone a la posibilidad de que la incomodidad emocional de la persona que ha provocado el daño derive en otros caminos, como la indiferencia de quien daña o, peor aún, en una reacción física, verbal y moral que remarque y profundice el daño hacia la persona afectada.

Con este mismo criterio de complejidad de la reciprocidad sugerimos que sean analizados otros componentes de la afectividad vinculados al género. Emociones socialmente muy valoradas, como la empatía, desde nuestro

punto de vista no conllevarían por sí mismas la condición ética; de hecho, pueden o no ser éticas. Se tendría que identificar hasta dónde se tiene presente a la otra persona en el proceso de empatizar. Cuando no la tomas en cuenta, queda en un plano superficial, en el que solo te convences a ti mismo autorreferencialmente y concluyes que te has puesto «en los zapatos del otro», frase a la que todo el mundo hemos recurrido más de una vez para expresar que sí nos interesa o estamos supuestamente sintiendo o entendiendo lo que le sucede a otra persona sin detenernos a indagar o tener en cuenta si la otra persona lo recibe de esa manera.[13]

Con todo lo anterior, es necesario analizar entonces emociones que estén ligadas a la construcción de género masculino, teniendo en el centro del análisis los efectos relacionales, es decir, que se identifique el escenario emocional: unidireccional, recíproco, autorreferencial, interdependiente, autocomplaciente, y otros.[14]

Nuestra inquietud por resaltar la importancia de los efectos para los involucrados en la interacción también tiene relación con lo que ac-

13. En este mismo sentido, tomemos una frase que utilizamos con frecuencia: «Te trato como a mí me gustaría ser tratado». Otra vez aquí tú eres el parámetro y la medida del buen trato, porque tú presupones que las cosas que te hacen sentir bien serán también buenas para la otra persona. Sería interesante tomar en cuenta cómo le gustaría ser tratada a la otra persona al margen de tu idea.

14. Para abonar en la complejidad del tema, es interesante recordar la afirmación de Goffman acerca de lo que denomina *indiferencia cortés:* «Las personas que se tratan con prudencia, circunspección, con una actitud educada y vigilante mientras cada quién hace lo suyo de manera individual, pueden conservarse, pero detrás de esas apariencias normales, los individuos pueden estar dispuestos a huir o luchar, en caso necesario. Mientras se mantenga, la indiferencia cortés sostiene el carácter superficial del orden público». Goffman, Ervin, *Relaciones en público: microestudios del orden público,* Madrid, Alianza Editorial, 1979, pág. 196.

tualmente es cada vez más frecuente escuchar: hombres que dicen hacerse «responsables» de su masculinidad hegemónica, sexista, que son conscientes de sus privilegios, del daño que han provocado, de las violencias de las que son parte, etc. Pero parece que si estos discursos y prácticas no pasan por la perspectiva ética, su idea de responsabilidad y lo que hacen con ella pueden quedar enmarcados en un discurso autocomplaciente y emotivo. Palabras adecuadas, aplaudidas, que enuncian una responsabilidad «integral» de sus actos, pero sin efectos reales en sus interacciones cotidianas. Y esto se debe a que probablemente desde el inicio la responsabilidad no estuvo influida por un componente ético, sino sustituida por una visión centrada en uno mismo, autorreferencial, alejada de la mutualidad, característica frecuente de las múltiples dinámicas patriarcales evidentes y sutiles.

Nuestra insistencia en desvelar esta perspectiva es evidenciar y discutir más que el individualismo es un eje rector del patriarcado, y que se cristaliza a través de diferentes prácticas cotidianas de los hombres. Una de sus manifestaciones actuales es la creación de la ficción social y personal optimista que considera que si el hombre trabaja en sí mismo traerá como consecuencia un beneficio para otra persona. Deberíamos tener más presente que el beneficio de una persona no significa el beneficio de otra solo por desearlo, enunciarlo o porque sea parte de nuestras buenas intenciones, sobre todo en contextos de desigualdad en los que el beneficio de uno se basa en anular el beneficio para la otra o el otro.

Coincidimos con Ema López cuando afirma que uno de los componentes de la responsabilidad es promover cambios, producir efectos en la realidad

social.[15] Nuestra idea de responsabilidad, entonces, no se separa de identificar las consecuencias que conlleva bajo la interrogante de «cambios para quién y para qué». Si nuestro escenario de análisis es la interacción, es allí donde hay que identificar rumbos posibles de transformación, y si estos tienen presente lo común o no. Sin dejar de lado que el componente singular personal es un aspecto de lo relacional, si la transformación buscada en la temática que nos interesa no se direcciona más allá de la ruta dirigida a sí mismo, estaremos siendo testigos o copartícipes de un acto performativo autocelebratorio del hombre, en el que la frase subyacente que abandere sería algo así como «yo estoy bien..., tú estarás bien».

Esta perspectiva individualista de la que hemos hablado es conservadora con rostro progresista, ya que, si bien aborda un tema que es importante incluir en el debate sobre la masculinidad, carece de un elemento clave: desde un enfoque igualitario de qué manera el componente emocional podría participar en desactivar algún mecanismo que genera subordinación. Que un hombre exprese sus emociones «reprimidas» no nos dice ni garantiza nada en realidad, ética y políticamente hablando; quizá sea recomendable para él como catarsis individual de un proceso para reconocer sus malestares.

Por ello es preciso discutir si este tipo de perspectivas permiten desafiar en algún sentido una dinámica de dominación basada en el género; enfoque que conduce a otro camino, al que nos hemos referido cuando se pone en juego la dimensión ética.

15. López, Ema, *Del sujeto a la agencia: un análisis psicosocial de la acción políti*ca [tesis doctoral], Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2005.

En nuestra opinión, esta corriente individualista que aborda la dimensión emocional de los hombres, y que ha impregnado el trabajo académico, comercial, institucional, en intervenciones directas con grupos de hombres, en organismos de la sociedad civil, en políticas públicas, en decisiones de organismos internacionales y más, genera una fuerte sospecha. Podríamos estar frente a la construcción de un *capital emocional conservador* al servicio de los mecanismos de desequilibrio del sistema, donde se conforma el paradigma de hombres «sensibles», expresivos, flexibles y emocionalmente acomodaticios, sin cambiar ni desafiar ninguna estructura de dominación. Para ellos, el conocimiento, expresión, control y manejo de las emociones emergen como un componente más de los recursos comunicativos individuales de un patriarcado renovado.

Nota para un posicionamiento para la acción

Finalmente, como cierre del tema con el que iniciamos este texto, nos preguntamos para qué o para quién es útil mantener la idea de la represión/expresión emocional, que, como hemos analizado, está ligada a una concepción individualista del cambio. Aquí sugerimos algunas respuestas:

- A quienes consideran que el bien común es una abstracción, un discurso, una visión romántica de convivencia. Cuando el trabajo personal y la autorrealización se posicionan como la principal vía de cambio y transformación.

- A quienes no consideran que lo que afecta al otro en algún plano te afecta o afectará también a ti.

- A quienes consideran que el mundo cambia con solo cambiar la manera de verlo, colmándose de ideas optimistas y positivas.

- A las ofertas comerciales que ya hemos mencionado: talleres, terapias, cursos y más sin perspectiva de género.

Cabe señalar que desde un plano social más amplio, la autorrealización, esta idea de que lo más importante es lo que tú hagas de ti mismo, se ha fortalecido en las últimas décadas, porque se ha posicionado como un bien psicológico de salud mental, cubierto además por un blindaje moral de que es lo bueno y correcto. Todo lo anterior conforma un panorama más difícil de desmontar porque el hecho de que trabajes en tu autorrealización se presenta como un deber de responsabilidad individual, que no solamente es sano mentalmente para ti, sino que es un compromiso moralmente bueno —contrasta con la visión ética que hemos planteado en este escrito, que plantea que tener en cuenta desde el principio a la/s otra/s persona/s es central en nuestra idea de transformación—, y justo allí es donde muchos hombres, algunos de ellos con deseos auténticos de cambiar, encuentran este tipo de herramientas psicológico-individualistas, que retoman para sí y que les otorgan la percepción y sensación de que están cambiando.

Entonces, ¿cómo favorecer el desarrollo de emociones éticas? Propongo, además de analizar los puntos anteriormente mencionados, tener en cuenta algunas condiciones que pueden favorecerlo:

1. No trabajar las emociones de manera aislada. Evitar abordarlas como un tema solitario dentro de una lista de emociones; por ejemplo, el hablar de la ira enmarcada, delimitada y separada de otras emociones,

agotar la discusión y luego pasar a otra, como la empatía, etc. También es recomendable no calificarlas rápidamente con etiquetas como emociones «positivas» o «negativas», «deseables», «indeseables», etcétera. Más bien, lo que consideramos importante es hablar acerca de experiencias de manera más abierta, y que desde este capital experiencial, sin etiquetar o juzgar apresuradamente sus componentes, se desvele cómo se presenta y maniobra la dimensión emocional entre las personas y los efectos que conlleva. Situaciones de vida cotidiana entre mujeres y hombres, en escenarios como el trabajo, el ocio, la familia, los cuidados, identificando y nombrando comportamientos, prácticas, sus contradicciones, sinergias, desequilibrios, reciprocidades y las variaciones de estados emocionales que se presentan.

2. Autonomía en espejo. Conversar y analizar trayectos de vida poniendo el acento en un aspecto concreto como la *autonomía,* pero en forma de espejo; es decir, identificar etapas en la vida de los hombres en contraste con las de las mujeres con las que el hombre convive (en rubros como familia, sexualidad, escuela, tiempo libre, pareja, cuidados, diversión, formación), cómo viven o han vivido esos procesos cada uno, cómo se ha limitado o favorecido la autonomía en ambos, en qué aspectos sí, en cuáles no, por qué; evidenciar deseos, frustraciones, alegrías, logros, emociones, contradicciones, renuncias, ilusiones.

3. Desde que se inició el debate formal acerca de la masculinidad, sobre todo a partir de la plataforma de Acción de Beijing, surgieron definiciones, frases, conceptos para nombrar e identificar grupos y perspectivas conceptuales que abordan el tema de la/s masculinidad/es, intentando mostrar sus ideas y métodos para compartir sus perspectivas sobre el

tema. Aquí sugerimos no incursionar enteramente en esa dinámica para etiquetar, ubicar o posicionar nuestra postura acerca de lo ético. Proponemos que, más que hablar de *nuevas masculinidades, nuevos hombres, hombres emocionales, hombres igualitarios, neopapás, hombres antipatriarcales, hombres profeministas, hombres antisexistas, masculinidades alternativas* y un largo etcétera, hay que hablar de escenarios y prácticas concretas en que los hombres interactúan y analizar lo que se juegan en ellos. Definir comportamientos, deseos, intenciones, intercambios, privilegios, ventajas, costos, consecuencias, desequilibrios, lo que nos acerca más a identificar cómo la afectividad maniobra como parte de las dinámicas de poder en las interacciones sociales. Y, desde ahí, evidenciar limitaciones y posibilidades reales para que se gesten emociones éticas.

Nueve claves para una posible, urgente y renovada comprensión de la intervención con hombres

Roberto Garda Salas

Roberto Garda Salas

Economista con Maestría en Sociología por la UNAM, doctorante en Teoría Crítica por el 17 Instituto de Estudios Críticos de la CDMX, y diplomatura en Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales por el Instituto de Altos Estudios Universitarios (IAEU) de España. Director de Hombres por la Equidad, A. C. (www.hombresporlaequidad.org). Tiene veintiocho años de experiencia en sensibilización sobre perspectiva de género y, de manera particular, sobre estrategias reeducativas para trabajar con hombres adultos y jóvenes desde un enfoque de deconstrucción de la masculinidad. Ha publicado quince libros, veinte manuales y diversos artículos y entrevistas nacionales e internacionales sobre estos temas. Academia.edu: https://independent.academia.edu/RobertoGarda

Feminismo, una invitación franca e incómoda a los hombres[1]

Invitación franca

El feminismo siempre ha sido un movimiento que se organiza para alcanzar sus objetivos. Esto les ha permitido a las mujeres el gradual ejercicio de sus derechos humanos, desde el sufragismo que luchaba por alcanzar el voto de las mujeres en el siglo XIX, pasando por el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos en los años setenta en el siglo XX, hasta el primer cuarto del siglo XXI, cuando se busca la equidad y vivir libres de violencia en todas las relaciones interpersonales que se establezcan en cualquier espacio privado o público. Los objetivos del feminismo importan, y mucho, porque responden a las necesidades no solo de ese grupo social, sino de un grupo que va más allá de las mujeres, como son las personas de la diversidad sexual, las niñas, niños y adolescentes, grupos afrodescendientes, indígenas y diversos grupos culturales, lo cual ha hecho que se hable de feminismos. Incluso han creado banderas relevantes para los hombres.

A estos últimos se les pide responsabilidad sobre sus actos y se les exige una sexualidad responsable y amorosa, una paternidad cuidadosa y

1. La problemática de los movimientos de hombres y diversas claves que se proponen se formularon gracias al apoyo de la Secretaría de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación (SECTEI) del Gobierno de la Ciudad de México en el proyecto Características de la Violencia de Género que los Hombres Ejercen contra las Mujeres en la Ciudad de México (Folio SECTEI/255/2019).

compartida, así como que detengan las conductas de abuso de poder en el trabajo (acoso sexual), la vida familiar (violencia de pareja) y, en general, en otros espacios sociales (como los espacios de esparcimiento, deportivos, el transporte público, la escuela, etc.). Se les pide parar desde las violencias más sutiles hasta los feminicidios.

En aquellos países donde la violencia se ha ido reduciendo gradualmente, la demanda del feminismo se ha ido focalizando en la desigualdad estructural. Esto es, las mujeres demandan mejores oportunidades para participar en la vida social, acceso a mejores puestos y salarios en el trabajo, y participar en la vida política del país presentándose a los puestos de elección popular. Asimismo, han pedido participar por igual en los ámbitos deportivos y diversos espacios sociales creados inicialmente para hombres.

La demanda de las mujeres a los hombres ha sido simple. Si los hombres cuidan a los demás, se cuidan. El que un hombre se involucre con los hijos e hijas pequeños y pequeñas también implica cuidar y construir su identidad como padre. Esta se construye al jugar, reír, llorar, preocuparse y convivir con sus hijos e hijas. Lo mismo ocurre con los hijos e hijas adolescentes: al cuidar y estar atento a su desarrollo escolar y a otras inquietudes, esto no solo genera en sus hijos una sensación de cobijo, abrazo y acompañamiento, sino que además a él le beneficia el vínculo, que es distinto a la idea de sujeto individual, racional y competitivo que la masculinidad exige.

Lo mismo ocurre con las demandas de igualdad para relacionarse con las mujeres. Cuando un hombre va a un taller de sexualidad y aprende por qué y cómo usar el condón (o cualquier otro método anticoncepti-

vo), y aprende a preguntar y escuchar las necesidades sexuales de la pareja, y comprende que los cuerpos de las mujeres no son objetos ni cosas, sino que ellas son personas que sienten, desean y aman, no solo revaloran a la otra persona; además redescubren sus propios cuerpos, su capacidad de ser con ellos mismos en intimidad, calidad y calidez, y con otros hombres. La coconstrucción del espacio con ellas lleva inevitablemente a una reconstrucción con ellos mismos, individual y grupalmente. El feminismo siempre ha creído que la revaloración del otro implica un florecimiento no solo de la relación, sino de cada uno. Si ellos revaloran a las mujeres, podrán hacerlo con ellos mismos y entre hombres.

De la misma manera pasa cuando los hombres aprenden herramientas para detener su violencia hacia las mujeres. Al aprender a autoobservarse y detectar pensamientos que puedan dañar a sus parejas, aprenden no solo la posibilidad de parar el abuso, ya que además esto les permite cambiar esas ideas hacia preguntas como «¿por qué pienso tan mal de ella?», «¿no se supone que es la mujer que amo?», «¿por qué pienso así?». Cuestionar las propias ideas de abuso pasa inevitablemente por mirarlas a ellas, imaginar el impacto de ideas destructivas dirigidas a ellas.

Lo mismo ocurre también cuando aprenden a identificar su enojo o frustración, y a redirigirlo no contra ellas, sino hacia una mejor comprensión de sí mismos por medio de preguntas como «¿por qué me enojo frecuentemente?», «¿por qué estoy a menudo tan profundamente frustrado?». Este es, además, el primer paso para comprenderse y sentirse «aliviados». Todo este proceso de redirigir

ideas o sentimientos que antes eran usados para atacar permite a los hombres entender por qué dan ciertas respuestas, y esto les permite revalorar no solo el vínculo con las mujeres, sino también con ellos mismos.

Invitación incómoda

Posiblemente lo que no han alcanzado a vislumbrar las mujeres feministas es el calado profundo de su invitación. No es distinto al que hicieron los movimientos afrodescendientes a las personas blancas en Estados Unidos durante la lucha antiesclavista del siglo XIX, y el realizado durante la lucha por los derechos civiles a mediados del siglo XX. Esa invitación se hizo de forma profundamente pacífica. Esta generó disonancia cognitiva y un sentimiento trastocador y movilizador en los grupos con poder. Pensemos en las personas blancas de aquellas épocas; mujeres y hombres comunes veían que se cuestionaba la forma habitual de hacer las cosas: era tan perfectamente normal exigir que personas afrodescendientes fueran sobreexplotadas en los plantíos en el sur de Estados Unidos como que las personas blancas y negras fueran separadas en el autobús, era común que los blancos mandaran y los afrodescendientes obedecieran.

No es distinto a lo que ocurre con muchos hombres ahora. Ellos miran a las mujeres que cuestionan por qué ellos ganan salarios más altos por el mismo trabajo que ellas, por qué ellos pueden transitar por esas calles y ellas no, por qué ellos pueden hacer o decir y ellas no, etc. Así como las personas afrodescendientes generaron en los

blancos malestar, inquietud e incluso miedo, las mujeres hacen lo propio en los hombres actualmente. Ambos grupos invitan, pero la recepción en el destinatario de esa invitación —que además no la pide ni la desea— siempre genera inquietud.

Lo que estos grupos han hecho es abrir la posibilidad de hacer las cosas de manera distinta, y eso es una experiencia muy fuerte y radical para los grupos que tienen poder. Porque el grupo que supuestamente carece de él les muestra que realmente sí lo tiene, y que hay otras formas de hacer las cosas sin que ellos demuestren esa superioridad de poder. No es raro que muchos blancos se hayan preguntado —y que aún se pregunten—: «¿Cómo es posible que ese negro desgraciado haya pensado eso?». Y además: «¿Por qué yo no lo pensé antes...? Ni siquiera lo imaginé...». Lo mismo le pasó al colonialista cuando vio en las Américas ciudades esplendorosas distintas a las suyas: «¿Cómo es posible que ese indio salvaje haya construido algo que ni siquiera yo pensé?». Lo mismo les ocurre a muchos hombres al interaccionar con mujeres que no obedecen a sus estereotipos machistas: «¿Cómo es posible que esta mujer hiciera eso que ni siquiera yo me atrevo a hacer?». Cuando el «otro» o la «otra» demuestran una distinta manera de hacer las cosas, se hace visible en primer lugar que todo poder es limitado e insuficiente y, en segundo lugar, que siempre hay poder en otras y otros, y esto último genera miedo en quien se pensaba omnipotente.

Esa sensación ocurre porque los grupos que dominan han aprendido que el poder se construye sobre la base de excluir y dominar a otros y otras. Y lo que los afrodescendientes les mostraron a los blancos,

lo mismo que las feministas a los hombres, era que el poder se puede construir incluyendo, no excluyendo. Esa posibilidad es inconcebible para muchos hombres y otros grupos: racistas, clasistas, adultocéntricos, colonialistas, etc.

Esa demostración de poder de la «otra» o del «otro» lleva inevitablemente a una revolución identitaria. Esto es, quienes tienen poder en un instante se dan cuenta de que «el salvaje no es tal...», «el negro no es tal...», «la bruja tampoco...». Y entonces, si «el negro», «el indio» y «la bruja» piensan y ejercen el poder de una forma que ellos no conocían —y que de hecho no existen más que en su imaginación de opresores—, es inevitable que se digan: «Yo, que domino; yo, que controlo y someto; yo, que tengo el poder, en realidad ni domino, ni controlo, ni someto, ni tengo el poder que creía...». Y ello ocasiona que la identidad de quienes han tenido históricamente un lugar jerárquico se vea borrada de la noche a la mañana. Con un pequeño gesto, el afrodescendiente o la feminista hacen que se esfume la jerarquía y obligan al «amo» a preguntarse: «¿Cuál es mi lugar?».

Esto es, quienes apoyan los derechos humanos desde los movimientos de los derechos civiles no pensaron que su invitación no solo los haría visibles a ellos, sino también que cuestionaría la existencia misma del sujeto «blanco» que construye ese lado violento de la civilización. Pasa lo mismo con el feminismo: ellas nunca pensaron que su invitación a los hombres fuera a cuestionar no solo el lado machista y patriarcal de la civilización, sino también al sujeto histórico que ha erigido esa cosmovisión y esas instituciones. Muchos hombres entran en crisis porque darse cuenta de que no son amos de nadie, dueños de nadie, de que no pueden controlar a nadie es algo que les

hace ver que no son superiores a nadie. Y ese vaciamiento identitario abre la posibilidad de respuestas imprevisibles de quienes se pensaban «superiores».

Porque la desidentificación de la mujer con la sumisión lleva a la desidentificación de los hombres con la opresión. Ellos comprenden que «la otra» no es tal, que es solo una invención de ellos sobre ella, pero que además es alguien común a ellos, que habla, siente, camina y vive igual que ellos. Ese redescubrimiento de ellas puede ser un encuentro profundamente gozoso para muchos varones: comprobar que ellas son lo que posiblemente ellos siempre creyeron pese a los chistes misóginos, a los comentarios sexistas de otros varones o al ejemplo violento del padre. El feminismo da a algunos hombres la posibilidad de comprobar lo que de alguna forma «ya sabían» sobre ellas. Pero para aquellos varones que realmente creían que ellas eran inferiores, y que pensaron que la única manera de estar con ellas era imponiéndoles, sometiéndolas y controlándolas, la invitación feminista se mira de forma no solo extraña, sino ofensiva. «¿Cómo un esclavo se dirige al amo como igual?», podrán pensar muchos hombres. Así, la invitación a la igualdad y al mutuo reconocimiento de la humanidad que hacen las feministas a los hombres puede ser tomada por estos como algo placentero y agradable, o como una desgracia y una afrenta. Al parecer, cada hombre toma de manera distinta la invitación, no por la forma de esta, sino por lo que para él significa «la otra» en la explicación de su supuesta «superioridad». Creo que desde aquí hay que comprender la reacción de cada hombre.

A continuación, veremos las reacciones de estos, y los aprendizajes que podemos extraer para la intervención con los varones en el trabajo que

llamamos de reeducación o coeducación. Ello con el fin de ofrecer a quienes desean trabajar con varones algunas claves que permitan desmontar esas creencias y prácticas de la supuesta superioridad.

Las respuestas conservadoras al feminismo y el fin de las ilusiones

En primer lugar, tenemos a los masculinistas de corte fascista y liberales. Con relación a los primeros, no pocos hombres han tomado la invitación del feminismo como una afrenta. Desde el sufragismo han existido grupos de hombres que han rechazado la igualdad con las mujeres. Así como hubo grupos de hombres que, desde la independencia de los Estados Unidos en el siglo XVIII hasta la guerra civil norteamericana, rechazaron la liberación de los esclavos, podemos decir que también hay hombres que proponen mantener la esclavitud de las mujeres en casa.

Antifeminismo y racismo usualmente han ido de la mano. A ello se suman el anticomunismo, la homofobia y las posturas antiecologistas y antiinmigrantes. Se odia a quienes por su color, género, ideología, orientación sexual u origen reivindican sus derechos. De alguna forma, en todos nuestros países se pueden hacer mapas de estos odios racistas, machistas, ideológicos y homofóbicos.

Los grupos que rechazan la invitación feminista lo hacen porque consideran que se quiere acabar con su poder, derivado no solo de su posición de género, la masculinidad, sino también de su condición de raza (la blanquitud), de clase (alta o media), de orientación sexual (hetero-

sexual) y estilos de vida que destruyen la naturaleza. Defienden poder hacer las cosas desde las identidades masculinas, blancas, burguesas, heterosexuales, etc. Para ellos la desigualdad es natural y está en algún aspecto de la biología humana (el pigmento de la piel, la testosterona o la simple posesión de dinero y bienes). Consideran que la debilidad de las mujeres es «normal» y «natural» y que la violencia que reciben de parte de ellos es «normal», pues ellas la provocan y ellos «no pueden controlarse». Ante los avances feministas, sostienen que habría que construir más lugares de poder de los hombres, como «el día del hombre», «los derechos de los padres», etc.

Estos grupos defienden la matriz occidental, blanca, colonial, burguesa, técnica y masculina. No hay negociación con las feministas, pero tampoco con los inmigrantes y las naciones pobres. Tampoco con los ecologistas, con las personas de la diversidad sexual y con ningún otro tipo de pensamiento que implique una renuncia a su poder. Estos grupos son cercanos a orientaciones políticas nazis, fascistas, de ultraderecha, y son proclives a la violencia, al uso de armas y al odio a todo aquel que los critique. Con relación al género son grupos que defienden la masculinidad como «una fuente de energía viril» que les da la fuerza para pelear y defender a la familia, los valores nacionalistas y, en general, los lugares de poder de los grupos de hombres y mujeres blancos.

Constituyen el primer grupo de lo que denominaremos como «masculinistas», que defienden esta identidad ante lo que interpretan como un intento de parte de las feministas, y de cualquier otro grupo social, de acabar con la masculinidad y con todo tipo de virilidad. Para ellos, el feminismo quiere domesticar a los hombres, así como reducirlos a la

feminidad y la emocionalidad. Consideran que ello les hará perder su «fuerza natural» y serán una «presa fácil» de las mujeres, de los inmigrantes, de las personas de la diversidad sexual, ecologistas, comunistas, afrodescendientes y, en general, de todos quienes desean tener su «estilo de vida». Ante ello, prefieren «cazar a ser cazados», por ello defienden el uso de las armas, la expresión de odio hacia otros grupos sociales en reuniones y marchas con alusión a símbolos neonazis.

La mayor preocupación por estos grupos se debe a su letalidad, su acceso al dinero y a las armas. Son soldados del patriarcado, del racismo, del adultocentrismo, de la blanquitud y del naturalismo sostenido en la supervivencia del más fuerte y apto. Son la defensa del mercado, del capitalismo neoliberal y de Occidente, que, por supuesto, es masculino.

En segundo lugar, tenemos a los masculinistas liberales; así como había grupos de hombres que se opusieron a las feministas en el siglo XIX, también estaban los que, si bien no se oponían a ellas explícitamente, sí mostraban preocupación por la posibilidad de que los hombres fueran menos masculinos con el avance o el cuidado de las mujeres. Les preocupaba el «exceso» de emocionalidad que pudieran recibir de ellas. Con estas ideas aparecen organizaciones como los Boy Scouts o el YMCA, uno de cuyos principios originarles era que los «muchachos» se mantuvieran «viriles» y las mujeres «femeninas». Así, de aquí nace la idea muy popular —y aún vigente— de colegios para hombres y para mujeres.

Si bien estos espacios han cambiado con el tiempo y han abierto sus puertas a las propuestas de los derechos civiles primero, y de la perspectiva de género después, la idea de mantener grupos exclusivos de

hombres sigue vigente. Considero que fue la segunda ola del feminismo la que incluyó a los hombres de forma fuerte en sus propuestas. La National Asociation of Women (NOW) impulsó en todo Estados Unidos grupos de conciencia de hombres[2] que procuraban sobre todo espacios de contención emocional donde los varones comprendían las demandas feministas, pero además ellos también identificaban sus propios malestares con los roles masculinos que el patriarcado les demandaba. Es bajo esta idea que surge el movimiento de liberación de los hombres.

En los años setenta el mecanismo de intervención fue a través de grupos de conciencia, pero a partir de los noventa y durante los primeros lustros del siglo XXI, son los talleres de masculinidades, y actualmente los círculos de hombres. En estos espacios se puede leer algo de feminismo, pero los hombres se reúnen no para alcanzar los objetivos feministas, sino para alcanzar sus nuevos objetivos, la creación de nuevas masculinidades surgidas de nuevos roles, dejando de lado los conflictos de género que las mujeres enfrentan con el patriarcado.

Primero, los masculinistas liberales han sustentado sus iniciativas en los textos del movimiento de liberación de los hombres, y después en las distintas producciones teóricas que han surgido derivadas de la propuesta de creación de masculinidades de Raewyn Connell. Esta autora propone su propia teoría de género, opuesta a la feminista, sustentada en el funcionalismo de Talcott Parsons y el dimorfismo sexual de Sigmund

2. Messner, Michael A., «The Limits of "The Male Sex Role": An Analysis of the Men's Liberation and Men's Rights Movements' Discourse», *Gender & Society*, 12(3), junio de 1998, págs. 255-276.

Freud.[3] Los hombres, a decir de Connell, deberían transitar, mediante las conductas que ejercen en la sociedad, de la masculinidad hegemónica a la feminidad, pasando por distintas masculinidades.

En el ámbito académico, estos estudios han anunciado —como la misma Connell lo señala[4]— que se han «descubierto» muchas masculinidades en diversos contextos en todos los continentes. Las y los investigadores que hacen trabajo de campo para entrevistar a hombres van en búsqueda de la masculinidad hegemónica y las nuevas masculinidades; no se espera comprender el sentido y el significado que los hombres dan a sus discursos, pero sí descubrir lo que la teoría dicta. Si un hombre entrevistado —o que haya asistido a un taller— señala que ha «cargado a su hijo» o que ha «hablado con su pareja», sin hacer referencia alguna a las supuestas masculinidades, para los investigadores o activistas esa es la evidencia de una «nueva masculinidad» o de que existen las «masculinidades».

Con base en esta teoría e investigaciones se ha construido una agenda en la que se focalizan los problemas de los hombres en cinco puntos:

3. Carrigan, Tim; Connell, Bob, y Lee, John, «Toward a New Sociology of Masculinity», *Theory and Society,* 14(5), septiembre de 1985, págs. 551-604; Connell, R. W., *Masculinidades,* México D. F., UNAM, 2003.

4. Connell, R. W., y Messerschmidt, James W., «Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept», *Gender & Society,* 19(6), diciembre de 2005, págs. 829-859; y Connell, Raewyn, «Contemporary challenges for studies of men and masculinities», en *Apertura de la diplomatura en masculinidades y cambio social* [vídeo], Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 2022. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=tic5YBMMRwI>.

1. Cuidado y expresión emocional.

2. Colaboración en el trabajo doméstico.

3. Involucramiento en su vida reproductiva a través del cuidado de hijos e hijas (paternidad).

4. Cuidado de la salud física y sexual.

5. Diálogo con la pareja ante los conflictos.

Se da por hecho que, a mayor trabajo doméstico, comunicación con la pareja y convivencia con los hijos e hijas, más disminuirá la violencia contra las mujeres —y la pareja—. Se da por hecho que con una mayor sensibilidad emocional los hombres pararán sus conductas de abuso y desigualdad contra ellas. Se excluye toda reflexión sobre el poder, y se centra en el cambio del rol de género y emocional. Particularmente, comprender el supuesto emocionalista es central para esta propuesta.

Bajo los argumentos de los «costos de la masculinidad» y el sufrimiento de los hombres, estos grupos ofrecen sus agendas a Gobiernos, empresas e instituciones educativas, y gradualmente los dispositivos de círculos de hombres y los talleres de los masculinistas se van imponiendo como un remedio para atender conflictos laborales con hombres trabajadores, atender la salud física y emocional de los hombres, y para enfrentar la violencia y el acoso sexual en las instituciones. Ahora ya no «se atiende un problema social», ahora «se vende una solución» y la comercialización de estos estudios es evidente.

Los masculinistas liberales se diferencian de los masculinistas de corte ultraconservador y fascista en que no se sustentan en un darwinismo social ni en el supremacismo blanco como aquellos, sino en la propuesta de Freud y Parsons que Connell elabora en *Masculinities.* Aquellos buscan la violencia explícita y el odio como sus recursos políticos y emocionales, estos la comercialización y la «buenitud» o actitud positiva a ultranza. Aquellos miran sus cuerpos como máquinas de guerra, estos como centros sagrados y objeto de cuidado y veneración mediante la mejora de la sexualidad y la espiritualidad masculina. Aquellos justifican hombres esencialmente malos, y estos unos esencialmente buenos. Los primeros buscan en sus estrategias de intervención mejorar la jerarquía y relación con y entre los hombres en oposición a las mujeres. Los segundos también, pero su discurso no es explícitamente misógino e incluso puede incluir mujeres que acepten la centralidad de lo espiritual masculino o lo espiritual femenino.

Pero ambos grupos masculinistas coinciden en que luchan por crear el tipo de hombre ideal para salvar al neoliberalismo en crisis. Ambos defienden una «esencia» igual que la Iglesia defiende una creencia en Dios. Algo más allá de lo humano ubicado en lo divino o en lo espiritual. Ambos tienen sus textos sagrados, sus hombres y mujeres «santos» e intocables, y sus rituales. Los primeros en *Mi lucha* de Hitler y otros tipos de textos de corte nazi, y los segundos en textos de publicación «científica», así como en algunos del feminismo liberal y en los libros de los arquetipos de la masculinidad y que hablan de las masculinidades.

Ambos intervienen en jóvenes en crisis. Los primeros aprovechan el enojo de los «cabezas rapadas» que buscan canalizar su enojo en el gru-

po fascista, y los segundos intervienen en hombres vulnerables que encuentran cobijo en el círculo de varones. Y una vez que ingresan, ambos piden obediencia a sus seguidores, cero cuestionamientos so pena de castigos y expulsión. Los primeros ignoran a las mujeres, los segundos las toman en cuenta por momentos, pero en ningún caso sus agendas son las feministas. Y solo así se explica una tercera opción para intervenir con los hombres.

Ahora bien, antes de formular una respuesta al feminismo desde una postura distinta a la fascista y a las de las masculinidades, tendríamos que preguntarnos: «¿Descartando el fascismo, por estar evidentemente a favor de la desigualdad, ¿es posible combinar metodologías de masculinidades con las de un enfoque crítico?». Siempre contesto que «no», y quisiera ofrecer varios motivos de por qué lo considero inviable.

El primer motivo consiste en tener claro que los objetivos de los estudios de las masculinidades son distintos a los objetivos de atender la violencia masculina. Para los autores de *La caja de la masculinidad,*[5] el objetivo es autocentrado en los hombres, y creo que una nueva opción debería atender lo que históricamente las mujeres nos han dicho que les daña de los hombres: la desigualdad construida por el patriarcado, y la violencia que los hombres ejercen hacia ellas no solo individualmente, sino como grupo social. Doy por hecho que es falso el supuesto de que al haber expresión emocional en los hombres disminuye la opresión hacia ellas.

5. Heilman, B.; Barker, G., y Harrison, A., *La caja de la masculinidad: un estudio sobre lo que significa ser hombre joven en Estados Unidos, el Reino Unido y México: hallazgos clave,* Washington D. C. y Londres, Promundo-US y Unilever, 2017.

El segundo motivo consiste en comprender que, si el trabajo con hombres no reflexiona sobre el poder, reproduce las mismas lógicas jerárquicas que deberían cambiar entre estos. Hablar del poder entre hombres en los grupos y del poder que se ejerce contra las mujeres es algo central en estas intervenciones.[6] Todas las metodologías que he creado siempre ponen énfasis en eso, y no en la experiencia emocional, que, si bien es importante, no es suficiente para parar la conducta de abuso.

Otro tercer motivo consiste en que se crea una competencia entre las agendas de las metodologías. Los hombres prefieren talleres temáticos sobre sexualidad, paternidad, salud, emociones, trabajo, etc., que reflexionar sobre sus conductas de abuso de poder. Por ello hay que mejorar la comunicación dirigida a ellos para que comprendan la importancia de hacer esto, y abandonen la idea de que los grupos de hombres son solo para agresores o para «hombres violentos» o «enfermos mentales». Son para cualquier hombre que ha llegado a abusar en un conflicto que no supo manejar, y considero que prácticamente to-

6. Para ver la experiencia del autor en la elaboración de programas, sugiero consultar la página: <https://independent.academia.edu/RobertoGarda>. Particularmente ahí se podrán encontrar los programas Hombres Renunciando a su Violencia, Caminando hacia la Equidad, programa implementado por la Secretaría de Salud de México para atender a mujeres víctimas de violencia y hombres agresores de pareja, y el Programa Nuevas Habilidades para los Hombres. Particularmente sugiero consultar el libro de este autor *Reeducar en México: retos de los programas de intervención con hombres para erradicar la violencia contra las mujeres y la cultura autoritaria*, México, Hombres por la Equidad, A. C., 2018, y el artículo «Características, motivos de asistencia y estrategias de trabajo con hombres que asisten a grupos de reflexión del programa Nuevas Habilidades para los Hombres de México», en Griselda Gutiérrez (coord.), *Políticas de la masculinidad: el poder y la violencia en la subjetividad de los varones*, México, UNAM, 2022.

dos los hombres hemos hecho eso, no por «ser malvados», sino porque la formación masculina nos ha inhabilitado para responder equitativamente ante algunos conflictos, especialmente los de género en que las mujeres muestran poder y el ejercicio de sus derechos. En los grupos de reflexión se aprende a identificar y parar las respuestas abusivas para ejercitar otras igualitarias y equitativas.

Otro motivo para no combinar metodologías es que, al hacerlo, tanto las psicólogas y psicólogos como los usuarios habitualmente sobredimensionan la vida emocional de los hombres, y con mucha facilidad ello deriva en su victimización.

Otro motivo es el método: hemos observado que o bien se realiza un diálogo y una mirada que permita comprender el ejercicio del poder de los hombres o, al contrario, se problematiza en la comprensión de la salud, la salud sexual y reproductiva, las emociones, el trabajo, etc. He observado que los estudios de las masculinidades incluyen el segundo aspecto, y evitan el primero, y con ello no solo se evita la reflexión sobre el poder y el abuso hacia las mujeres, sino además la posibilidad de aprender cómo ejercer un poder solidario, democrático y justo para las mujeres y los hombres. En este método partimos de la idea de que la igualdad y equidad con las mujeres se comprende profundamente cuando —y solo cuando— se entienden las experiencias de violencia e inequidad con ellas.

Finalmente, ¿por qué último motivo no hay que combinar metodologías de masculinidades con las de hombres que quieran parar sus conductas de violencia? Porque el sentido de responsabilidad es totalmente distinto.

En las masculinidades significa hacerse responsable de la vida emocional —aunque muchos masculinistas digan que no—, y en los grupos de hombres significa tener responsabilidad sobre el ejercicio de la violencia y las conductas de equidad. A ambos resultados se llega también por metodologías distintas: en el primero se identifica la masculinidad hegemónica como algo indeseable y se aprende que las nuevas masculinidades son la alternativa. En una opción crítica, si bien el análisis de la experiencia de abuso y desigualdad de género da las claves para comprender la igualdad y la equidad de género con las mujeres, ello apenas es el inicio de la construcción de las alternativas que el hombre requiere. En las masculinidades, el sujeto se subordina al método y el resultado ya está predicho. En la opción crítica, el usuario construye su método de cambio con elementos que el grupo y la facilitación le brindan, pero añade otros que obedecen a su experiencia concreta y su contexto. Entre las feministas que observan y acompañan el modelo de intervención, el programa, la pareja, el grupo y la experiencia de enfrentar múltiples conflictos derivados de las desigualdades de género, raza, edad, clase social, etc., que vive cotidianamente, cada usuario construye su método de cambio. No hay una sola respuesta a las desigualdades; son muchas, que cada sujeto construye con el apoyo de los grupos de hombres.

Así, para el enfoque de masculinidades, la responsabilidad es un acto de obediencia epistémica, pero para detener realmente las conductas de violencia consideramos que la responsabilidad debe surgir de una revisión de conciencia, y del deseo de construir un lugar ético sobre lo que se ha hecho y lo que se hará con las mujeres. Un acto de desobediencia epistémica de la masculinidad y las

otras formas de opresión. Actos apoyados por el grupo y la red de acompañamiento alrededor del programa. De esta forma, creemos que aceptar que no pueden combinarse las metodologías significa el fin de las ilusiones sobre la propuesta que actualmente predomina en el trabajo con hombres. Ello nos permite tener la disposición para conocer algo nuevo.

En resumen, sugiero no combinar ambas perspectivas porque:

1. Tienen objetivos opuestos.

2. Se hace invisible la reflexión sobre el poder, lo cual tiene como consecuencia jerarquizar la relación de quien coordina el grupo con los usuarios, y se evitan los temas de violencia contra las mujeres.

3. Se sobredimensiona lo emocional al intervenir.

4. Los facilitadores o facilitadoras dejan de cumplir con el rol de facilitar y recurren a los roles de sus formaciones profesionales.

5. Se deja la idea de la responsabilidad sobre el ejercicio de la violencia.

6. Las metodologías no tienen nada que ver una con otra, y llevan a nociones distintas de responsabilidad.

7. Los hombres no encuentran, ni en las terapias ni en las metodologías de masculinidades, resuelta su demanda de hablar sobre sus conductas de abuso de poder.

Nueve claves para el trabajo con hombres desde un enfoque feminista

Entonces, y especialmente pensando en compañeras que hacen políticas públicas para los hombres, en quienes las operan, y en las y los jóvenes que están comenzado en el trabajo con hombres, ¿en qué consiste una propuesta feminista y crítica para trabajar con hombres? Veamos algunas claves para su construcción. Esta propuesta surge de la experiencia aquí en México y en varios países de América de buscar y proponer algo distinto. Del diálogo con feministas, de construir diversos programas de intervención, y de acompañar a distintos grupos de hombres y a las y los facilitadores en el trabajo por detener la violencia masculina. Estas claves ya se dibujaban cuando abrimos y cerramos el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, A. C. (Coriac), y en el camino que hemos recorrido en Hombres por la Equidad, A. C.[7]

Primera clave

Consiste en cuestionar los estudios de las masculinidades. ¿Pero ello qué implica? Implica cuestionar también los textos y autores/as que usan ese

7. Para una mejor comprensión de la perspectiva que comenzaba a construirse al cierre de Coriac y el inicio de Hombres por la Equidad, A. C., sugiero que se revise la entrevista de Adriano Beiras a Roberto Garda en Toneli, Maria Juracy F.; Souza Lago, M. C. de; Beiras, A., y Assis Clímaco, D. de (eds.), *Atendimento a homens autores de violência contra mulheres: experiências latino americanas,* Ilha de Santa Catarina, Campus Universitário Trindade, UFSC/CFH/NUPPE, 2010; y para otras reflexiones sobre los programas de atención a hombres desde una perspectiva brasileña, ver Toneli, Maria Juracy F.; Beiras, Adriano, y Ried, Juliana, «Homens autores de violência contra mulheres: políticas públicas, desafios e intervenções possíveis na América Latina e Portugal», *Revista de Ciências Humanas,* Florianópolis, 51(1), 2017, págs. 174-193.

concepto, revisarlos con una postura crítica, sospechando los intereses que hay detrás y sus inconsistencias conceptuales. La lectura crítica puede darse con preguntas como «¿esto en qué contribuye a parar la violencia y la desigualdad contra las mujeres?», «¿esto cómo contribuye a disminuir la desigualdad estructural que la sustenta?». Cuestionar estos estudios implica, además, dejar de usar conceptos comunes como «masculinidades», «nuevas masculinidades», «privilegios», «costos de la masculinidad», «deconstrucción de la masculinidad hegemónica», «masculinidad hegemónica», «paternidad afectiva», «masculinidades diversas», etc., que han diluido la postura feminista y han construido una gran confusión. Y en un determinado momento puede implicar dejar de usarlos como parte del marco teórico para intervenir. En su lugar, habría que retomar conceptos como «poder», «patriarcado», «masculinidad», «violencia masculina», «hombres que ejercen violencia», «hombres que ejercen la equidad», etc., que centran la atención no en el malestar de los hombres, sino en la conducta de abuso de poder contra las mujeres.

También implica replantearse la asistencia a congresos, eventos, proyectos, investigaciones y, en general, a actividades que reproducen esas posturas. Ello se debe a que en estos se repiten una y otra vez los mismos conceptos en contextos distintos, pero además a que de nada sirve repetir rituales que perpetúan creencias y personajes que han posicionado una postura que en la práctica —más allá de los enunciados— no beneficia a las mujeres y tiene muchos aspectos antifeministas que son minimizados. Podrá uno buscar y encontrar en algunos textos aspectos relevantes que contribuyan en algo a parar la violencia contra las mujeres, pero alejarse del ritual —y de quienes lo impulsan— es importante porque obliga a desidentificarse con esta postura.

Segunda clave

Al final se trata de vivir el vacío. Ello obliga a decidir si se quiere estudiar y trabajar para beneficiar a los hombres o a las mujeres. No es real que hacerlo para los primeros beneficie automáticamente a las segundas. Cuando alguien decida trabajar por los objetivos y la atención a los problemas de las mujeres y el feminismo, será visto como interesante, pero peligroso; como confiable, pero con quien es mejor no colaborar. Uno comenzará a ser «el otro» para el grupo hegemónico. Uno será el desconocido y «extraño». En algunos casos, el «salvaje», y en otros, el «rarito». Esta es la misma experiencia que tuvieron las mujeres cuando comenzaron a pelear por sus derechos. Las feministas siempre han sido vistas como extrañas entre mujeres que incluso las critican; habitar ese lugar es importante para los hombres, es una forma de romper el pacto patriarcal.

Habitar el vacío no tiene solamente una dimensión emocional e individual, sino también una social y colectiva. En esa vivencia comienzan a abrirse y agudizarse los sentidos, y uno empieza a distinguir con claridad posturas dominantes de las que no lo son. Uno comienza a ver los intereses, y lo que ocurre cuando se decide no participar de ellos.

A esos tratos de extraño se suman muchas voces, textos, autores y autoras que le dirán a uno que el problema que hay que atender son los costos de la masculinidad, el problema emocional de los hombres, etc. Incluso podrá haber instituciones que le digan a uno que debe seguir impartiendo clases sobre masculinidades cuando uno está convencido que no es el camino. Si uno ya tomó distancia, no verá sentido a esas voces, pero si no, es posible que regrese a los financiamientos y a los rituales. Es común estar

en estas ambivalencias, y hay que tener claro que la decisión que uno tome tiene consecuencias personales y políticas que contribuyen a fortalecer al patriarcado o a derrumbarlo. ¿Es esto radical? Sí, pero necesario.

Cuestionar y revisar críticamente los estudios de las masculinidades genera un vacío intelectual, pero también uno profesional y monetario, y posiblemente un distanciamiento de personas que estimemos, pero son claves para una nueva postura. Todo ello está ligado a muchos sentimientos y experiencias en que se combinan recuerdos agradables —que tratarán de que uno permanezca igual— y recuerdos desagradables que explicarán por qué se tiene que dar la espalda a la perspectiva de las masculinidades.

Tercera clave

Habitar el duelo. Decidir dejar un enfoque y construir realmente una nueva postura implica entrar no solo en un profundo vacío y distanciamiento, sino también en un duelo, y esto es lo que deseo compartir con el lector o lectora, vivir el duelo desde el vacío.

El vacío lleva al duelo, y este lleva a llorar y enojarse por abandonar el anterior conocimiento. Duele soltar aquello a lo que uno se aferró, y en lo que creyó. Duele lo que no debió haber sido nunca y las oportunidades perdidas. Como en los grandes amores, afectos, cariños y pasiones: el dolor detiene todo, y desvanece todo. Y cuando desde ahí se mira la realidad y se comprende que lo que uno ha hecho no solo no mejora, sino que empeora la vida de quien

realmente lo necesita, entonces debería haber un cuestionamiento personal, una autoconfrontación para construir un compromiso ético. Creo que es ahí donde podría surgir un llamado muy profundo de conciencia. El llamado es a tomar una decisión que muchos piensan que nadie pide o necesita, pero que coincide con los deseos de muchas mujeres que nos ven como lejanos, cuando en muchos casos somos sus problemas. Un llamado que importa más de lo que se cree, un urgente compromiso ético que solo surge cuando se decide ir a habitar la pérdida y con el inevitable dolor.

Cuarta clave

Lo ético tiene que ver con lo nuevo. Para construir lo nuevo considero que cuatro son los aspectos que habría que tener en cuenta. El primero se relaciona con el nuevo lugar emocional para emprender un nuevo esfuerzo intelectual. Con relación a esto habría que recordar el discurso de Sócrates antes de ser condenado a muerte.[8] En él señala que la sabiduría consiste en reconocer no que se sabe lo conocido o lo desconocido, sino que se ignora todo lo que se ignora. Esa es la idea central de vaciar: la inmensa ignorancia de lo que se ignora, que siempre será mayor que lo que se sabe. Colocarse en esa ausencia de saber, aceptar la propia ignorancia, genera la disposición a relacionarse y vivir con la incertidumbre.[9] Aquí po-

8. Platón, *Apología de Sócrates,* Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2014.

9. Morin, Edgar, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro,* París, Santillana-Unesco, 1999.

demos hablar de incertidumbre epistemológica, que se ha generado por los estudios de las masculinidades, pues hasta cierto punto han contribuido a una mayor ignorancia sobre los hombres que a un conocimiento certero sobre ellos. Nos han dado aproximaciones, pero son más sus desatinos que sus atinos. Paradójicamente, deberíamos agradecerlo, pues está todo por conocerse. Para la intervención, este aspecto es importante porque nos acercamos más desde la ignorancia sobre los hombres que desde las certidumbres.

El segundo aspecto es precisamente ese lugar que construye una ontología en el sujeto que pretende trabajar con hombres. El sujeto que es importante habitar es el que reconoce que frente a las conductas de violencia propias y de otros hombres tiene más dudas que certezas. Ello permite estar más próximo a la experiencia del malestar que a la del bienestar, estar más en la incompletitud que en la completitud, y más desde lo errático y vulnerable que desde la certeza. A estar más desde la sospecha y la crítica que desde la verdad y la obediencia ciega. Ello lleva a la desidentificación del «sujeto racional» que hace ciencia o del «maestro educador» que enseña, y esto permite fortalecer al sujeto que duda más, investiga más, pregunta más y desde ese lugar facilita.

Quién facilita grupos de reflexión es importante. Sugiero que haya pasado por un proceso similar al que arriba comento: vivir el fin de las ilusiones, habitar el vacío, pasar por el duelo y abrirse a lo nuevo. Que tenga la mirada autocrítica sobre su ejercicio del poder, y en especial sobre el ejercicio de su violencia, y que habitualmente ejercite su uso igualitario con la pareja y las mujeres. Que tenga la

capacidad de hacer equipo con feministas, quienes a su vez tendrán usualmente una actitud amable, pero crítica. Que sepa convocar a los hombres, pero sin menoscabo de una actitud crítica y confrontativa. Que sepa cuándo apoya y debe permanecer, y cuándo obstaculiza y debe retirarse. Deben ser facilitadores hombres o mujeres que comprenden los problemas de los hombres, pero con un claro compromiso con el objetivo feminista de parar la violencia contra ellas y derrumbar el patriarcado.

El tercer aspecto lo constituye ese mismo vacío que lleva a la búsqueda de nuevos textos y autores. Por supuesto, habría que revisar nuevamente investigaciones de los estudios de las masculinidades, pero con desapego emocional, ideológico y monetario, partiendo de un nuevo espíritu científico que siempre es crítico. También sugiero leer y releer al feminismo desde un renovado compromiso, aprendiendo y valorando sus críticas, identificando sus objetivos y en qué podemos sumar nosotros como hombres para alcanzarlos. A esto añado la importancia de revisar textos de filosofía, literatura, antropología, sociología, metodología, economía, etc., con el espíritu de comprender la condición genérica de los hombres desde un enfoque de género feminista.[10] Hacerlo desde las posibilidades de identificar lo establecido, deconstruirlo y reconstruirlo en lo nuevo. Tal y como lo hacen las feministas subvirtiendo la realidad.

10. Para comprender este enfoque sugiero Huerta Rojas, Fernando, «Los escenarios de la violencia masculina: un enfoque crítico desde la antropología feminista», en Griselda Gutiérrez (coord.), *Políticas de la masculinidad: el poder y la violencia en la subjetividad de los varones,* México, UNAM, 2022.

Esto nos lleva al cuarto aspecto: debemos tener en cuenta que, al hacer estas nuevas lecturas, uno puede encontrar que muchos hombres han luchado por la justicia social. Y que lo han hecho peleando junto con o apoyando a otros grupos sociales que han luchado por la igualdad, sus derechos y una mejor convivencia. Identificar a estos hombres comprometidos es importante para construir una nueva postura. Podemos llamarlos «hombres que se comprometen», que al sumarse a otros grupos dan un ejemplo de compromiso ético. Aspiremos a identificarnos con ellos y su actitud desinteresada de sumar a los objetivos de otras personas sin recibir un beneficio, incluso en algunos casos en contra de sus propios intereses. Esto es, busquemos reconocer hombres cercanos a nosotros, de nuestra familia, comunidad y sociedad, no solo intelectuales; varones cercanos o lejanos, encubiertos y silenciosos, que apuestan a ser solidarios con quienes se ven sometidos por algún grupo. En la intervención, este espíritu es claro: se interviene con hombres para el beneficio de las mujeres. Sabemos que él se va a sentir mejor, pero es por ella; los objetivos feministas que se realizan en el trabajo con él son para que pueda relacionarse mejor con ellas, y ellas puedan ejercer sus derechos sin los obstáculos que usualmente él les pone.

Quinta clave

Se refiere a la revisión que es necesario hacer de los programas de intervención que atienden a hombres que ejercen violencia. El objetivo de estos programas se centra en apoyar a los hombres para que detengan

su ejercicio de violencia contra las mujeres. Si bien pueden abordar en sus sesiones otros temas, como paternidad, sexualidad, vida emocional, salud, etc., el objetivo central debería ser reflexionar sobre los diversos aspectos que hay alrededor de las conductas de violencia y las formas en las que construyen la desigualdad. Esta comprensión permite a su vez identificar cómo se ejerce la equidad desde los hombres, y qué requieren estos para ejercerla. La idea es que solo comprendiendo la opresión y la desigualdad con las mujeres se puede comprender realmente qué es la igualdad y la equidad.

Se coeduca para comprender el enojo y no traducirlo en abuso. Para identificar y parar ideas y conductas opresivas y construirlas en igualitarias. Se busca identificar los mandatos sociales que justifican el control de la pareja, y construir un nuevo lugar ético en la sociedad. Para identificar cuándo y cómo la desigualdad de género conlleva abuso clasista, racista, adultocéntrico, homofóbico, etc. Así, en la intervención buscamos un cambio individual junto con uno estructural que se retroalimentan y que en todo momento son relacionales, pues se piensa siempre en las implicaciones para las mujeres y las parejas.

Los programas tendrían que mejorar en sus estrategias de acompañamiento a los hombres para identificar por qué y cuándo desertan. También habría que mejorar las estrategias de evaluación con la construcción de indicadores cuantitativos, cualitativos e índices de cambio. Pero sobre todo debería evitarse evaluar exclusivamente desde una epistemología cuantitativa procesos que tienen aspectos cualitativos. Esto último se ha hecho porque se han sobredimensionado la perspectiva cuantitativa y el

enfoque positivista en las evaluaciones.[11] Considero que esto último es un error porque pone énfasis en el dato y el número, cuando estos programas se mueven en un saber cualitativo, comprensivo y complejo.

Finalmente, insisto en un aspecto: hay que quitar el estigma de que estos programas son solo para «agresores», y difundirlos como opciones ante momentos en que algunos hombres identifiquen que han abusado, o cuando alguien los señala y les indica que lo hacen. Esto generaría el hábito de hablar y dialogar cuando se abusó del poder, y de poner este en el centro de la reflexión. Este hábito en grupos y espacios reflexivos en las comunidades, centros de trabajo, escuelas, prisiones, etc., podría generar un amplio proceso reflexivo sobre el ejercicio del poder no solo cuando se abusó, sino cuando este puede ser usado para construir la igualdad.

Sexta clave

Implica escuchar el impacto de este trabajo, posicionamiento crítico y programas en las mujeres. No queremos grupos cerrados solo de hombres. Tampoco procesos de intervención autocentrados en los intereses de estos. Cada grupo debería abrirse a las mujeres, establecer contacto

11. Baum, Frances, «Researching public health: Behind the qualitative-quantitative methodological debate», *Social Science & Medicine,* 40(4), febrero de 1995, págs. 459-468; Eckhardt, Christopher I.; Murphy, Christopher; Black, Danielle, y Suhr, Laura, «Intervention Programs for Perpetrators of Intimate Partner Violence: Conclusions from a Clinical Research Perspective», *Public Health Reports,* 121(4), 2006, págs. 369-381; Morrison, P. K.; Hawker, L.; Cluss, P. A., *et al.*, «The Challenges of Working With Men Who Perpetrate Partner Violence: Perspectives and Observations of Experts Who Work With Batterer Intervention Programs», *Journal of Interpersonal Violence,* 36(7-8), 2018.

con las parejas de los hombres y escuchar su vivencia mientras sus parejas asisten al grupo. También es importante acercarse a mujeres feministas que atiendan la violencia hacia las mujeres. Abrir las metodologías a ellas, compartir con ellas el manual y los contenidos y evaluaciones de lo que trabajamos. El espíritu es crear programas seguros para ellas, sabiendo que, si no compartimos, seguramente nuestro programa y la intervención derivarán en algo androcéntrico que acabará por reproducir lo que deseamos evitar: la alianza masculina «sensible y buena onda» con las mujeres y el feminismo. Y eso ya lo hacen las masculinidades.

Séptima clave

Consiste en reconocer que la investigación es importante, y que la sistematización y construcción de programas y procesos de acompañamiento y evaluación son centrales para tener claro si los programas que creamos alcanzan los objetivos que deseamos. En este sentido, hay que reconocer que cada grupo de reflexión es un espacio de generación de conocimiento sobre los hombres y sus experiencias con las mujeres. No se aspira a que un solo marco teórico y un solo tipo de programa de intervención sirva a todos los hombres. Ninguno detendría todas las conductas de violencia porque estas conductas son complejas en cada sujeto e individuo. Por tanto, aspiraríamos a que los usuarios asistan a alguno y vean parcialmente cubiertas sus necesidades para parar algunos tipos de abuso, y que en otros grupos y en otros momentos de su vida adquieran más herramientas que les permitan ver otros aspectos del ejercicio de su poder que no habrían visto en otros programas. De esta forma, el Estado o los Gobiernos se harían responsables de abrir y difundir a los hombres una oferta de

programas que tienen por objetivo disminuir la violencia de género. Estos programas pueden caminar de la mano con intervenciones individuales o grupales terapéuticas en las que se profundice de forma profesional sobre la vida emocional de los hombres. Así como con otras actividades que los hombres pueden realizar que van más allá del trabajo sobre la violencia contra las mujeres, pero que les permiten una vida más satisfactoria y plena: hacer deporte, practicar alguna actividad artística, desempeñar algún oficio, realizar actividades con su pareja o hijas e hijos; y esto es posible porque los hombres se dan cuenta de que pueden hacerlo, y hacen visible esta posibilidad gracias a que reflexionan sobre el poder.

Octava clave

Una mejor comprensión de la deconstrucción personal. Considero que es importante tener en cuenta que este proceso que deben recorrer quienes deseen sumarse a un nuevo paradigma es el mismo proceso de desidentificación, deconstrucción y reconstrucción que también viven los usuarios cuando efectivamente van a grupos de reflexión o revisan otras metodologías para parar su ejercicio de la violencia y detener la desigualdad con las mujeres. Significa dejar lugares, amigos y rutinas que de alguna manera eran parte de relaciones de desigualdad en un sentido amplio. No solo se trata de dejar ideas, maneras de expresarse o formas de pensar para detener conductas de abuso.

Los hombres que realmente se deconstruyen no lo conceptualizan, lo hacen y sienten, lo viven, es una experiencia vital profunda en la

que el grupo solo da algunos elementos, pero la amplitud del cambio proviene de las decisiones que toman diariamente sobre sí mismos, sus relaciones familiares, las relaciones con las mujeres, otros hombres y su trabajo, por comentar algunos aspectos. De hecho, si lo pensaran, tal vez lo verían «muy difícil» o «imposible», y seguramente no lo harían. Así, la decisión profunda de dejar de abusar implica un cambio amplio por el que se abandonan contextos que justifican el abuso, así como sus prácticas. Es un cambio profundo de subjetividad, de amplia comprensión, y si quienes facilitan el proceso de intervención no lo han vivido, es difícil que lo comprendan y, por tanto, que lo transmitan.

Novena clave

Las políticas públicas dirigidas a hombres deberían hacerlo con enfoque de género feminista, no desde las masculinidades.[12] Para ello hay que renombrar el campo de trabajo con hombres y sus procesos de intervención. Pasar de hablar de «círculo de hombres», «grupos de masculinidades», «taller

12. Para conocer las propuestas del autor a las políticas públicas con enfoque de género dirigidas a hombres puede consultarse: Garda, Roberto, *Decidir, qué decidir,* México, Vivir Mejor, Indesol, Sedesol, Gobierno Federal de México y Hombres por la Equidad, 2010. También los artículos «Experiencia de trabajo con varones como una estrategia de prevención de la violencia – Caso Hombres por la Equidad, México», en *Masculinidad y políticas públicas: varones en la prevención de la violencia de género,* Perú, MIMP, 2013. Además, se sugiere: Garda, Roberto, «¿Incluir a los hombres en las políticas públicas con perspectivas de género? Por una propuesta menos liberal y más feminista y radical», presentado en el Congreso Iberoamericano de Masculinidades y Equidad; Investigación y Activismo, Barcelona, 7 y 8 de octubre de 2011. Y, finalmente, Garda, Roberto, «Estudios de las masculinidades: esperanza y temor», en *Defensor, Masculinidades por la Igualdad de Género,* 3, marzo de 2014, págs. 23-31.

de masculinidades» o «políticas públicas con enfoque de masculinidades» a «trabajo con hombres con enfoque de género», «trabajar con hombres desde el feminismo», «talleres sobre desigualdad para hombres», «pláticas para dejar el patriarcado», «grupos de coeducación para no ser parte de la desigualdad», «grupos reflexivos para parar mi abuso», «políticas para fomentar la equidad de hombres con las mujeres» o «políticas con enfoque feminista para hombres». Los presupuestos dirigidos a hombres vienen en la mayoría de los casos como «masculinidades». Sugiero retomarlos, pero dar contenidos con enfoque de género feminista. La idea es volver tanto funcional para el feminismo y sus objetivos como ético el uso de estos recursos.

No puede beneficiarse a los hombres a costa de un estancamiento o el deterioro de la vida de las mujeres. Habría que construir objetivos, indicadores e índices que al plantear políticas públicas con la postura de género y desarrollo tomaran en cuenta que lo que se haga con hombres no puede perjudicar a las mujeres. Este aspecto es perfectamente medible tanto en lo que se haga desde las masculinidades como desde el enfoque crítico que atienda la desigualdad y la violencia contra las mujeres. Asimismo, es perfectamente medible construir objetivos y mediciones que nos digan cuánto contribuye una política a derrumbar el orden patriarcal o a fortalecerlo.

Habría que estar muy atentos a iniciativas de los grupos de masculinidades que pretenden cambiar el enfoque con el cual se hacen políticas públicas dirigidas a hombres. Hay quienes señalan que se debe dejar de usar «enfoque de género» para comenzar a usar «enfoque de las masculinidades». Otro aspecto al cual habría que atender son las iniciativas que pretenden crear «leyes de masculinidades o de las nuevas mascu-

linidades» o usar las legislaciones que abordan la violencia contra las mujeres para dejar el «enfoque de las masculinidades positivas» como la única opción para atender a hombres que ejercen violencia. Hay postulados que dan por supuesto que atender el malestar de los hombres (como han sostenido los movimientos de liberación de los hombres desde los años setenta) garantiza disminuir la violencia hacia las mujeres, lo cual —desde nuestro punto de vista— no solo es falso, sino que además desarticula la posibilidad de trabajar con hombres desde un enfoque de género feminista y crítico.

Existen otras propuestas en este último sentido, que al fomentar las nuevas masculinidades para la igualdad de género caen en el mismo error de minimizar el objetivo de eliminar la violencia contra las mujeres y repiten la agenda de la salud sexual, el trabajo doméstico, la paternidad y la expresión de sentimientos, cometiendo el mismo error que hemos señalado: se piensa que a mayor expresión emocional de los hombres, más disminuye la violencia que ejercen contra las mujeres. No toman en cuenta que nunca se abordó —ni se desmontó— el ejercicio del poder con el cual se abusa de las mujeres y, por ende, los supuestos cambios de los hombres emocionales, en el hogar o en la relación de pareja, podrían adscribirse fácilmente a la fase de luna de miel en un conflicto severo con la pareja, lo que significa que refuerzan el ciclo de violencia, en lugar de romperlo.

Finalmente, creo importante abrir cada vez más espacios de atención a hombres —con enfoque de género feminista y crítico— para que detengan el ejercicio de su violencia. Lo más habitual en América

Latina es que se abran espacios de salud mental bajo la idea de que atender la vida emocional lleva a disminuir la conducta de violencia y las prácticas de desigualdad.

Muchos grupos de reflexión con enfoque feminista acaban convirtiéndose en espacios de terapia psicológica, psiquiátrica o dejan de ofrecer el servicio a los hombres. O también en talleres de sensibilización de masculinidades o cursos de paternidad. No hay una política estatal en la región que mantenga una postura firme de apoyo a espacios con un enfoque de género feminista y crítico que se ocupen de la violencia ejercida por los hombres hacia sus parejas y las mujeres.

En otros países se atiende a «agresores» en espacios carcelarios bajo el erróneo supuesto de que solo ellos requieren este tipo de atención. Sería importante abandonar esos enfoques punitivos, salubristas y psicologistas en la intervención. Creo que urge retomar el problema como uno educativo, cultural y social, donde la coeducación —o reeducación— se revalore en la educación integral dirigida a todos los hombres desde la infancia hasta su vejez.

Conclusiones

Es importante saber a qué nos referimos cuando se trata de «trabajar con hombres». Ya hay una historia que es necesario conocer no solo como dato curioso, sino para identificar por qué hay trabajos con los varones que sí ponen en riesgo a las mujeres, y hay otros que no. Clarificar cada uno es muy importante. Y esta lectura hay que hacerla desde

una claridad teórica para saber qué buscar y mirar, y desde un compromiso ético con la igualdad.

Considero que estas claves pueden orientar la creación de un nuevo lugar para pensar la intervención con hombres. Deseo que quienes llevan mucho tiempo trabajando con ellos vean estas reflexiones como una invitación a construir un nuevo espíritu crítico. Y que quienes se van iniciando en el trabajo de intervención lean estas líneas como una guía para contribuir a una nueva manera de pensar la intervención con hombres desde un enfoque de género feminista. La idea es coadyuvar.

Para las instituciones públicas que implementen programas o estrategias de intervención con varones que abusan y que pretenden que estos sean aliados en la equidad con las mujeres, este artículo ofrece ideas para que miren la intervención como algo con implicaciones directas en las mujeres, y para que estén atentas a los efectos no deseables de reproducir trabajo con varones centrados solo en estos y en su vida emocional.

Reenfocar la coeducación con alumnos: educar para exigir un pacto entre iguales

Miguel Ángel Arconada Melero

Miguel Ángel Arconada Melero

Licenciado en Filología Hispánica, es catedrático de Literatura en el Instituto Jorge Manrique (Palencia). Formó parte del equipo del programa de Coeducación a SKOLAE (Navarra), una iniciativa que recibió el premio UNESCO de Educación de las Niñas y las Mujeres en 2019. Ha desarrollado proyectos de formación de profesorado y grupos sociales en España, Portugal, Bolivia y Perú, centrándose en la prevención educativa de la violencia de género, la coeducación y la corresponsabilidad, así como la promoción de masculinidades igualitarias. Es autor, entre otras publicaciones, de *Convivir en igualdad: prevención de la violencia masculina hacia las mujeres en todas las etapas educativas*.

Tras cuatro décadas de experiencias coeducadoras, la realidad es que los Planes de Igualdad de Centro aún no suelen tener objetivos específicos sobre la promoción de masculinidades igualitarias, ni integran actividades concretas sobre masculinidades en cambio, ni potencian espacios seguros para masculinidades disidentes de la hegemónica, ni proponen metodologías para el abordaje diferenciado de algunos temas en grupos unisexuales (siempre con retorno al gran grupo mixto), ni los centros presentan suficientes imágenes en sus pasillos y aulas para ilustrar otras masculinidades igualitarias posibles... Es más, en ocasiones algunas líneas de actuación pretendidamente coeducadoras potencian la integración en las subjetividades masculinas de características identitarias ajenas al compromiso contra las desigualdades de género.

Social e institucionalmente, las autodenominadas *nuevas masculinidades* han logrado un prestigio absolutamente inmerecido desde una perspectiva de género, pues su relación con la igualdad es, en ocasiones, tangencial y, en otras, intencionadamente paralela. A la hora de potenciar el trabajo coeducador específico con los alumnos varones, debemos manejar con rigor la diferencia entre nuevas masculinidades y masculinidades comprometidas con la igualdad. Estas últimas deben ser trabajadas de forma planificada y progresiva, para lo que ya existen propuestas metodológicas y materiales didácticos. No hacerlo desenfocaría la coeducación e hiperresponsabilizaría de nuevo a las alumnas, a las que incluso se asigna la tutela del proceso de concienciación igualitaria de sus compañeros, como tantas mujeres adultas han tenido que asumir con los suyos.

Por su parte, en el profesorado no precisamos docentes con nuevas masculinidades superficialmente igualitarias, sino masculinidades comprometidas ética, íntima y profesionalmente con la coeducación.

Queda mucho por hacer, pero el intento de trabajar específicamente con los alumnos recibe no pocas críticas incluso antes de empezar a ser implementado. Un potente rearme del orden patriarcal cuestiona y desprecia cualquier cambio en la identidad masculina y en la supremacía jerárquica que se autoasigna. Se trata de una situación de excesivo riesgo que nos exige corregir el retraso del trabajo con alumnos y acertar en el enfoque: potenciar masculinidades en las que se inserte la autoexigencia de pactar buenos tratos con una igual.

Necesidad de un foco coeducador para promover masculinidades comprometidas con la igualdad

Tras décadas de intentos de convertir la escuela mixta en un espacio realmente coeducador, el balance no solo tiene sus luces y sus sombras, sino que aparecen nubarrones en el horizonte. Seguramente se han desarrollado magníficos ejemplos individuales (o de pequeños grupos) de actuación coeducadora, pero han faltado realmente Planes de Igualdad de Centro,[1] globalmente proyectados, conceptualmente progresivos, coordinados en su ejecución y evaluados por su impacto. Se ha trabajado mucho y bien en el

1. La terminología de esos planes ha sido diversa dependiendo de las comunidades autónomas: *planes de igualdad, planes de mejora de la coeducación, planes de mejora de la identidad coeducadora de centro...* Los problemas de diseño, ejecución, evaluación y respaldo institucional intermitente han sido iguales en todos los territorios.

fomento de la igualdad de oportunidades y en la prevención de las violencias de género en todas las etapas educativas, pero también es cierto que algunos centros solo dedican un acto testimonial a ese problema, con la idea, además, de que están abordándolo de forma suficiente.

Entendida la coeducación como una actuación planificada para que el alumnado reciba formación para ejercer su derecho a la igualdad, en lo público y en lo privado, es posible que ciertas actuaciones hayan perdido fuerza en los últimos años por el pernicioso masaje del *espejismo de la igualdad,* y que otras se hayan enfocado prioritariamente en la igualdad de oportunidades, descuidando que sin igualdad de responsabilidades aquella es una entelequia. En ocasiones, docentes con larga trayectoria coeducadora afirman que se ha logrado más capacidad crítica con respecto a las desigualdades que visibilidad del horizonte igualitario posible al que queremos llegar. Ello nos anima a multiplicar los esfuerzos para alimentar con ejemplos concretos un imaginario de relaciones interpersonales y de estructuras sociales en igualdad, así como de identidades femeninas y masculinas diversas pero igualitarias.

En la última década no solo ha aparecido la impugnación de la igualdad desde algunos sectores, cada vez con mayor altavoz, sino prácticas de autocensura en parte del personal docente. La realidad entra en nuestras aulas en dosis de treinta personitas cada mañana. Con ellas y ellos, recientemente han desembarcado en nuestros centros —aún escasamente coeducadores— no pocas reacciones contrarias a nuestro trabajo en favor del derecho del alumnado a vivir en igualdad y a recibir formación para ello. Ya están en nuestras aulas las acusaciones de ideología de género y, desde hace un par de cursos, incluso empezamos a encontrar

alumnos varones que se niegan a participar en actividades coeducadoras o en actos conmemorativos el 25 de noviembre. Impugnan su contenido o apelan al cansancio o hartazgo de oír siempre lo mismo: presuntamente, un mensaje que los culpabiliza de la desigualdad y de la violencia.

Este hecho nos hace evidenciar aún más un problema: el retraso con el que se ha abordado el trabajo específico con los alumnos y cómo este recibe no pocas críticas incluso antes de ser implementado. Más que nunca es necesario incorporar en los Planes de Igualdad de Centro líneas de actuación coeducadoras específicas para la construcción de masculinidades críticas con el machismo y las violencias sexistas, y comprometidas con la igualdad.

La coeducación parte de la idea de la construcción cultural del género, de forma que será importante fundamentar una descripción teórica de la masculinidad hegemónica y sus efectos sobre las mujeres y sobre otras masculinidades disidentes. Desde la confianza de que no nacemos machistas, sino que llegamos a serlo, planteamos la posibilidad de un compromiso ético desde el que aprender conceptos, actitudes y destrezas igualitarias que impregnen identidades masculinas diversas, pero comprometidas con la igualdad y corresponsables frente a las desigualdades.

Sabemos que cuanto menos machismo somos capaces de reconocer, más suele ser nuestro machismo real y más difícil actuar sobre él; por el contrario, cuanto más machistas nos reconocemos, menos suele ser nuestro machismo cotidiano y más fácil es actuar sobre él. La coeducación debe brindar a los alumnos esa oportunidad de aprendizaje y desaprendizaje.

Para ello, son necesarios más varones docentes, pero con un perfil determinado para ser verdaderos coeducadores. Recibida la *llamada de la igualdad,* algún recién llegado «sobradamente preparado» *(sic)* y encantado de conocerse como (presunto) ejemplo igualitario es capaz de reclamar el liderazgo de un Plan de Igualdad de Centro. Aunque se disfracen de nuevos hombres, sobran docentes de este tipo. Necesitamos hombres realmente formados en género y en autocuestionamiento masculino; docentes sabedores de su inexcusable responsabilidad coeducadora y especialmente implicados en el trabajo (también) con chicos; capaces de planificar colaborativamente con compañeras coeducadoras, sin protagonismo y con complicidad; corresponsables en lo privado y permanentemente autocríticos con su proceso de deconstrucción.

El muy limitado cambio social de los hombres adultos hace advertir que las insuficiencias y distorsiones de este deben ser tenidas en cuenta a la hora de diseñar el foco real de actuación con los alumnos. Frente al escenario de la *guerra de los sexos* como espacio supuestamente inevitable de confrontación y distanciamiento entre mujeres y hombres, defendemos la coeducación como un espacio donde sumar nuevas generaciones a un trabajo común, cómplice y solidario de unas y otros para hacer avanzar el proyecto de equidad. El objetivo no son solo mínimos cambios periféricos, sino una reformulación de las identidades masculinas para que se construyan libres de los mandatos de la masculinidad hegemónica y, sobre todo, ocupadas en renunciar a los privilegios heredados y en diálogo con la agenda feminista.

Desbrozado lo que en algunas nuevas masculinidades es postureo verborreico, políticamente correcto, algunas de estas son solo un

nuevo ejemplo de glorificación de lo masculino y de disfrute por los hombres de una masculinidad aún más libre. No buscamos identidades masculinas más libres pero ajenas a la igualdad, sino libremente comprometidas con la igualdad.

Llegada a las aulas de la impugnación al cambio de los hombres

Al feminismo y al movimiento de mujeres ni se les debe ni se les puede pedir más. Han aportado discurso, ejemplo, movilización, sufrimiento personal, debate social, conocimiento, propuestas políticas, ensayos vitales... El feminismo quizá no sea la ideología de todas las mujeres, pero sí la que ha mejorado las condiciones de vida de todas las mujeres. Son ahora los hombres los que deben generar discurso, ejemplo, movilización, sufrimiento personal, debate social, conocimiento, propuestas políticas, ensayos vitales... Los hombres no pueden seguir retrasando el cuestionamiento de cuál es su lugar en el proyecto de igualdad, porque este también debe ser su proyecto. Deben decidir si quieren ser saboteadores, meros espectadores, descarados resistentes o protagonistas y aliados. Deben cuestionarse y decidir su lugar en las políticas de equidad. Y valorar si tienen miedo a que la igualdad llegue a sus vidas, y qué resistencias plantean. El sistema educativo es un lugar insuficiente, pero imprescindible para potenciarlo.

En 2021 se ha producido significativamente una regresión en la concienciación igualitaria de los varones jóvenes en España. Así, el *Ba-*

rómetro juventud y género 2021[2] muestra un progresivo aumento del negacionismo masculino de la violencia de género, cuya caracterización como «invento ideológico» *(sic)* aumenta hasta un 20% de los jóvenes varones. Además, estos muestran siempre una menor conciencia que sus compañeras sobre la gravedad de la violencia de género, sobre la existencia de malos tratos entre jóvenes y sobre la utilidad del feminismo, cuyo cuestionamiento aumenta año a año entre los varones jóvenes. Algunos datos relevantes:

- El 20% de los adolescentes y jóvenes varones (entre los 15 y los 29 años) consideran que la violencia de género no existe y es solo un «invento ideológico».

- La percepción de que la violencia de género es un problema social muy grave ha pasado del 72,4% al 74,2% para ellas, pero se ha reducido del 54,2% al 50,4% para ellos.

- Más de siete de cada diez mujeres jóvenes consideran que las desigualdades son elevadas en nuestro país, mientras que esta afirmación es aceptada solo por cuatro de cada diez hombres.

Desde 2017 hasta 2021, el porcentaje de mujeres que se consideran feministas ha pasado del 46,1% al 67,1%, pero el porcentaje de hombres ha disminuido del 37,3% al 32,8% desde 2019. Es necesario indagar en

2. Rodríguez, E.; Calderón, D.; Kuric, S., y Sanmartín, A., *Barómetro juventud y género 2021: identidades, representaciones y experiencias en una realidad social compleja*, Madrid, Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fad, 2021.

cómo está configurándose esa involución en la juventud, a la que llegan posicionamientos críticos antes presentes solo en ámbitos adultos. En ellos se impugnan tanto el valor global de la igualdad como las medidas concretas que la sociedad va acordando para hacerla presente. Sus resistencias han ido cristalizando en diferentes postulados:

- Los *tardomachistas,* que apelan aún a la naturaleza biológica para reclamar que las mujeres deben estar en la casa, al servicio del marido y de los hijos.

- Los *posmachistas,*[3] representantes de una nueva forma más aséptica de lucha contra las mujeres. También quieren el poder, pero en su posicionamiento ideológico lo disimulan, presentándose como críticos con el machismo, favorables a la igualdad, distantes del patriarcado y responsables en lo doméstico. Los hombres posmachistas apelan a un presunto cientifismo de sus análisis y reivindicaciones y se autoasignan la búsqueda del interés común, pues dicen no reivindicar nada exclusivo para ellos, sino en interés de los menores, frente al egoísmo que asignan a las posturas del feminismo institucional. Cargan profundamente contra el legado del feminismo, que consideran un error, pues la asunción de sus tesis no ha solucionado los problemas y ha generado desamparo vital de hijos y dependientes, precariedad laboral, paro, etc. Critican que el feminismo quiere privilegios para las mujeres que estas no conseguirían en igualdad. Llegan incluso a negar el concepto de *violencia de género,* individualizándola en el ámbito de

3. Una de las mejores descripciones puede encontrarse en el libro de Miguel Lorente *Los nuevos hombres nuevos*, Barcelona, Destino, 2008.

los conflictos de pareja e introduciendo elementos como las denuncias falsas, la violencia consentida y la agresión mutua.

- Los *hombres enfadados,* con voces públicas cada vez más amplificadas, que perciben las conquistas de derechos de las mujeres como una expulsión del (privilegiado) ejercicio en exclusiva de estos, que sienten como legítimo.

Desde inicios de este siglo XXI, el rearme del orden patriarcal ha sido potenciado por movimientos tradicionalistas, fundamentalismos religiosos y grupos políticos de extrema derecha, que han formulado una impugnación contra todos los consensos sociales, políticos y educativos en torno a la igualdad y la prevención de la violencia de género. Han declarado la batalla cultural contra la perspectiva de género y proponen el desmontaje de normas y leyes, e incluso la censura de actividades coeducadoras o el derecho de no participar en las mismas, denunciadas como ideología de género y adoctrinamiento del alumnado.

Además, este rearme ideológico ha encontrado en la contracultura y en espacios virtuales compartidos un lugar para potenciar la protesta de algunos hombres y la impugnación de la igualdad. Se ha configurado así la *mansphere* o *manosfera* como un espacio digital de catarsis y de consuelo de la masculinidad machista. Diversos foros ultramachistas o masculinistas difunden mensajes, orquestados internacionalmente, que entremezclan las propuestas de terapia personal y de reforma política antifeminista. En ellos participan diferentes colectivos: *incels* (célibes involuntarios), *volcels* (hombres voluntariamente castos), hombres que van a lo suyo o MGTOW (Men Going Your Own Way), artistas del ligue

y la seducción, grupos de autoayuda, movimientos por los derechos de los hombres... Su posicionamiento construye el feminismo como enemigo, da rienda suelta a una misoginia extrema y alude a un esencialismo masculino necesario para que los hombres recobren la autoconfianza. Proponen un separatismo masculino, pues los hombres saldrían perdiendo en cualquier tipo de relación con las mujeres, pero reclaman el derecho de acceso sexual. Este movimiento no solo se ha visto involucrado en el sabotaje de webs feministas, sino en actos masivos de acoso en línea e incluso en el fomento de actos violentos frente a entidades públicas comprometidas con la igualdad.

De esta forma, con mensajes virales que llegan a nuestro alumnado, se reclama la vuelta a la posición jerárquica de unos hombres que rehúsan la posibilidad de una convivencia igualitaria. Por todo ello, en las aulas ha desembarcado en parte del alumnado masculino machista una nueva actitud ante las actividades coeducadoras y los actos institucionales. Si siempre ha habido alumnos que protestaban con su silencio (y gestos condescendientes) cuando los y las docentes presentaban una sesión o tema con perspectiva de género, ahora toman la palabra e intentan impugnar directamente la oportunidad de dicha sesión, la veracidad de los contenidos o la repetición innecesaria de lo que se va a abordar. Asumen en primera persona el victimismo masculino y cuestionan la obligatoriedad de participar en horario lectivo en actividades sobre igualdad o sobre prevención de la violencia de género.

Por otra parte, algunas de las conclusiones sobre el limitado cambio de los hombres adultos deben servirnos de advertencia a la hora de diseñar la propuesta coeducadora con nuestros alumnos. Para lograr una

sociedad más igualitaria, es necesario que los hombres se conviertan en agentes de igualdad y no en guardianes de sus privilegios. Es necesario contrarrestar la idea de que las mujeres quieren el poder y los hombres deben defenderlo. ¿Por qué es tan difícil entender que las mujeres no quieren mandar sobre los hombres, sino que quieren mandar sobre ellas mismas? ¿Por qué los hombres no admiten la idea de que las mujeres gocen de tanta libertad y centralidad vital como ellos? ¿Cuáles siguen siendo los elementos definitorios de la identidad masculina para que se tengan que enfrentar a la posibilidad de que las mujeres obtengan el mismo estatus vital que ellos? ¿Por qué tienen miedo a la igualdad y sienten en peligro su propia identidad? El sistema educativo debe establecer los espacios para responder a estas preguntas.

La movilización social de los hombres dentro del proyecto de igualdad comenzó con su implicación en la erradicación de la violencia de género, un nombre nuevo para un drama antiguo. El enfoque de la coeducación como inversión educativa para la prevención de la violencia de género también ha logrado un amplio consenso social, que ha hecho crecer la oferta de actividades, talleres y actos institucionales para concienciar sobre el problema, tanto con la detección temprana de sus síntomas como con el mensaje de que los hombres, en su conjunto, son parte del problema, por lo que deben también ser parte de la solución, implicando a los alumnos en su deslegitimación y erradicación.

Pero la coeducación con chicos basada únicamente en el dolor de las mujeres parece haber agotado su recorrido. Por una parte, declararse no violento no es suficiente para ser igualitario; por otra parte, algunos alumnos cierran su propuesta de cambio cuando proclaman que nunca

pegarán a una mujer. La propuesta coeducadora con alumnos no debe limitarse a la prevención explícita de la violencia masculina contra las mujeres. Los alumnos no deben sentir esta repulsa como una meta en sí, sino como un lugar de partida para cuestionarse la presencia de la igualdad en su propia identidad, en sus patrones de relación interpersonal y de participación en la sociedad.

Los alumnos no deben ser violentos, pero tampoco pasivos en su transformación hacia un mayor compromiso con la igualdad. La coeducación con chicos debe integrar que la base de la violencia es la desigualdad para analizar también cómo deben implicarse los hombres en la erradicación de las desigualdades y en la renuncia a sus privilegios. En ese sentido, consideramos que la coeducación con chicos debe garantizar la llegada a estos de tres cuestiones fundamentales, que servirán de horizonte ineludible en el trabajo específico con ellos:

- ¿Quién soy si no soy el mejor?
- ¿Qué estoy aprendiendo para convivir en igualdad?
- ¿Qué relación tengo con los privilegios que he heredado?

Desde esa triple consideración, potenciar *masculinidades comprometidas con la igualdad* necesita incluir como objetivo último que el alumnado masculino integre la autoexigencia de pactar buenos tratos con una igual. Ello supone asumir como principios básicos desaprender el monopolio del poder, reconocer a la otra persona como una equivalente con la que pactar un modelo de convivencia, identificar los buenos tratos de

los que debe responsabilizarse y aprender destrezas para compartir los roles de cuidado, bajo el concepto de una corresponsabilidad integral.

El espejismo de las *nuevas masculinidades:* un referente inadecuado para la coeducación

En pleno siglo XXI, deberíamos estar en el momento de proyectos coeducadores de centro con objetivos concretos sobre masculinidad, pero tenemos aún sin resolver el problema previo de cómo enfocar actividades concretas con y para los alumnos. Algunos mensajes sociales sobre la masculinidad no ayudan a dotar de ambición y coherencia al enfoque. Es especialmente interesante describir el limitado alcance del cambio que algunos hombres dicen protagonizar bajo el señuelo de las nuevas masculinidades. Intentaremos diferenciar algunas de estas nuevas posiciones con el fin de que sirvan de filtro a la hora de establecer objetivos coeducadores con los chicos:

- *Las nuevas masculinidades estéticas:* herederas de la apuesta del *marketing* por los hombres metrosexuales, limitan su evolución a una mayor libertad estética y a la legitimación de un mayor consumo cosmético y de productos para el autocuidado. No presentan discurso alguno sobre la igualdad, pues un mayor atractivo en los juegos de la seducción no tiene por qué conllevar corresponsabilidad afectivo-sexual ni reconocimiento de igualdad en la pareja.

- *Las nuevas masculinidades victimizadas:* algunos dicen estar a favor de la igualdad, pero exigen el reconocimiento del sufrimiento

masculino por la opresión patriarcal, distorsionando al equiparar los costes de la masculinidad con las desigualdades padecidas por las mujeres. Otros se presentan como las grandes víctimas del cambio hacia la igualdad, exagerando los costes que les supone el desaprendizaje del machismo y su aprendizaje de actitudes y cuidados igualitarios. Podemos incorporar en este grupo a los que se presentan como víctimas de la desorientación por los nuevos tiempos, inmersos en una presunta crisis inmovilizadora al no saber responder(se) a la pregunta: «¿Quién soy si no soy el mejor, el centro, el único?».

- *Las nuevas masculinidades autocomplacientes en cambios periféricos:* algunos de los pequeños pasos de los hombres hacia cierta igualdad son presentados por estos como *grandes pasos para la humanidad.* Son pasos positivos, pero que no ponen en cuestión el orden jerárquico ni la asimetría de poder entre mujeres y hombres. Algunos de ellos son ciertos nuevos padres que están más presentes en la vida familiar, pero no siempre como ejemplo igualitario. Participan selectivamente en algunas tareas de crianza, especialmente aquellas que les reportan una gratificación emocional (baño, paseo, cuento nocturno...), que incluso acaban siendo expropiadas a sus compañeras, sobrerresponsabilizadas de otras tareas más ingratas en la crianza. Se generan tiempos para el apego, siempre positivo, pero no para el ejemplo coeducador, y muchas veces esos tiempos compartidos reproducen, especialmente con los hijos varones, todos los estereotipos de la masculinidad tradicional (ejercicio físico, aire libre, tiempo disponible...). No es lo mismo ejercer la nueva paternidad jugando al fútbol que limpiando la habitación con los hijos. También podemos incluir a ciertos hombres posicionados públicamente frente a la violencia de género, con sinceridad pero también con pater-

nalismo, que abominan de las violencias físicas pero que no acaban de entender otros tipos de violencias. Se conforman con ser no violentos, pero no se autoexigen un largo proceso para ser más igualitarios.

- *Las nuevas masculinidades igualitarias discursivas o igualitarios asintomáticos:* simulan acuerdo con la igualdad en el trato público con las mujeres, asumiendo el mensaje de lo políticamente correcto, pero vuelven al mensaje machista en reuniones solo de hombres y en muchos de sus comportamientos cotidianos. Denuncian incluso la discriminación de las mujeres, pero no les molesta su subordinación vital hacia ellos. En sus manifestaciones más extremas, se aprovechan de los aportes de la nueva situación de las mujeres, pero no ceden ninguno de sus privilegios. En sus manifestaciones más edulcoradas, no solo no son contrarios a la equidad, sino que se manifiestan a favor de ella, aunque interesadamente se muestran pasivos en facilitarla.

- *Las nuevas masculinidades tuteladas:* son los que piden ayuda infinita para que les enseñen a ser igualitarios, a extraer de ellos el hombre feminista e igualitario que llevan dentro, a que les señalen su necesidad de unas gafas violetas y se las compren, se las gradúen y se las limpien. Susana Covas[4] señala testimonios de mujeres que define como «mayordomas existenciales», a las que algunos hombres creen tener derecho: «Deja de utilizarme como tu profesora o terapeuta y haz el trabajo por tu cuenta, que esto que haces también es machismo». Son hombres autocomplacientes por sentirse mejores

4. Covas, Susana, *¿Desde qué imaginarios de hombres nos relacionamos las mujeres con los hombres?*, Vitoria, Emakunde, 2019.

seres humanos en sus relaciones sociales y afectivas, y celosos del enriquecimiento emocional que les supone esta convivencia, frecuentemente sin reciprocidad en los aportes.

- *Las nuevas masculinidades centradas en el crecimiento personal:* en algunos grupos de hombres igualitarios, el foco principal de las nuevas masculinidades es prioritariamente la liberación de los costes de la masculinidad. Se persigue de nuevo una mayor plenitud y libertad de la identidad masculina, enriquecida con más matices emocionales, más posibilidad de comunicación, la búsqueda de otras formas de placer antes vetadas..., nuevos campos que pueden perfectamente dedicarse al beneficio propio y no a la mejora de la vida de pareja.

Bajo el reclamo cuasi comercial de *masculinidades positivas,* nos encontramos, como señala Susana Covas:[5] «Hombres que incorporan valores femeninos, pero para sí mismos; suman derechos, pero no ceden privilegios; ganan espacios, pero no se retiran de ninguno». Es decir, algunas de estas nuevas masculinidades han sido positivas solo para los hombres, pero insignificantes o fraudulentas para la mejora de la situación de las mujeres.

En definitiva, debemos poner en cuestión cuánto hay de realmente importante en el camino hacia la igualdad en algunas nuevas masculinidades, para evitar que se conviertan en un objetivo perverso para la coeducación con chicos. Es posible percibir así nuevas masculinidades egoístas, ombliguistas, celebrativas de una forma todavía mejor de ser

5. *Ibidem.*

hombres, laterales al foco de la renuncia del poder y promotoras de pequeños cambios no significativos. Sería un error coeducativo inspirarse en ellas, pues no buscamos que nuestros alumnos se construyan como hombres capaces de librarse de los costes de la masculinidad sin renunciar a ninguno de sus privilegios.

Estas nuevas masculinidades autocentradas en las propias ganancias suponen una propuesta casi sin costes para los alumnos y una orientación metodológica que silencia la voz de las alumnas. Por el contrario, es necesario potenciar que al alumnado varón le llegue la voz ya empoderada de sus compañeras, que reclaman al menos:

- Tener derecho a la mitad de todo: solo la mitad de las responsabilidades de cuidado y al menos la mitad de los trabajos de calidad, del tiempo de calidad, de los placeres...

- Hacer sentir a los compañeros que no son imprescindibles en la vida de las mujeres, sino los invitados, en forma de un pacto de convivencia igualitario bajo las condiciones de corresponsabilidad integral y buenos tratos.

- Responsabilizar a los compañeros de su propio cambio hacia comportamientos coherentemente igualitarios, sin que tengan que ser tutelados por ellas.

- Exigir que los alumnos conozcan más la sexualidad de las alumnas, reconociendo que estas tienen deseo, expectativas, exigencias a las que deben atender desde el respeto, el consentimiento y el deseo compartido.

Si el escaso cambio social de los hombres adultos ha sido provocado por la demanda de las mujeres adultas, en las aulas no podemos desaprovechar la evidencia del cambio de las alumnas como importante motor de cambio de los alumnos. Su voz nos ayudará a percibir la necesidad vital de pactar buenos tratos con una igual.

Masculinidad hegemónica: la invitación que no cesa

Todavía es predominante en la cultura occidental (y absolutamente omnipresente en el panorama histórico de las diferentes culturas) una masculinidad hegemónica que entiende que la identidad de los hombres debe construirse contra las mujeres, insertando en su propia definición determinados privilegios, públicos y privados. Los hombres machistas reivindican la no reciprocidad y ejercen la vampirización y apropiación del tiempo y del estatus femenino, generalmente para disfrute personal de reconocimiento, cuidados, tiempo de ocio y libertad de acción a su costa.

La masculinidad se convierte así en un género de definición inversa, que tiene claro que la diferencia con las mujeres debe ser utilizada para preservar la desigualdad. Las identidades masculinas se construyen, por tanto, referenciándose hacia/contra las mujeres, pero también con respecto a los hombres, el grupo al que no puede traicionarse. En ese sentido, puede afirmarse que la masculinidad es una activación homosocial, de tal forma que incluso en los hábitos cotidianos muchos hombres buscan espacios solo de hombres como criterio distintivo de afirmación de su masculinidad.

Dado que la construcción de la masculinidad es reforzada y refrendada por el grupo, dicha construcción está sujeta, por una parte, a prácticas de autovigilancia y autorregulación, pero también a «la vigilancia panóptica y del control normalizador de los iguales».[6] Los centros educativos son un espacio en el que la masculinidad debe estar permanentemente demostrándose, frente a ellas y ante ellos, con toda una gama de sistemas de identificación jerárquicos y dicotómicos. Parte de nuestro alumnado sigue incorporando la necesidad de presentarse socialmente o ante el grupo clase como *todo un hombre,* presuntamente necesitados de una sanción social que los reafirme en su identidad personal masculina. No se es hombre hasta que se demuestra serlo, en un modelo sobreactuado que debe incorporar rudeza física, autoridad, fortaleza, templanza, racionalidad, disciplina, firmeza, independencia, iniciativa, liderazgo, insensibilidad, competitividad, superioridad, heroísmo, riesgo, invulnerabilidad...

Esta masculinidad hegemónica, descrita por R. W. Connell ya en 1989, se define en oposición a la feminidad y otras identidades masculinas, que aparecen subordinadas o incluso perseguidas por su disidencia con la masculinidad única. Esta masculinidad hegemónica sigue vigente en nuestra sociedad y ha actualizado sus formatos de presentación para las nuevas generaciones, con nuevos espacios de interrelación y nuevos formatos culturales. Incluso cada centro educativo tiene su propia cultura de género, con la que premia o invisibiliza determinados tipos de masculinidad. En su relación con la coeducación, podemos hoy identificar tres tipos de alumnos:

6. Martino, Wayne, y Pallota-Chiarolli, Maria, *Pero ¿qué es un chico?: aproximación a la masculinidad en contextos escolares,* Barcelona, Octaedro, 2006.

- *Alumnado impugnador:* celoso de ser representante de los valores y privilegios de la masculinidad hegemónica, ha pasado de no participar en las actividades coeducadoras a impugnar directamente su contenido y a criticar a otras personas que muestran su acuerdo con la igualdad entre mujeres y hombres.

- *Alumnado a la defensiva:* cercano a lo teorizado como *masculinidad cómplice,* no muestra su desacuerdo con la masculinidad hegemónica y no renuncia a beneficiarse de sus dividendos. No le gusta polemizar con los líderes, pero tampoco quiere aparecer como un machista. Es más, reclama que no siempre el sujeto de una oración acusatoria sea «los hombres», sino «los hombres machistas», pues le duele (sinceramente) verse incorporado en un referente con el que quiere disentir, aunque estratégicamente no lo haga.

- *Alumnado concienciado oculto:* muestra acuerdos con las propuestas igualitarias, pero lo hace saber más en privado que en el grupo clase, pues teme la exclusión del grupo y las críticas descalificadoras por parte del alumnado impugnador.

El foco de trabajo coeducador debe centrarse en los dos últimos grupos, con el fin de romper la tiranía del primero. Es necesario que en el grupo clase afloren críticas al catálogo de características de ser *todo un hombre,* por lo que se deben buscar estrategias para dar la palabra a quienes inserten grietas críticas al respecto.

Una coeducación con chicos debe lograr dos dinámicas en sí mismas ya rompedoras:

- Alumnos hablando sobre su masculinidad, rompiendo la realidad de generaciones de hombres que ejercieron su masculinidad sin pensar sobre ella y sin compartir su sentido con otros hombres.

- Alumnos hablando positivamente de la igualdad, frente a las ironías sobre ella cuando se entiende como un asunto de mujeres o como un peligro para los hombres.

La masculinidad hegemónica es una construcción cultural, no un mandato biológico. Es una ideología de poder y de opresión. Si se define como un aprendizaje social, en los centros educativos debemos reivindicar que puede desaprenderse y dar paso a identidades masculinas diversas, pues ser hombre no es ser machista. Para ello, debemos lograr que nuestros alumnos reconozcan la igualdad entre mujeres y hombres como principio ético, político y jurídico internacional y como elemento integrante de los derechos humanos. El valor de la igualdad debe reivindicarse como imprescindible para construir una sociedad más democrática y justa. A partir de ello, debe renunciarse al disfrute de privilegios, privados y públicos, y debe apostarse por la reciprocidad y la equivalencia en las relaciones interpersonales.

Pautas para la coeducación también con alumnos: una propuesta para evitar posicionamientos defensivos

Algo falla todavía cuando los comportamientos igualitarios en los hombres dependen de la mayor o menor energía que destinen las mujeres para exigirlos y no de la propia autocrítica de los hombres. No podemos permitir que el espacio coeducativo perpetúe esa situación.

En muchas aulas, cuando abordamos la coeducación, observamos alumnas contentas, concienciadas y firmes, y alumnos a la defensiva o enfadados por la actividad. Intencionadamente, algunos dicen que la coeducación solo les sirve para recibir broncas. Otros (como los adultos) tienen miedo a la mujer sin miedo y a perder su poder y la impunidad de algunos sobre sus actos machistas. En las aulas crecen alumnos aprovechables, que ni son culpables de las violencias de género ejercidas antes de ellos ni de las desigualdades de género que han aprendido a identificar. Alumnos que asumen su absoluta responsabilidad en la repulsa de toda/s la/s violencia/s contra las mujeres y en la construcción de nuevos modelos de relaciones en igualdad. Alumnos que no son culpables de haber heredado privilegios, pero sí responsables de no seguir disfrutándolos.

Una propuesta coeducadora asertiva sobre las masculinidades no ve en cada chico un maltratador en potencia, sino una persona en formación, que debe decidir el tipo de hombre que quiere ser y qué relación mantendrá con la igualdad en su propia identidad, en sus relaciones interpersonales y en la sociedad en la que vive.

Un centro educativo es uno de los pocos lugares en que nuestros alumnos van a poder reflexionar sobre que ser hombre no es ser machista, analizando un cada vez más amplio abanico de masculinidades comprometidas con la igualdad, cuidadoras, respetuosas de la libertad ajena, defensoras de la equivalencia existencial entre mujeres y hombres, activas en difundir el valor de la igualdad para la sociedad, para las mujeres cercanas y para ellos mismos, denunciadoras del sexismo, conscientes de que los hombres no somos nece-

sarios para la vida de ninguna mujer y que toda convivencia deberá ser igualitaria para merecer ese nombre...

Al trabajar la coeducación con chicos debemos recordarles que no nacemos machistas, sino que llegamos a serlo. Por ello, tan importante coeducativamente es abordar los riesgos de que los hombres se conviertan en violentos como las experiencias que llevan a muchos hombres a no asumir los mandatos de la violencia y los privilegios. Es tan rentable preguntarnos por qué hay hombres que no son machistas que cuestionarnos por qué hay hombres que lo son.

Es evidente que nuestros alumnos van a seguir recibiendo en su proceso de socialización no pocas invitaciones para ser machistas, múltiples mandatos para reclamar subordinación de las mujeres y no pocos mensajes que defienden que los hombres somos imprescindibles en su vida. No es posible conseguir erradicar el sexismo en los medios, ni en los filmes, ni en las series, ni menos en las redes, ni entre el grupo de iguales... Por ello, nuestro objetivo debe ser potenciar la respuesta crítica de nuestros alumnos igualitarios frente a esas invitaciones, así como fomentar su autoestima cuando parte del grupo de iguales los critique por no querer perpetuar los mandatos y privilegios de la masculinidad hegemónica.

La coeducación hace posible que cada alumno construya el tipo de hombre que quiere ser, satisfaciendo su derecho a recibir formación para la igualdad en ese proceso. Capacitar a cada alumno para responder(se) a la pregunta «¿qué vas a hacer para ser más igualitario de lo que (presuntamente) ya eres?» es un reto asumible en un centro educativo realmente

coeducador, desde la conciencia de que va a ser uno de los pocos espacios en que los alumnos puedan reflexionar sobre su masculinidad.

Para hacerlo posible, es conveniente un apoyo institucional que promueva la inserción de objetivos sobre masculinidades e igualdad en las aulas de todas las etapas educativas, con una explícita progresión coeducadora. Ello sería una paso importante para legitimar posteriormente las líneas de trabajo específicas (contenidos, actividades, etc.) sobre masculinidades igualitarias que deben insertarse en cada uno de los Planes de Igualdad de Centro. Es en la planificación de cada escuela e instituto donde está realmente la clave, y todo centro debiera trabajar para lograr un acuerdo sobre la necesidad de abordar el tema, sobre las pautas para desarrollarlo y sobre la formación del profesorado necesaria. No siempre será fácil este acuerdo y son frecuentes las estrategias saboteadoras en los claustros cuando quiere abrirse el tema del cuestionamiento de las masculinidades, por lo que es necesario preparar la sesión específica en la que va a debatirse y aprobarse el Plan de Igualdad.

Además, un centro educativo debe hacer visible ante la comunidad educativa que está trabajando el fomento de las masculinidades comprometidas con la igualdad. Ni es ya novedoso ni nunca debe ser clandestino. Igual que muchos centros utilizan espacios físicos en pasillos, vestíbulos o murales del patio para la necesaria visibilización de los aportes de las mujeres en todos los periodos de la historia, también debemos hacer visibles imágenes de hombres actuales en cambio hacia acciones no estereotipadas, de hombres cuidadores, de hombres en profesiones poco habituales, de hombres con declaraciones en favor de la igualdad o con aportaciones críticas hacia las desigualdades, de hombres feministas en

la historia... Es importante acompañar a los chicos en su cuestionamiento de la tradición machista y favorecer esa familiarización con nuevos referentes positivos.

Es evidente el retraso en el trabajo coeducativo específico para promover masculinidades igualitarias. Fue ingenuo pensar que sería automático el autocuestionamiento masculino al darse cuenta del profundo cambio y empoderamiento de las mujeres: lo fue en la población adulta y lo es en las aulas. Los alumnos no cambian automáticamente porque hayan cambiado sus compañeras. Los hombres sabemos salvaguardar lo nuestro: podemos mirar para otro lado con el fin de no sentirnos aludidos; podemos admitir mínimos cambios para que todo siga igual; dominamos el postureo políticamente correcto en el espacio mixto público, pero reclamamos lo de siempre en el espacio privado; no cedemos poder y no nos implicamos en los cuidados. Decimos estar en contra de la discriminación de las mujeres, pero disfrutamos de su subordinación.

Y los docentes no somos muy diferentes a la globalidad de los hombres. Ni nos hemos comprometido en todo lo que podíamos hacer en coeducación, ni específicamente en lo que podíamos hacer con los alumnos varones. No han desembarcado en número suficiente los maestros y profesores que necesitamos como agentes de coeducación. ¿Dónde han estado nuestros compañeros docentes los últimos treinta años (incipientemente) coeducadores? ¿Y dónde deben estar? Pasó el tiempo en que ni estuvieron ni se les esperaba. Ahora se les espera, pero no sabemos si ya están preparados (o todavía no) para cumplir su responsabilidad coeducadora. Decían estar de acuerdo con la

coeducación... que hacían sus compañeras. Eran (presuntos) *coeducadores asintomáticos,* algunos de los cuales corren ahora a protagonizar aquello de lo que no quisieron antes responsabilizarse.

En los actuales tiempos de impugnación al trabajo coeducativo y, específicamente, al trabajo sobre masculinidades, es absolutamente necesario que el profesorado prepare su contestación a las impugnaciones frente a la igualdad que podrán aparecer en el aula. Pocos errores serían más graves que no saber resolver este intento de cuestionamiento, cuando no de sabotaje, de lo que va a abordarse en el aula. En ocasiones, generar discurso y estrategias frente a las impugnaciones será un elemento de cohesión del profesorado coeducador, que deberá articular conocimiento frente a las mismas en sesiones de formación permanente o de planificación colaborativa.

Algunas impugnaciones ya habituales en las aulas son:

- Acusación de ideología de género y manipulación del alumnado por determinadas familias y asociaciones.

- Equiparación intencionada, como contrarios, del machismo y del feminismo.

- Negación de la necesidad de actividades coeducadoras, pues la igualdad ya se ha conseguido (espejismo de igualdad).

- Denuncia del presunto negocio y privilegios de las mujeres en las separaciones y en los divorcios.

- Externalización del machismo y la violencia de género, que se asigna a varones migrantes en exclusiva.

- Denuncia de la estrategia de denuncias falsas de violencia de género, con manipulación de sus datos reales.

- Denuncia de que existen agresiones de las mujeres a los hombres; es decir, si las mujeres también pegan, no existe la violencia de género.

- Protesta por la supuesta discriminación a los hombres en determinadas acciones positivas en el acceso a algunas profesiones y estudios (policía, bomberos...).

- Denuncia de la supuesta injusticia de que se imponga una sanción más grave a chicos que a chicas en caso de agresión mutua.

- Protesta por la «indefensión» de los chicos ante la exigencia de consentimiento y de las pruebas de que este existió, en caso de que sean denunciados.

En consonancia con el concepto de *coeducación a lo largo de toda la vida,* la coeducación con alumnos debe desarrollarse con actividades en todas las etapas. Es un reto profesional diseñar como centro una adecuada progresión temática, que adapte objetivos, contenidos y materiales a cada una de las edades, pues ni debemos repetir aprendizajes ni podemos permitirnos carencias coeducadoras con nuestros alumnos.

En cada una de las etapas es conveniente organizar las actividades en una misma secuencia de cuatro pasos:[7]

1. La autoconciencia de cómo han aprendido a ser el niño/chico que son.

2. La autocrítica de la masculinidad sexista heredada, a la que se nos invita, y los efectos negativos que provoca.

3. El conocimiento de rasgos concretos de masculinidades comprometidas con la igualdad.

4. El compromiso con el cambio hacia el pacto de buenos tratos con una igual, reflexionando sobre lo que más nos cuesta cambiar.

Esta secuencia en el flujo de actividades integrará en cada etapa las evidencias de desigualdades que pueden ser captadas, los consumos culturales habituales de cada edad para criticarlos, los aprendizajes de cuidados y buenos tratos relevantes en las relaciones (familiares e interpersonales) propias de ese tiempo, los formatos de compromiso y pacto para los cambios posibles en el momento de maduración personal, etc.

Así, en Educación Infantil podremos trabajar con los nuevos modelos de personajes masculinos en los cuentos; en Primaria, hacerlo con los libros de texto y la publicidad, y en Educación Secundaria, con series.

7. La secuencia de autoconciencia-crítica-conocimiento-compromiso está basada en la propuesta del libro de Compairé, Juanjo (coord.), *Chicos y chicas en relación,* Barcelona, Icaria, 2011.

En relación con los cuidados, en Infantil podemos trabajar los hábitos básicos de autonomía; en Primaria, el cuidado de los espacios propios y la cocina básica, y en Secundaria, el cuidado del vestuario. Idénticas progresiones pueden establecerse para los aprendizajes de buenos tratos o de pautas de negociación y pacto para construir relaciones, o para imaginar un futuro en igualdad.

Además, en todas las etapas educativas es importante combinar actividades de prevención explícita de las violencias de género con otras que nos permitan vivenciar gozosamente la convivencia igualitaria y sus beneficios. Es necesario poner en evidencia las destrezas comunicativas, las habilidades de cuidados domésticos e interpersonales, las pautas de manifestación de afectos, los beneficios de la colaboración física, los procesos de acuerdos o la gestión de conflictos que forman parte de una convivencia multiplicadora.

En ocasiones, la coeducación insiste más en los comportamientos que deben evitarse que en las nuevas pautas de interrelación en igualdad. El propio profesorado puede sentirse más capaz de definir la masculinidad que quiere criticar que las masculinidades igualitarias posibles. Por ello, debe potenciarse que toda actividad no se dé por concluida hasta que se hayan podido identificar tantos rasgos igualitarios positivos como riesgos machistas concretos hayan sido listados.

Metodológicamente, podemos incidir en algunos consejos que se han mostrado como tremendamente importantes cuando se quiere empezar el trabajo coeducador con chicos en un centro. La premisa básica es evitar posicionamientos defensivos de los alumnos (y de los profesores), por lo

que debemos insistir en el reto y en la responsabilidad de incorporar la igualdad en las identidades masculinas para mejorar la sociedad, intentando evitar la culpabilización de nuevas generaciones por situaciones pasadas, pero exigiendo su compromiso activo con el cambio hacia la igualdad. Así, a modo de decálogo orientador de la acción coeducadora también con chicos, podemos proponer:

1. Potenciar, desde edades tempranas, la autonomía personal, los cuidados y el buen trato como un mensaje positivo para los alumnos, de forma que visibilicen y valoren los cuidados recibidos, así como su responsabilidad en propiciarlos a otras personas.

2. Capacitar para identificar desigualdades sexistas y actos de misoginia, con el fin de promover la empatía y la renuncia a privilegios heredados.

3. Detectar las invitaciones recibidas por los alumnos para que sean machistas en cada edad, con el fin de capacitar para saber responder a ellas desde la igualdad, diferenciando siempre la respuesta machista y la respuesta igualitaria a esas invitaciones.

4. Visibilizar la diversidad de posturas en el propio grupo de chicos y proteger las posturas profeministas y comprometidas con la igualdad, promoviendo alumnos capaces de defender en ambientes machistas su opción proigualitaria y de criticar la masculinidad hegemónica y sus dividendos.

5. Visibilizar el cambio intergeneracional ya producido entre los hombres, haciendo que los alumnos se sientan parte de un proceso de

transformación ya en marcha, favoreciendo la visita de hombres (padres, abuelos...) que puedan mostrar las mejoras que han visto surgir en su vida.

6. Visibilizar referentes masculinos igualitarios de diferentes edades en sus propios circuitos de comunicación, rastreando series para adolescentes, *influencers, youtubers,* líderes juveniles...

7. Potenciar que los alumnos varones difundan valores igualitarios en las redes sociales y en sus formatos de comunicación habituales (canciones, cortos, memes, etc.), abordando falacias difundidas por la *manosfera.*

8. Conseguir el protagonismo coeducador del propio alumnado de los cursos superiores del centro hacia grupos de menor edad.

9. Lograr que los alumnos respalden las ventajas de una sociedad igualitaria, pues es necesario visibilizar sus elementos concretos para valorar cuánto nos aportan a unos y otras.

10. Defender la ética de la justicia como principal fundamentación de la propia postura antisexista.

Además, los centros deben valorar la viabilidad de algunas innovaciones metodológicas que se han mostrado eficaces desde hace décadas. Así, el trabajo en algunas sesiones en grupos segregados por sexos se ha mostrado como un recurso potente. El grupo exclusivamente masculino permite tratar específicamente temas de

masculinidades entre chicos con la garantía de que aflore una mayor diversidad de posturas que en el grupo mixto. Además, algunas actividades en las que los alumnos representan mediante *roleplay* las dudas de la adaptación de los hombres a los cambios de las mujeres son mucho más productivas en ese formato. Lo ideal es que el grupo de chicos cuente con un docente varón con formación en igualdad y que los trabajos en grupos separados se lleven después al grupo mixto de procedencia.

El trabajo puntual con grupos segregados no es un fin en sí mismo, sino un medio para favorecer el trabajo y para hacer posible el contraste entre lo que pensamos en grupos mixtos y en grupos separados, investigando las posibles diferencias. Por ello, siempre buscaremos la devolución al gran grupo mixto de las conclusiones para mejorar el conocimiento de las valoraciones y resistencias de unos y otras al cambio hacia la igualdad.

No es fácil ser un hombre igualitario más allá del discurso público, pues debe conllevar el compromiso de implicarse en la mejora de las condiciones de vida de las mujeres de su tiempo y de las nuevas generaciones.

Reivindicar hombres autónomos y respetuosos, conscientes de ser seres sociales y de cuidados, que pueden compartir su vida con una mujer tan libre e importante como ellos, debe fundamentarse en una coeducación que potencie alumnos comprometidos con la igualdad y corresponsables contra la desigualdad, no simplemente contra los mandatos de la masculinidad.

Algunos materiales didácticos útiles para promover masculinidades comprometidas con la igualdad

Desde hace más de quince años, existen suficientes materiales para trabajar específicamente la promoción de masculinidades igualitarias en las aulas. Las unidades didácticas «Atrévete si eres hombre» y «No seas tan buena»[8] fueron la propuesta pionera en el planteamiento de actividades segregadas por sexos, con el fin de garantizar específicamente la reflexión de los alumnos sobre aspectos de su masculinidad y de su relación con la igualdad. Su propuesta de sesiones tiene plena vigencia y articula los resultados de los trabajos de los alumnos con otros específicos de las alumnas, y recíprocamente en el espacio mixto. Plantea actividades sobre la puesta en evidencia de los mandatos que los alumnos han recibido en su socialización, con especial foco en la conciencia de las invitaciones recibidas para ser machistas y de dónde proceden estas. Además, planifica sesiones sobre la autopercepción del propio sexismo y las líneas de actuación de cambio de los alumnos en búsqueda de un papel activo en una sociedad más igualitaria.

Por su parte, la publicación *Hombres feministas: algunos referentes*[9] permite identificar en el formato atractivo de un cómic la existencia desde el siglo XVIII de hombres que han sido pioneros en el apoyo al análisis y propuestas de los feminismos, con implicación personal en los movimientos de

8. Ramírez García, Nuria; Leal González, Daniel, y Chamizo Román, José Antonio, *«No seas tan buena» y «Atrévete si eres hombre»: una propuesta didáctica para fomentar relaciones igualitarias en chicas y chicos adolescentes*, Jerez de la Frontera, Delegación de Igualdad y Salud del Ayuntamiento de Jerez, 2007.

9. Fernández de Avilés, Bakea Alonso (coord.), *Hombres feministas: algunos referentes*, Beniaján, Fundación Cepaim, 2017.

mujeres de sus épocas respectivas. Supone una herramienta muy útil para conocer otras masculinidades posibles y para saber que siempre ha habido masculinidades disidentes frente a la hegemónica y que, por tanto, los hombres de cada época tienen la responsabilidad de identificarse con unas u otras, dependiendo de su grado de compromiso con la igualdad.

Permite la prolongación de referentes en un rastreo de figuras masculinas actuales, en diferentes campos, destacables por su visión crítica de las desigualdades y de los privilegios, así como por su acción pública en el respaldo a las políticas públicas y a las demandas de igualdad. Además, se puede plantear la búsqueda en el entorno (y en el ciberespacio) de grupos de hombres igualitarios o de asociaciones juveniles con trayectoria en el abordaje de los temas relacionados con masculinidades. Varias publicaciones han seguido profundizando en la metodología de actividades segregadas por sexos. Así, en 2009, *Cómo compartir la vida en igualdad: guía práctica para chicos y chicas*[10] integra este tipo de actividades en una propuesta didáctica que intenta enseñar a compartir en igualdad el pasado, el futuro, la casa, el lenguaje, el cuidado del medio ambiente, la participación social, los afectos y el respeto a la diversidad.

Por su parte, en 2011, *Convivir en igualdad: prevención de violencia masculina hacia las mujeres en todas las etapas educativas,*[11] tras anali-

10. Martínez Ten, Luz, y Escapa Garrachón, Rosa, *Cómo compartir la vida en igualdad: guía práctica para chicos y chicas,* Madrid, Consejo de las Mujeres del Municipio de Madrid/Ayuntamiento de Madrid, 2009.

11. Leal González, Daniel Antonio, y Arconada Melero, Miguel Ángel, *Convivir en igualdad: prevención de violencia masculina hacia las mujeres en todas las etapas educativas,* Madrid, UNED, 2011.

zar la construcción de las identidades masculinas y femeninas, apuesta por el entorno educativo como un espacio de paz y de prevención de las violencias de los hombres contra las mujeres. Desde el concepto de *coeducación a lo largo de toda la vida,* los autores definimos los objetivos para cada etapa educativa, con la descripción de un mínimo de ocho actividades para cada una de ellas, algunas para ser integradas en la acción tutorial o de centro, otras vinculadas a determinadas áreas.

Por último, en 2020, en la *Guía de recursos para profesionales que trabajan con adolescentes varones las masculinidades no violentas,*[12] Coral Herrera Gómez focaliza su ámbito de trabajo en la denuncia de las violencias sexistas que sufren las niñas y mujeres en nuestra sociedad. Para corregir esta situación, ofrece una veintena de actividades de aula (y más de una docena de lecturas complementarias), con las que persigue que los jóvenes varones desactiven su machismo, se posicionen e interpelen a sus iguales en aquellas situaciones desigualitarias y violentas que presencian en su día a día.

La Asociación de Hombres por la Igualdad Piper Txuriak utiliza un compendio de unidades didácticas para trabajar sobre la masculinidad con mujeres adolescentes: *Comprendiendo la masculinidad para construir con los hombres relaciones en igualad y libres de sexismo.*[13] De esta for-

12. Herrera Gómez, Coral, *Guía de recursos para profesionales que trabajan con adolescentes varones las masculinidades no violentas,* Las Palmas de Gran Canaria, Instituto Canario de Igualdad, 2020.

13. Feito Gerrero, Juan Manuel, y Sal, Pablo, *Comprendiendo la masculinidad para construir con los hombres relaciones de igualdad y libres de sexismo: herramientas para mujeres adolescentes,* Bilbao, Asociación de Hombres por la Igualdad Piper Txuriak, 2021.

ma, cuando los adolescentes varones están desarrollando actividades no mixtas sobre masculinidad, las adolescentes cuentan con un material específico para trabajar contenidos comunes desde su propia perspectiva. Sus autores lo orientan a «ofrecer a las chicas una perspectiva sobre la masculinidad que les ayude a afrontar desde una posición de poder sus relaciones con los hombres, evitando así la tolerancia de comportamientos sexistas por parte de ellos».

También en 2020, se publica el material *Repensando(nos) en masculino plural,*[14] dentro del repositorio de recursos web para la igualdad y la convivencia de la Generalitat Valenciana. A partir de quince actividades, perfectamente detalladas y con los materiales integrados en los anexos de la publicación, profundiza en los elementos básicos del sistema sexos/género en los que se inscribe la masculinidad hegemónica, la identificación de cuyas características es facilitada al alumnado masculino con clara perspectiva crítica. Además, se indaga en los aportes que los buenos tratos suponen para las relaciones interpersonales y la sexualidad en la adolescencia, y se profundiza en las características que deben insertarse en las diversas masculinidades igualitarias, así como en la actuación diferencial de estas en diversos ámbitos sociales, de relación interpersonal y del alumno consigo mismo. La propuesta detalla el papel del profesorado en las actividades y sugiere algunas pautas de planificación de estas en sesiones del Plan de Acción Tutorial y de diversas materias. También diseña una eva-

14. Cascales, Jorge, y Sanfèlix Albelda, Joan, *Repensando(nos) en masculino plural: guía introductoria para trabajar las masculinidades igualitarias en el aula,* Valencia, Generalitat Valenciana, 2020.

luación de las actividades desarrolladas mediante instrumentos y rúbricas aplicables tanto por el alumnado como por el profesorado.

Tikis mikis: una guía familiar para construir sociedades igualitarias[15] es una publicación específicamente diseñada para dirigirse a las familias de manera cercana y desde lo cotidiano. Realiza un análisis de la transmisión de estereotipos y prejuicios sexistas que reciben las niñas y niños a través de algunos cuentos y dibujos animados de máxima audiencia. Inserta aportes específicos sobre el incipiente aprendizaje de la masculinidad. Brinda pautas y consejos para favorecer la igualdad de sexos desde el hogar.

Por su parte, el material *Rebeldes de género: despatriarcando masculinidades*[16] cuenta con un formato muy atractivo en sus materiales, destinados a promover actividades y dinámicas de conversación con el alumnado de Secundaria, con el fin de derribar estereotipos sexistas y contribuir a lograr una sociedad libre de violencia machista. Su autora anima a reflexionar sobre qué es ser hombre y cuáles son maneras saludables e igualitarias de vivir la masculinidad en torno a lo personal, lo relacional y lo social.

Todos estos materiales, en su diversidad, intentan dar respuesta al reto de hacer atractivo al alumnado masculino adolescente el trabajo

15. Maza Bustamante, Sara (coord.), *Tikis mikis: una guía familiar para construir sociedades igualitarias,* Bilbao, Asociación Matiz, 2019.

16. Peña Palacios, Eva de la, *Rebeldes de género: despatriarcando masculinidades,* Consejería de Educación, Universidades, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 2020.

de autocuestionamiento de su masculinidad, de deconstrucción de esta y de construcción de identidades masculinas diversas y comprometidas con la igualdad. Ya desde *Atrévete si eres hombre,* se ha intentado motivar a los adolescentes planteándoles el reto de librarse de moldes impuestos, pero el enfoque siempre debe integrar no solo la superación gozosa de los costes de la masculinidad, sino la coherencia ética en la renuncia a los privilegios, que en la adolescencia ya se perciben y disfrutan.

Dentro del concepto de *coeducación a lo largo de toda la vida,* para el trabajo con masculinidades en el ámbito de la educación con las personas adultas es de especial importancia la propuesta *A fuego lento: cocinando ideas para una intervención grupal con hombres desde una perspectiva de género.*[17] Partiendo de una ya dilatada experiencia de trabajo con hombres, tanto en España como en las sociedades de Latinoamérica, dentro del proyecto Salir Adelante de Cepaim, se aportan una serie de dinámicas grupales para abordar la construcción de la identidad de género en relación con aspectos como los cuidados propios y ajenos, la comunicación emocional y la(s) violencia(s) de género.

En la misma línea de trabajo con personas mayores, el *Dossier del programa «Transfor-man Getafe»*[18] proporciona una amplia gama de actividades con las que dinamizar a nivel local una serie de actuaciones con

17. López Ramos, Ángela, y Fernández De Avilés, Bakea Alonso (coords.), *A fuego lento: cocinando ideas para una intervención grupal con hombres desde una perspectiva de género,* Beniaján, Fundación Cepaim, 2015.

18. Peña Palacios, Eva María, *Dossier del programa «Transfor-man Getafe»,* Getafe, Delegación de Igualdad y Mujer del Ayuntamiento de Getafe, s. f.

las que movilizar a los hombres en la reflexión sobre las masculinidades, posicionándose frente a tópicos y contraargumentando mandatos sexistas. Se detalla la progresión de un proceso de educación social al respecto, con detalle de los productos finales que pueden conseguirse en el posicionamiento público de los hombres de una localidad.

Muy útil también para trabajar las masculinidades con alumnado adulto es el conjunto de actividades recogidas en la *Guía práctica: las nuevas masculinidades a ambos lados del océano,*[19] en la que se recoge toda la metodología y buenas prácticas de la tradición del trabajo sobre masculinidades en Nicaragua. Así, se presentan más de cuarenta dinámicas sobre masculinidad, roles y estereotipos; sobre el poder, la competitividad y la violencia; sobre el silencio emocional, y sobre el trabajo doméstico y el uso del tiempo. Algunas de sus dinámicas pueden ser de interés para Secundaria y Bachillerato.

Esta oferta de materiales es incluso excesiva y los centros educativos nunca tendrán tiempo para llevar todas las actividades propuestas al aula. Como siempre, el protagonismo profesional es necesario para seleccionar las propuestas adecuadas para cada entorno, cada centro y su Plan de Igualdad, y cada uno de los grupos.

El alumnado no se beneficiará del conjunto de actividades ahora disponibles si estas quedan en las estanterías o en los discos duros

19. Arcos Alonso, Ander, *Guía práctica: las nuevas masculinidades a ambos lados del océano,* Nazioarteko Elkartasuna, 2021.

de su centro, pero quizá no olviden las que realmente realicen con ellas y ellos, para ellas y ellos.

Nunca olvidemos que la coeducación que potencia masculinidades comprometidas con la igualdad potencia alumnos que buscan pactar buenos tratos con una persona a la que consideran una igual, para poder ser así compañeros de vida y de ruta.

Una propuesta feminista para trabajar con hombres supone ocuparse fundamentalmente de su responsabilidad en la producción de la desigualdad con las mujeres. Este libro ofrece una reflexión crítica sobre las líneas vigentes y desarrolla propuestas alternativas.

Patricia Amigot
Prólogo

Susana Covas
¿Qué lugar ocupamos las mujeres en el trabajo que se viene haciendo con los hombres?

Luis Bonino
¿Desde qué enfoque abordamos las intervenciones con hombres? A la meta de la igualdad no nos lleva cualquier camino

Luis Botello Lonngi
Emociones éticas o cómo favorecer la igualdad desde una perspectiva crítica de la afectividad de los hombres

Roberto Garda Salas
Nueve claves para una posible, urgente y renovada comprensión de la intervención con hombres

Miguel Ángel Arconada Melero
Reenfocar la coeducación con alumnos: educar para exigir un pacto entre iguales

GETAFE AYUNTAMIENTO | CONCEJALÍA FEMINISMOS Y AGENDA 2030

Getafe ES DE TODOS ES DE TODAS